



# La entrevista

novela

Horacio de Zuasnabar

a Tato

- Morir... no es nada, porque descansar es estar previamente fatigado para poder luego gozar con la sensación de recuperarse de tal cansancio. Estando muerto supongo que uno no se entera de nada: se dice que la muerte es el descanso eterno porque es una proyección idealista, desde un punto de vista vivo. Quiero decir entonces que la gracia la veo en descansar, al menos de vez en cuando, cuando se está vivo, no por muerto, ¿no le parece?... En fin, no siempre la fe mueve montañas, pero de vez en cuando, sí. Asimismo... no siempre el descreimiento mueve montañas, pero a veces también. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero insistir en la vigencia de la baba dialéctica, ¿me entiende?, ¿me escucha?... Despierte, por favor... despierte...

- ¿¡Quién es usted!?

- Tranquila, por favor, soy Horacio de Zuasnabar, ¿no me reconoce?

- No sé... ¡Dios mío, estoy desnuda!

- Sí, hermosamente desnuda, como si recién la hubiesen traído al mundo. ¿Quiere vestirse?

- ¡Por favor...!

- Tenga, es mi ropa... aunque así se la ve muy bien...

- ¡Déme!..., gracias.

- No tiene por qué. Al contrario.

- Pero... ¿dónde estoy? ¿¡Qué me ha pasado!?

- Según desde donde sea visto estimo que no le ha pasado nada, o muchísimo, todo depende. Está en una cama.

- Eso es evidente, quiero decir en qué lugar: no me parece un hospital, más bien un cuchitril.

- No sea ofensiva ¿No reconoce este lugar? -ahá, vamos bien-: es una chacra, en efecto humilde ¿Sabe quién es usted?

- Sí, claro, soy... soy escritora.

- Usted es escritora -yo también- pero... ¿cuál es su nombre?

- Mi nombre...

- ¿No se acuerda de su nombre? Es Penélope.

- No estoy segura...

- Penélope, su nombre es Penélope.
- ¿Penélope? ¿Penélope qué?
- Su apellido, hoy por hoy, casi no importa.
- ¿Cómo que mi apellido no importa? ¿Usted quién es?
- Soy Horacio de Zuasnabar, el escritor, el autor de *Vitacracia* por ejemplo, eso es lo que importa.
- ¿Dónde estoy?
- Ya le he dicho que en una chacra. En una chacra abandonada por los colonos que la habitaron, en Sanford -cerca de Casilda ¿se orienta?-, provincia de Santa Fe. República Argentina, para ser exactos.
- ¿Y qué hago aquí?
- Está aquí para entrevistarme.
- ¿Para entrevistarlo? ¿Desnuda? ¿En una cama?
- Correcto, para entrevistarme.
- ¿Y con qué derecho me traje?
- Yo no la traje, usted vino conmigo.
- ¿Vine con usted? ¿Cuándo? ¡No recuerdo nada!
- Entonces seguimos bien.
- ¿Por qué *entonces seguimos bien*?
- Porque las cosas van sucediendo como yo quería que sucedieran.
- Usted me ha secuestrado, ¿verdad? De alguna manera me ha drogado y me ha raptado, ¿no es así?
- No deja de ser una interpretación: si lo quiere ver así, hágalo. Pero no se lo tome a la tremenda.
- Déjeme ir.
- No, en absoluto.
- Déjeme ir, por favor.
- Ya le dije que no, estoy bien con su compañía.
- Yo no con la suya.

- ¿De verdad?
- De verdad, déjeme ir.
- Ya le dije que no, además le aseguro que no llegaría lejos.
- Déjeme ir, por favor.
- Por favor usted, no se ponga pesada que conmigo ya tengo bastante.
- Está loco...
- ¿Loco yo? No sé, creo que no mucho, en el sentido corriente de la palabra. ¿Por qué lo dice?
- ¡Cómo que por qué lo digo!, ¿me secuestra y me pregunta por qué lo llamo loco?
- No la he secuestrado *strictu sensu*. De todas maneras hay muchos secuestradores que no son precisamente locos, ¿no cree?
- ¡Sí, sí que lo creo! Entonces, si no está loco, déjeme ir.
- No.
- Si no está loco y no me deja ir usted es un criminal, lo sospeché desde que lo vi.
- ¿Un criminal? ¿Sospechó que yo era un criminal desde el primer momento? Qué curioso. Tampoco creo eso de mí, en el sentido estricto de la palabra... Tampoco soy un santo -gracias a Dios- pero un criminal... es mucho decir.
- Es muy cínico.
- ¿Cínico? Ahora cínico... Sí, tal vez un poco -irónico seguro, incluso a mi pesar- , pero ¿quién no lo es ante esta vida tan inquietante, conociendo, como mínimo, que tiene un fin?
- ¿Qué *fin*?
- La muerte ¿no? Como humanos tenemos el extraño privilegio de saber conscientemente que el fin de la vida es la muerte, ¿verdad?
- ¡Déjeme ir, por favor!
- ¡No insista!
- Si no es un loco ni un criminal, ni más cínico que el común de la gente, ¿qué es para tenerme aquí, dormida, desnuda, en esta cama -casi un catre- dentro de una chacra abandonada?
- ...a unos setenta kilómetros de Rosario ¿se acuerda usted de Rosario?

- Sí, claro... soy rosarina.
- Ah, muy bien, recuerda que es de Rosario. Va progresando. ¿Comemos algo?
- Sabe, Penélope, me gusta escribir, regocijarme con la imaginación puesta en describir quién soy, quién me rodea: dar la impresión total, para que haya tanto unanimidad como disputa...
- Y finalmente *reconocimiento*... cueste lo que cueste.
- Poco más o menos. No me planteo si en vida o no, el dato es irrelevante. La fuerza radica en escribir..., pero no sé bien cómo disfrazar el cuento de mí mismo.
- Por eso me tiene aquí.
- Va entendiendo. Al respecto, que quede claro que tanto me da producir una autobiografía, o unas memorias del autoexilio... como un engendro imprevisto.
- Hasta incluso creyendo que las primeras son lo segundo...
- O viceversa, Penélope. Si me explico bien a mí mismo, si lo hago correctamente... la ilusión consiste en que otros *serán* yo y, al fin de cuentas, no estaré solo ni muerto.
- Muerto o vivo no estará solo...yo me quiero ir.
- Claro, de eso se trata el dilema existencial, ¿verdad? En primer lugar, de no estar solo de uno mismo, de no *naufregar a bordo*: inicio y final, Penélope, de estar también solo de los demás ¿no le parece?
- No sé si no es pánico...
- Quizá..., sí sé que es un entretenimiento vital como cualquier otro. Que produce temor -es cierto- de ser tergiversado o *comprendido* por mente que no sea la mía *misma*. Pero nadie tiene otra posibilidad, por lo tanto me arrojé al ruedo, como todos a sus singulares maneras, yo, con la mía.
- Es su particular alienación, me quiere decir...
- Mis taras, Penélope -nuestras taras- existen en la medida en que existen otras ajenas. Así las conocemos, así recién existen... ¿Quiere leer lo que escribió de mí el terapeuta con quien me *confesaba*?
- Creo que no me queda más remedio.
- Lea, lea. Mire qué curioso...

“El primer recuerdo que Horacio tenía de sí mismo era el de un sueño o viaje que posiblemente realizó a una edad indefinible -cuando era pequeño-, en compañía de sus padres y quizás de alguien más (nunca lo tuvo claro), en coche, por un camino de las sierras de Córdoba. Según refirió, Horacio viajaba en el asiento de atrás, y hacia adelante podía ver, en la penumbra interior, las nuca y cabezas de sus padres y, en el exterior, en un espectro muy cerrado e iluminado fuertemente por las luces del coche, la señalización de la carretera al frente, a la izquierda (sin duda) la pared de la montaña y a su derecha algo impreciso, tal vez un precipicio, abismo sin aparente trascendencia en el recuerdo de Horacio, ya que el momento culminante del sueño se desarrolló cuando vio, paralizado de sensaciones, que se introducían en unas enormes fauces que abarcaban y encerraban toda la carretera y parte de la ladera. (Fauces que, perfectamente, podrían haber sido una caverna o un túnel -tan típicos en Córdoba- o, más simple, una floresta que, dado lo cerrado de la noche y el efecto de las luces, se asemejaba a una barbuda, babosa, boca del diablo).

A su turno, cuando consultaba a Horacio respecto de sus primeras sensaciones refería que, hasta los diez u once años, padeció de fuertes dolores de oído, sabiendo que a los tres meses de vida los médicos vieron necesario punzarle uno, sin recordar por cierto cuál, y sin tampoco averiguarlo de sus padres, quienes, ante esta pregunta, se miraban en silencio y, más que hacer memoria, se interrogaban sobre las posibles razones del interés de su hijo. (No sospechaban, claro está, que Horacio hurgaba afanosa y frenéticamente en su pasado recóndito en busca, digamos, de su documento íntimo de identidad).

Recordaba a la perfección cómo se retorció de dolor a causa de sus oídos, hasta la pubertad, no después de empezar a masturbarse y, con catorce años, a hacer el amor con la también debutante Graciela, jovencita de dieciséis años contratada por sus padres para las tareas domésticas, en las cuales al parecer Horacio se autoincluía (arrastrando de mayor, por ello, una especie de trauma *light*). No tenía presente haber hecho ‘siempre tan agradables menesteres’ (sic) mientras le zumbaban los tímpanos (de lo cual deducía edades y sensaciones). Naturalmente no recordaba, en absoluto, el punzamiento de ningún oído, aunque se lo figurara a menudo: en realidad, Horacio no

recordaba ningún dolor de bebe ni de niño que le permitiese reafirmar su aseveración de 'cargar con una infancia relativamente triste'(sic). Mencionar -en forma ineludible- en primer término que los oídos dolieron hasta los diez años siempre le fue suficiente ('elocuente', según él) para indicar que no albergaba muy marcadas sensaciones agradables de ese lapso -o colapso, según sus propias palabras- de la vida, ya que, de y por siempre, Horacio sentiría lo que podríamos denominar con él *estupor existencial*. Nota: "La infantil ignorancia es más atrevida que la madura sabiduría", murmuró sereno cuando refirió lo anterior.

En cuestión de sueños de infancia podría decirse que con lo de las fauces cordobesas está todo dicho. No así con las sensaciones, las cuales, fueran las que fuesen, estaban signadas en primer lugar por la alternancia *in extremis* de la felicidad y el dolor y, en sentido amplio, inexcusable y total, por la soledad. Horacio se sintió siempre muy solo, *extremadamente* solo, aún en compañía de sus padres, sus hermanos, sus parejas y amigos o, ya mayorcito, de su propia hija, de quienes dice "he amado hasta el cansancio" y por quienes, a su vez, dice, ha sido amado hasta también un cansancio que, en su caso, Horacio siempre consideró incuestionable dada su creída extenuante personalidad.

En clase, por ejemplo, o en reuniones con treinta o más amigas y amigos era cuando más sentía su lejanía, la cual lo llevó a reformular la definición de *lejano* y *ajeno* y la otra, para contrarrestar, usada en sus cartas o mensajes, donde recurrentemente saludaba con *su mejor respeto y estima*, para ajustarse a la verdad, ya que Horacio, en su *estupor*, optó de por vida, por cobardía o por valentía (quién lo puede dilucidar), a ceñirse a sus sentimientos más sinceros aunque, como en estos casos, fueran lo suficientemente inextricables o ambiguos para que, sin jamás llegar a mentir, le dejasen a sí mismo y a los demás la posibilidad de múltiples interpretaciones.

Es necesario puntualizar que la soledad de Horacio fue -es- un 'concepto en permanente construcción' y su dinámica algo que le deslumbra. Así, en su niñez, la soledad estaba representada por días que nunca acababan, de joven, por una vorágine y, de maduro, por una *perspectiva*. El tedio, a veces ansioso, desde cada amanecer hasta cada anochecer de su infancia, con días que nunca se resolvían, fue evolucionando hacia una previsible (aunque no prevista)

confusión, que hicieron de su vida de joven un suceder de acontecimientos *agotador*, donde cada día y cada noche eran una sumatoria de realidades, espejismos, sueños y pesadillas difíciles de diferenciar.

Al respecto, un histórico, inicial hito fue consagrado al cumplir los diez años cuando, presto a apagar las diez velitas, detuvo la fiesta y le dijo a su padre que ese momento le era *trascendental*, ya que 'pasaba de uno a dos dígitos de edad'. Su padre (que estaba a la izquierda, ambos frente a la correspondiente torta y al tumulto de familiares y amigos, explicó Horacio muy seguro) asintió con benevolencia y le instó a soplar, cosa que Horacio hizo con satisfacción. La expresión *trascendental* -pese a sus escasos años- no fue gratuita: Horacio se encontraba profundamente afectado por un gran existencialismo, el suyo (el que le acompañaría toda la vida), disparado por su primera sensación de envejecimiento (pasar a dos dígitos), más la visión de una muy triste discusión entre *una pariente* (sic, a secas) y su marido, amenazándose entre ellos, y a todos, de apocalípticos males: muertes, deshonras y desheredamientos, los cuales, efectivamente, se avecinaban.

A Horacio le tocaría vivir muchos años más, no así a su amadísimo abuelo paterno, quien murió ante sus ojos de un infarto, poco tiempo después de las profecías de *la pariente*. Otro de los recuerdos imborrables que por siempre conmoverían a Horacio consistió en ver, por única vez, llorar a lágrima viva a su padre, mientras en vano inyectaba exorbitante cantidad de adrenalina a *Tato* -el abuelo-, quien, después de devolver el mate de esa mañana, murió arrodillado y apoyado contra su enorme cama matrimonial de roble y fina ebanistería, la cual, antes de nacer Horacio, había abandonado la abuela por muerte asmática.

Por otra parte, Horacio consideró permanentemente a su valiente madre (encajada en toda esta familia y circunstancias paternas) como un ser excepcional, a quien la vida le había otorgado la posibilidad de ser un personaje único: el único posible de ser su madre. Solamente igualable, y necesariamente superable, por la hija de Horacio, 'como Dios manda', ya que, según se le había enseñado, no había mal que por bien no viniese".

- Déjeme ir.



- ¿Por qué? ¿Por lo que dice el psicólogo? Es pura literatura: escribe cuentos, novelas, incluso poesía. Lo puede encontrar en las librerías, como a usted y a mí. Todo es literatura, no sólo la literatura. También la filosofía, la teología y, si me apura, le argumento sobre las Ciencias Exactas.

- No todo es *baba dialéctica*...

- ¿Recuerda mi ensayo? Excelente. Lea entonces esto.

"La línea divisoria entre el Bien y el Mal se le figura como las series de líneas pintadas en el medio de las carreteras de doble dirección. Tiene conciencia de haberlas rebasado más de una vez, a veces justificadamente y, a veces, no. A veces transgrediendo lo que indican (y, a veces, no). Recuerda perfectamente aquellas incursiones -o excursiones- al Mal cuando, transgrediendo, el Bien se le había esfumado y sólo el Mal parecía poder acontecer.

Se le da por escribir. Dice que sus escritos, de una u otra manera, no dejan (muy honrosamente, a su entender) de ser 'paridas ambiciosamente universalistas', pero paridas al fin que la gente lee -o leerá- más allá de modas. 'Vale decir -dice- que es menester, de mi baba dialéctica, el calar hondo'. "Me escapé por un pelo" parece que acostumbra a exclamar al retomar el carril correspondiente y renacer al Bien (que lentamente va diluyendo el sentimiento de culpabilidad, alojando el de confort).

Declara que vivir en el Bien se ha propuesto por educación y muchas disquisiciones y -muy probablemente- cobardía, aunque manifiesta tenerse por muy valiente. Agrega que la contradicción es natural y necesaria: no le molesta, por el contrario, le hace sentir que está más emocionantemente vivo. Acepta la razón social, tanto la de países desarrollados como la de los que no, como en el caso de su país de origen. Se adapta tanto (o tan poco) a la idiosincrasia argentina como a la española. Dice, con aire lejano, respetar por igual (con 'cordial curiosidad' -sic) el *tanguerismo* argentino como el *tú mismo* español.

Por todo lo cual, se recomienda:

- 1) Otorgarle la nacionalidad española, pero siempre que no renuncie a la de origen, por si acaso.
- 2) Ponerse al habla con el gobierno argentino, para ver qué hacemos con él, conjuntamente.

Nota importante: El solicitante ha contestado con marcada imprecisión algunas cuestiones, como

ser, al interrogársele sobre su domicilio y sus deseos en caso de morir: "Si no sé por qué vivo ¿por qué debería saber dónde vivir?", "¿cuándo moriré?", "¿dónde moriré?", "¿cómo moriré?", "¿moriré solo o acompañado?", etc.

- Muy instructivo...

- Pero ya estoy de vuelta... quiero decir que me cansé de ser español. No me cansé de los españoles -no se debe generalizar- sino de intentar ser, yo, uno de ellos. Como antes me había cansado de ser argentino...

-¿No de *todos* los argentinos?

-No, aunque sí de suficientes.

-¿Entonces?

-Volví a Rosario y, de inmediato, visité esta chacra con mi hija Soledad. Sentados allí afuera yo le conté recuerdos de mi permanente ausencia relativa: El sol entre nubes, bajo, rojo -le enumeraba yo a mi hija- sobre el horizonte pampeano, vacas, alambrados leves, cosechadora, pájaros, caballo, chata, colonos italianos, algún silo, algún tambo, chacras, pajar, liebres, perdices, cuisés, patos, escopetas, poesías, historias -hasta de indios-, estancias, tatarabuelos, sus mujeres, mis abuelas, madre, tías, mis hermanas, primas, muchachas, *negritas*, sexo, auto de papá, pueblos, luces rojas, motel, plata, ropa, *cancheros* de la ciudad, *chetos*, Country Club, educados, limpios, señoritos, facultad, Económicas, hija de tal y tal, cartas amorosas, más sexo, muertes, colimba, embarazo, trabajo, hija -ella-, divorcio, más sexo, más divorcio, más muertes, Babia, más trabajo, sufrir, gozar, separaciones, necesito amor -dame afecto, parecía yo decirle: ¿me sigue, Penélope?

-Sí, claro...

-... quilombos, sueños, probá para allá, Europa, Asia, África, Caribe y Norteamérica, literatura, ¡ah!, ¡literatura!: 'hija, literatura y mujeres' -mis amores-, la vida y sus viajes, ya llego: esperá, suena el teléfono, no atiendas, o sí: puede ser Sole, aunque ya es tarde, mirá el sol, ya se esconde, menos cuatro horas de diferencia con Argentina... -"Pero si estás en el campo" -me paró risueña Sole- "a una hora de Rosario, de mi casa y, encima, yo soy Sole, tu hija..." Qué suerte, Sole, qué suerte...le dije y se rió: "Pero Pá...", y nos abrazamos entre risas...

-Es decir: ya había regresado pero no se daba del todo cuenta.

-Porque recién era mi *primer* regreso... después de que le escribiera al presidente.

-¿A qué presidente?

- Al de entonces.

- Pero al presidente de qué, quiero decir.

-¿Cómo que a qué presidente? Al de la Nación, al presidente de *nuestra* -es sólo un decir- República Argentina.

-¿Quiere decir que usted también se escribe con los presidentes?

-¿Qué quiere decir con 'también'? ¿es que algo ya es demasiado? En fin, una sola vez: aquella vez. No lo haré nunca más... creo.

-¿Por qué?

- Porque desde hace un tiempo sólo hago política, no partidismo.

- ¡Ah!... no está mal, y, esa vez ¿el presidente le contestó?

- No, y es natural: es un *diri-gente*.

-¿Un diri gente? ¿así? ¿separado?

-Claro, alguien que, en forma permanente u ocasional, deja de ser gente. Pero aquí tengo copia de la carta -aquí tenemos todo lo que nos haga falta-: tenga, yo se la iré explicando...

*Madrid, el 7 de febrero de 1984.*

*Excmo. Sr. D. Raúl Alfonsín  
Presidente de la República Argentina  
Casa de Gobierno*

*De mi mayor consideración,*

*Soy Horacio de Zuasnabar y con ésta quiero manifestarle mi deseo y mi voluntad de ponerme a su entera disposición, dentro del marco de mis convicciones éticas y morales para la tarea y por el tiempo que Ud. me requiera y mientras yo sienta, por convicción y por referencias, que soy útil a la libertad, a la democracia, a la justicia y al progreso de nuestra tan entrañable como sufrida nación.*

*Nací en Rosario el 7 de junio de 1953 en el seno de una familia radical. Así, consecuente con mis mayores, de pequeño era radical y de mayor lo sigo siendo, pero ya coadyuvado por profundos análisis y convencimiento propios. Nunca he estado afiliado al radicalismo ni a ninguna otra asociación política, dentro o fuera de la República Argentina. Siempre que he sido preguntado he manifestado abiertamente mi vocación humanística y democrática como, en particular, mi clara definición política; pero no he hecho proselitismo ni activismo político alguno. En este sentido, es desgraciado menester tener que precisar que no he sufrido persecuciones y que no tengo antecedentes penales en Argentina ni en ningún otro país donde he residido o transitado.*

*En 1976 me gradué en ciencias económicas por la Universidad Nacional de Rosario. En 1977 me fui voluntariamente de Argentina, para hacer estudios de posgrado, pero también para ponerme a distancia del relajamiento sociopolítico, económico y moral del que ya tenía, a mi entender, suficiente conocimiento y que honestamente no sentía útil ni obligado seguir sufriendo...*

- Disculpe. ¿Qué le va pareciendo?

- Bueno... impresionante.

- Gracias. Pero quiero reverla...

-¿Quiere cambiar su historia?

-No en sus hechos, sino en sus interpretaciones, en sus valoraciones. Quiero rever todo mi pasado... para eso la necesito a usted.

- ¿Por qué? ¿No lo puede hacer solo?

- No, en absoluto, Penélope, necesito un interlocutor: siempre lo he necesitado. Aunque todos los datos son ciertos -al menos lo eran en sus momentos- ahora han cambiado muchas convicciones y sentimientos...

-De todo lo cual desea dejar constancia...

-Con su imprescindible colaboración.

- ¿Por qué con mi *imprescindible* colaboración? ¿No lo puede hacer con cualquier otro?

-Mire, Penélope, solo -en el sentido que yo entiendo *solo*- es impensable: siempre se necesita un *otro* para constatar cómo uno es *recibido* y *contestado*, y para ser interrogado. Y usted, no otro, porque no me cabe duda de que es tan inteligente como yo, y de equivalente sensibilidad...

-¿Me ha estado investigando?

-Intimamente, por largo tiempo, pero no se preocupe: siempre trato de que al menos, en las conclusiones escritas, salga bien parada. Es que ¿sabe? siempre me gustó pensar -escribir- y lo hice. Sólo la observación primero y luego sumada la escritura han sido constantes en toda mi vida: ni trabajos, ni familia, ni viviendas lo han sido. Tampoco otros afectos o apegos...

-Entonces, escribir solo su biografía, memorias o engendro imprevisto no le representaría un problema...

-Pero no es el punto, Penélope. En realidad nadie conoce mucho de mí desde que me fui aquella primera vez, con veinticinco años y ya tengo más de cuarenta... bueno, no es que nadie conozca mi personalidad...

-Emerge rápido...

-Gracias, no puedo evitar ser transparente. Sin embargo pocos conocen, y salteado, con lagunas considerables -en donde otros conocen- mi recorrido físico y sentimental desde aquel entonces. Así, la confianza no es fácil ni con los míos. Con Soledad no existió por largo tiempo una relación *concreta* entre los dos, un amor cultivado con la presencia diaria. Los dos amábamos principalmente la idea que en la distancia nos forjamos del otro. Yo amaba la idea *Sole* como ella amaba su idea *papá*. Yo me confiaba íntima y continuamente a la imaginación de una hija presente, como me figuro se confiaba ella a la imaginación de un padre, a su vez, presente...

-Todo, en resumen, separado por muchos años y mucho mar. Bastante triste.

- Sí, aunque los momentos compartidos, cuando ella iba o cuando yo venía, eran muy bellos: plenos. Pero, cuando estábamos juntos, le hablaba menos que cuando no lo estábamos: así habíamos crecido ambos, sin tenernos en el día a día. Por eso, cuando estábamos juntos, la besaba y abrazaba menos que a las fotos suyas que llevaba por el mundo. Me desesperaba de ganas, pero no sabía cómo hacerlo: es fácil que a Sole le haya pasado igual. Teníamos que empezar de nuevo,

diecinueve años atrás...

-Lo que ya no era posible.

-Aprecio sus acotaciones, Penélope. En su defecto, para paliar tanta mutua necesidad largamente por mí reprimida, debía -nunca es tarde si la dicha es buena- asentarme largo tiempo cerca de ella y esperar que la conversación, el conocimiento y la confianza resurgieran naturalmente. Sentí con certeza que ese propósito, junto a la literatura entre pocas cosas más, podría darle a mi vida un sentido menos angustioso que el sustentado hasta aquellos años, tan *descomprometido*, solo por el mundo, cuando los compromisos para con Sole -para conmigo mismo- siempre habían estado *allí* -aquí- ofreciéndome el camino más sencillo y gentil...

-Se comprende que se aleje de los militares, pero de Sole?

-Respecto de Sole, mi teoría obcecadamente argüida para mantenerme lejos, decía: "De hacerle algún daño prefiero que sea por omisión antes que por comisión". Desesperada frase que me resultó ya de maduro una retórica que llegó a un límite donde no se sostuvo en absoluto. Todo lo contrario. La literatura, la escritura que siempre amé, y Sole han sido y son mis mayores pasiones... junto con la dispensada a mis compañeras, según han ido desfilando...

-¿Ha tenido un ejército de mujeres?

-Según se vea. O ellas me han tenido a mí. Y por quienes a su vez desfilé yo...

-Todo tan verdadero como el mejor espejismo...

-Acepto también sus lugares comunes, Penélope, me corresponden como a cualquiera.

-Todos tenemos nuestro lado oscuro y vulgar.

-Le agradezco que pluralice. En efecto, incluso con mi escritura he sido más necio que estúpido o ignorante porque, en generalizaciones desafortunadas, debo de haber aplicado la misma errática teoría que con Sole, prefiriendo en ese aspecto también -en el literario- que en el caso de hacer un mal que lo fuera por omisión, no por comisión: así dejé de escribir gran parte de lo que fui pensando.

- ¡Vaya hombre que resultó!

-Pero rescato mi excepcionalidad... No creo que esté en condiciones de insultarme, Penélope, pero

hágalo si le apetece, a usted le acepto todo...

- ¿Todo? ¿Por ejemplo seguir sus disquisiciones en la mesa de un bar, en Rosario?

- ¿Nos vamos a dormir o prefiere empezar?

- ¿Qué está insinuando?

- Si comienza con la entrevista, a dirigir -por decirlo de una manera gráfica- el *strep-tease* del trayecto recorrido, o si prefiere dormir. Entiendo que hemos tenido un día arduo...

- ¿Tiene auto?

- No, sólo un caballo que me prestaron en el pueblo. ¿Por qué?

- No, por nada. ¿Me trajo a caballo?

- Sí, le gusta montar ¿no es cierto?

- Sí, a veces...

- ¿Vio? Bueno ¿qué hacemos?

- Yo aún no tengo tanto sueño pero ¿qué quiere que le pregunte si usted ya lo dice todo?

- ¿No lo sabe acaso? ¿No es escritora? Pregunte lo que quiera, yo ya veré qué le respondo. Siéntase libre, mire: como yo con usted.

- Entienda que no es lo mismo.

- Es lo mismo, concéntrese, yo lo intento y puedo ¿ve?

- Dígame, cuando termine de entrevistarle ¿dejará que me vaya?

- Me temo que no, Penélope.

- ¡Por Dios!

- No se ponga desagradable. No me haga sentir mal.

- ¡Usted no me haga sentir mal!, ¿piensa matarme?

- Ahora mismo, no.

- ¡No digo ahora!, me refiero a cuando termine de entrevistarle...

- Para que se diera ese lamentable extremo, antes... la entrevista debería ser mi ruina íntima y pública. En ese caso me moriría, y usted me tendría que acompañar... Pero eso es algo que no debe ocurrir, Penélope, me estoy jugando mucho: no sólo el Nobel de Literatura, sino también la

consideración de quienes más quiero, entre ellos yo mismo, de modo fundamental.

- No se preocupe, haremos un buen trabajo. Y no le voy a cobrar ¿sabe?

- Ya lo sé.

- Ah, ya lo sabía...

- Claro.

- No importa, el dinero no es *tan* importante en mi vida.

- Ni en la mía, entonces ¿ya me está entrevistando?

- Un poco, de todas maneras, ahora sí me siento cansada.

- Ya nos hemos organizado, seguimos mañana.

-Y usted ¿dónde va a dormir?

-En cualquier rincón, Penélope, ¡si hasta en la cima del monte Sinaí lo he hecho...!

- Entonces, que duerma bien.

- Probando, probando, ayer nos dormimos con el grabador encendido, hola, hola.... A ver. Ahora sí: ¡Buenos días, nuevo día!, ¡qué hermoso es el campo! En fin, ¡vamos a desayunar! y, mientras tanto... ¿en qué quedamos anoche?

- En que yo le haría preguntas.

- ¡Ah, sí! Penélope ¡Preguntas, preguntas, siempre preguntas! ¡La vida no transcurre sino por medio de preguntas! ¿Y qué respuesta corresponde a cada una? ¿Usted lo sabe? ¡Cuántas convicciones he tenido que luego han resultado falsas! Si hasta ayer *creo* no haberle fabulado, ¿quién nos garantiza que no lo haré en adelante, incluso a mi pesar?

-Bueno -cómo se ha despertado- creo que no es posible contar *todo*, sólo una visión de algo, parcial y condicionada por los recuerdos que van modificando las circunstancias, a veces contra nuestro deseo y, otras veces, siendo nuestra voluntad la que los modifica contra nuestro deseo, por necesidad, real o creída...

-Usted también cómo se ha despertado. ¿Café?

-Gracias. Bueno, si quiere empiece por lo convencional, sus orígenes: este campo, sus mayores...

- ¿Desde tan lejos?



- Haciendo honor a mi nombre, mientras dure la entrevista aparentemente durará mi vida. Detálleme sus apreciaciones y, si lo hace en desorden, si mezcla tiempos y espacios, no se preocupe: para ordenarlas ya nos haremos de más tiempo, de todo el que sea necesario...

- Qué simpática, Penélope, más aún entre estos eucaliptos, con el maizal de fondo... ¡ah, este campo!, según me han contado -o creo que lo han hecho- mis abuelos Pesoa 'posiblemente' llegaron con plata; emigrantes del País Vasco compraron todo esto: cerca de ocho mil hectáreas de campo a la sucesión de Justo José de Urquiza, de quien yo, de chico, creía que tenía sólo tierras en Entre Ríos.

-Quién sabe dónde más...

- Claro, era un diri-gente. Su estancia fue la primera vivienda argentina en tener agua corriente, ¿sabía?, además de ser pretenciosa como un palacete de la antigua Roma...

-La he visitado.

-Me lo figuraba. En estas ocho mil hectáreas que nos rodean mis antepasados construyeron sus tres cascos de estancias: el de La Merced -quizás Santa Merced, el más antiguo-, el de la Santa Bibiana -no tan antiguo como el anterior- y el de la estancia San Andrés -ya moderno, de los años veinte más o menos-. La Merced tiene todavía una fosa que la circunda, aunque ya casi tapada por los años, excavada para contener a los malones...

-O sea que es del tiempo de los ataques indígenas...

-O del tiempo de su heroica defensa, según de qué lado lo vea. Esa estancia familiar siempre fue -sigue siendo- la más desconocida para mí. La Merced me es profundamente misteriosa. La sospecho enorme, llena de lugares que no puedo imaginar, por ejemplo, más allá de su capilla, semicubierta por hojas, la capilla familiar donde se casaron más de dos de mis antepasados... La sospecho como si durante años nadie hubiera estado allí, muy húmeda pero también seca a la vez, como los cementerios de por aquí...

-No se detenga en ese tipo de relaciones. Continúe, por favor...

-Y otras dependencias que sólo he visto por fuera, desde el auto que me llevaba, o desde los alambrados, trepado a los árboles, o pasando al galope, creo que nunca al paso: algo imponía

solemne y distante respeto. Nunca supe qué. En definitiva, creo que es, o fue, hermosa: llena de misterio, entre sus patios y galerías coloniales, con sus sobrias y bellas ventanas de rejas...

-Seguramente testigos de tantas anécdotas...

-Sé que hubieron disparos...

-Otra vez... ¡sopa!

-Sin muertes, creo.

-Mejor así.

-Pero, ahora que pienso, podrían haber sido en *la Bibiana*: los recuerdos se me entremezclan.

-¿Y por qué pueden haber sido en la Bibiana?

-Porque en ella sí fue donde a un primo mío se le disparó una escopeta, asustó a su hermana, me parece. La Bibiana era la estancia a la que ellos iban porque era la de ellos, por herencia, con otros Pesoa, pero no con nosotros, los Zuasnabar Pesoa... Pero también hubieron tiros en la nuestra, en la San Andrés... En fin, se originaron distintas ramas familiares, que históricamente se enredaron, especialmente con la odiosa manera testamentaria...

-¿Contra herederos naturales quiere decir?

-Al menos un par de veces. En la generación anterior, fuimos beneficiarios de *últimas voluntades* a nuestro favor, en detrimento de descendientes directos. Luego, en mi generación, mis hermanos y yo fuimos desheredados, a favor de otros no tan directos... Cuestión, creo, que a ninguno de nosotros nos importó mucho, en particular a mi, en absoluto.

-¿De verdad?

- Fueron soberanas decisiones ajenas. Por otra parte, no es que no nos importara el dinero -mejor dicho no es que no lo necesitáramos-, pero nunca supimos realmente ocuparnos de él...

-¿Tampoco ahora?

-Quien no empieza a hacer fortuna -aunque la pierda más de una vez- desde los veinte, difícil la haga a los cuarenta. Me refiero a la fortuna que se guarda en cajas de seguridad. No a la de ganarse el premio Nobel, por ejemplo... Esa es la única *fortuna* que vengo amasando desde siempre, y me temo que, si persisto tanto, algún día la obtendré.

-Pero el Nobel se goza, si se lo goza, sólo unos escasos segundos: los de su noticia. En cambio, las cajas de seguridad...

-Qué materialista. No, al Nobel se lo goza mientras se lo prepara, como en mi caso, que me siento bien predispuesto a recibirlo no mucho antes de mi último suspiro. El después es lo temible. Como dijo Borges, tengo tantos proyectos que tengo la esperanza de morirme sin haberlos acabado...

-Pero, a diferencia de Borges, usted, al Nobel, se lo quiere ganar en vida.

-Es la única manera.

-¿Tiene otros proyectos además de ser premio Nobel?

-Después ya veré... Tal vez morirme querido.

-No es poco. Conmigo no se haga muchas ilusiones. Siga.

-¿Con qué?

-Con sus estancias.

-La Merced, que desde acá no se ve, es la estancia más *lejana y ajena*.

-Ya...

-En cambio, de la Santa Bibiana -aquella arboleda de allá enfrente- nunca olvidaré esenciales momentos míos. Por ejemplo, jugábamos con arcos y flechas: yendo uno de mis primos -nuestro querido Guille- a desclavar una flecha del blanco, mi hermano Juan, bromista nato, disparó una flecha con la intención de clavársela delante suyo, en el grueso eucalipto donde habíamos dibujado el blanco, pero se la clavó en la cabeza...

-¡Qué horror! No se mataron a tiros... ¡sino a flechazos!

- La flecha no pasó de la piel -el cráneo la paró-, pero le quedó un momento colgando. Guille se dio vuelta y miró a Juan como diciéndole: "¿Vos me hacés esto?". Como en todas las cosas, el *susto* es lo peor. Realmente nada tuvo fatal desenlace en este campo: no registro ninguna víctima humana.

-Eso es alentador...

-Pero las que se refieren a animales fue extensa, Penélope...

-Pero yo no soy un animal...

-¿Y quién habla de usted? Me refiero a las víctimas producidas por el mismo ecosistema. Mire,

recuerdo -como si lo estuviera viendo ahora- a uno de los gatos acechando en ese árbol largamente a un pajarito -seguí toda la secuencia- acercándosele lenta, milimétricamente. De un certero zarpazo lo bajó de una de esas ramas y lo fue matando despacio, jugando.

- ¿Y usted no intervino?

-Contemplé toda la *operación* entre embelesado y aterrado. Quedé muy impresionado, como la vez que le pegué un tiro a una paloma -con el rifle calibre 22- y cayó viva, herida en el cuello, dando desesperados y violentos aletazos y levantando la cabeza hacia mí, como queriéndome expresar algo, hasta que cargué de nuevo y le di un tiro de gracia.

-¿Qué necesidad tenía?

- Por piedad, o por evitar ser contradictorio: no creo que, luego de balearla, me hubiera atrevido a recurrir al veterinario del pueblo.

-De matarla, me refiero...

-Ahora no lo haría. Ni siquiera pesco. Detesto matar hasta una hormiga. A las cucarachas las mataría todas juntas, pero en lo posible no lo hago, por el asco que me produce aplastarlas. Supongo que lo hice porque era un niño, necesitado como todos de esas experiencias. ¿Usted no ha tenido ese tipo de necesidades?

-¿De andar a los tiros?

-O algo equivalente: "No es de hombres no pecar", dijo Borges, ¿habrá incluido a la mujer?

-No recuerdo haber estado nunca a los tiros... De cualquier manera, para sobrellevar la vida nuestra memoria no nos presenta todo, de continuo...Todos nos equivocamos...Y pecamos. Seguramente he hecho cosas equivalentes a pegarle un tiro a un pajarito, ¿más contento?

-Yo no necesariamente, pero usted tal vez: "Necio es aquel que no se permite sus propias verdades"

-¿Siempre recurre a Borges?

-Esa definición es mía: jamás busqué el significado de necio en el diccionario... Y ahora me pregunto si no habrá sido necio de mi parte.... Otra vez me quise ahorrar una bala con un cuis: al igual que con la paloma, había cargado y amartillado de nuevo el rifle, pero decidí ahorrarme el

cartucho rematando al bichito a base de culatazos: cuando le di el primer golpe casi me mato, porque la bala se escapó, por el mismo golpe, y me pasó al lado de la oreja. Esa fue una de las veces, de las primeras veces, que vi cerca la muerte, fue allá, detrás de aquella arboleda, que es la San Andrés... Otra vez que vi mi muerte de cerca fue en Rosario, andando a *lo loco* con la camioneta Jeep Gladiator de mi padre. Yo iba de pie en la caja trasera -descubierta-, apoyado en el techo de la cabina, mirando al frente...

-Rompiendo el viento.

-Buena imagen, Penélope. Cuando de pronto, quien conducía -no recuerdo cuál de nosotros- giró en una esquina a toda velocidad y empecé a resbalar del suelo y del techo de la cabina: por más presión que con piernas, brazos y manos hiciera, no tenía de dónde aferrarme y ya estaba viendo con desesperación el asfalto, imaginando nítidamente mi caída contra él, hasta que el conductor enderezó y yo, por la inercia, volví a ponerme vertical... Hubo algún otro trance a punto de morir que podría recordar y, seguramente, no sé cuántos más que ni cuenta me di.

-La muerte cuando más lejos mejor, ¿no le parece?

-Ahora sí. Pero antes, en la infancia y en la adolescencia, creo que todos nos creemos inmortales. Al menos así me creía yo, aunque otros cayeran muertos muy cerca mío. No tenía aún plena conciencia de que real e irremediabilmente todos nos morimos; así, la muerte era más que un destino, un desafío, tan lejano, tan remoto, que arriesgamos con imprudencia desmedida...

-¿Es que hay una imprudencia *mesurada*?

-Es probable. Tal vez la que otorga el expertismo, la experiencia de los años. En aquellos tiempos, nosotros, aquellos hermanos y primos todos Pesoas, éramos un malón, moderno, pero malón al fin. Una vez, metimos una gallina viva dentro de nafta o gasoil, luego la soltamos prendiéndole fuego. La pobre bestia -una bola de fuego animada- corrió entre nuestros padres que estaban, a la vuelta de la casa, comiendo un asado.. nos azotaron con cinturones.

-Barbaridad tras barbaridad...

-¿Usted qué hubiera hecho?

- Tal vez levantar la voz, pero no la mano.

- En aquel entonces la pedagogía era diferente: *no levantes la voz, mejora el argumento* se entendía: *la letra con sangre entra, dale una paliza*. El día que incendiaron el pajar de los Chiappini -los colonos que habitaban aquella chacra que ve detrás de la San Andrés- nos pegaron hasta con las cartucheras de las escopetas.... Lo que ya no recuerdo es si los cintos estaban cargados con el peso de los cartuchos....

-En fin, ya pasó: olvídelo.

-No, ¿por qué? Otras veces nos pegaban en broma: papá nos hacía poner en hilera y pasaba la mano como cacheteándonos, pero despacio, a todos.

- Violencia al fin...

- Y qué quiere que le haga. Me vino dado. Una pariente era...

- ¿Cuál? ¿Quién?

- ¿Qué importancia tiene? Estamos escribiendo mis memorias, no las de ella. Era especialista en corrernos con chancletas y un pesado llavero: los arrojaba certeramente contra nuestras cabezas, a la nuca. Todos corríamos con desesperación, viendo cómo al lado caía un hermano, o un primo...

- Con razón no quiere dar su nombre...

- En cambio, mi madre no podía con esas técnicas, nunca nos pegó: empezaba a corrernos con una zapatilla pero al momento escuchábamos a nuestras espaldas que empezaba a reír, le daba risa la situación. A veces, nos daba unas palmaditas diciendo al mismo tiempo *chas chas*, para que entiéramos que nos estaba retando. Tengo una buena madre...y tuve un gran abuelo, Melchor Horacio de Zuasnabar, en casa, *Tato*.

- ¿Y sus otros abuelos, los maternos?

- A don Antonio Ramón Boussy, mi abuelo materno, no lo alcancé a conocer, y de mi abuela, doña Julia Saccone de Boussy, tengo recuerdos muy postreros: la retengo casi exclusivamente en su lecho de muerte, en el departamento de calle Rioja... Tan bonito y bien decorado por ella misma, y luego por mi madrina Clarita...

- ¿Clarita?

- Sí, Clara Rosa Boussy Saccone, hermana de mamá... hay nombres que dan gusto pronunciar. Me

energullece mi madrina, muchísimo, y su marido, don José Antonio Mendoza Casacuberta, mi padrino, que a su vez es ahijado de don Clemente Alvarez. No hace más falta que imagine los padrinos que siempre deseó, mis padrinos son muy comprensivos, aún en mis momentos más desafortunados. Clari y Jose siempre se acuerdan de mí. Siempre me han escrito... hasta a los lugares más insólitos. Sabiéndome en apuros, hasta me han facilitado dinero. Pero eso es poco comparado con el cariño que me prodigan...

- ¿Usted calla muchas opiniones?

- Las necesarias como para escribir *mis* memorias.

- ¿Tergiversa?

- Además de lo imprescindible para quedar bien con Dios y con el Diablo, lo que no puedo evitar cuando -seguramente- me traiciona la memoria.

- Y sobre su, digamos, *método* de trabajo: yo en primer lugar, ¿también lo va a dar a conocer?

- Aún no lo sé. ¿Usted qué me aconseja?

- Para eso me tiene aquí encerrada ¿no?: si algo no le gusta me destruye como a las cintas del grabador...

- No nos pongamos paranoicos: tengamos la fiesta en paz.

- ¿Qué fiesta? Yo no quiero escuchar más. Insisto, me quiero ir.

- No vuelva a empezar, Penélope: oficie de la conciencia que a nadie se le debe negar, yo a usted la necesito ¿no le pica la curiosidad?...

- Insisto en que esto es una monstruosidad... creo que me estoy por desesperar.

- En ese caso me desesperaría yo también. El destino nos embarcó juntos, Penélope, y cualquier travesía tiene tanto de monstruoso como de hermoso: lo uno no es posible sin el parámetro del otro. Y viceversa. Así es la vida...

-Yo ya he sufrido mucho.

-Pero también ha sabido ser feliz, ¿o no?

- Muy feliz.

- Como yo. Necesito tiempo. Ayúdeme.

- Necesitaría armarme de mucha paciencia.. .

¿En qué trabaja su querido y, seguramente, paciente padrino?

- José Antonio es ingeniero y se desempeñó como Jefe de Planta. Ya se jubiló... Se levantó a las cinco de la mañana, de lunes a viernes, durante cuarenta y pico de años. Eso es paciencia. Yo nunca pude con esos horarios. Cuando trabajé como inspector de Impuestos...

- ¿Usted trabajó de inspector de impuestos?

- Sí, en la Municipalidad de Rosario. Tenía que levantarme a las seis, porque entraba a las siete. Llegaba dormido y con mal humor, deprimido. Miguel, un contador que conocí allí, me acompañó más de una vez en las inspecciones, míreme a mí inspeccionando a los pobres contribuyentes...

- Lo veo.

- No se precipite. Miguel hacía todo lo que podía por levantarme la moral, hasta que un día me mandaron a recorrer unas calles que yo no conocía ni siquiera de nombre. Era un barrio paupérrimo, con casas de techos de chapas y paredes de ladrillos puestos de canto para ahorrar material. Mi trabajo consistía en comprobar que los negocios tenían pagada su correspondiente 'tasa de registro e inspección'. Entré a lo que se suponía era un almacén de comestibles y encontré dos o tres latas arriba de una repisa, y poco más. No se notaba siquiera que fuera un negocio. El dueño me miró y, con su mirada, me dijo todo. Su estupor se hizo mío: ¿cómo ese hombre iba a pagar un impuesto si posiblemente no podía pagar la propia comida diaria? Me fui desolado, aturdido, con ideas reivindicativas. A los pocos días renuncié.

- Hizo bien.

- Gracias. Con Miguel nos hemos seguido viendo, muchas veces en el bar El Cairo, después que se corriera media ciudad.

- ¿Inspeccionando?

- No. El, a su estrés lo trata a base de *jogging*. Corriendo por Rosario es tan emblemático como lo era don Alberto saliendo del Diario La Capital, para ir a tomar sus whiskies a Paco Tío, vestido con traje, zapatos y sombrero blancos. Era muy notable: parecía Richard Burton. Su hijo, digamos, Albertito, fue compañero mío en la secundaria.



-¿Y también tenía una estética, a su entender, *notable* para vestirse?

- Con 15 años Albertito tenía una impecable colección de *sweaters*, sacos, pantalones, corbatas a perfecto tono -igual que las medias- y zapatos en todos los colores y texturas...

-Los tenía a todos ¿no?

-Totalmente. Yo en cambio me debía conformar con mucho menos, si bien recuerdo que llegué a tener once pares... De cualquier manera, Albertito un día también se *piró* del país y se hizo hippie en una isla paradisíaca y desenfrenada...

- Me habla en clave y, encima, resultó un frívolo...

-Un poco de ambas cosas, pero no sólo esas. Dejo caer una que otra *clave* -como usted dice- para que luego se entretengan tanto mis devotos como mis detractores, manteniendo entre todos mi vigencia. Y una dosis de frivolidad, claro está, ¿por qué no?, entre muchísimas otras cualidades y defectos que me hacen íntegro.

- ¿Íntegro?

- Un hombre entero, quiero decir. No sé si equilibrado, Penélope, pero sí completo. Sin demasiadas carencias ni excesos. ¿Usted le encuentra algo malo a la apreciación estética si, por supuesto, no se deja de lado la apreciación ética?

- No.

- Entonces escuche, sin prejuizar.

- No se enoje.

- Si no me enojo, según entiendo dialogo, la escucho y le contesto... Quizá, haber vivido tantos años en Madrid me hacen ser más seco y directo -así son los castellanos- pero enfadado, ¿por qué habría de estarlo?

- Bueno, siga.

-Aquellos eran otros tiempos. Albertito me prestó unas botas de gamuza para ir una noche a bailar con Alba -ya le contaré de ella- a la discoteca Grisú, en Bariloche, cuando fuimos en viaje de estudios...Ella era también rosarina, del Colegio de la Misericordia...

- Las que se disputaban, con las de Adoratrices, a los bachilleres de cualquier colegio siempre que

fueran 'chicos del Jockey Club', como usted...

- Fascinante su frívola colaboración, Penélope, siga...

- Especialmente si eran alumnos del Colegio Inglés, Maristas, Sagrado Corazón...

- ¡Y del Superior!, como yo. A propósito, en un partido en el *country*, los de 5ª división de rugby de Sagrado me consideraron el mejor jugador de Jockey, porque les metí dos *tries*...

- Y llegó a Los Pumas...

- Todo lo contrario. No puedo decir que medité las jugadas, sino que ellas se me pusieron delante.

Y no lo digo como muchos que son buenos jugadores y a la vez humildes. En una, yo ciertamente no vi más que un providencial pase que me hicieron cerca del *ingol*, con los contrarios lejos muy probablemente porque yo no sabía *posicionarme* en la cancha. Y, en la otra, peleé entre el montón para apoyar la pelota en el césped, que era todo lo que faltaba hacer, porque ya nos encontrábamos debajo de los palos. En ese partido me rompí dos de mis dientes ¿ve? estos dos delanteros inferiores: no fue un contrincante, sino un compañero, el *Gordo*, al saltar conmigo en un *line*. Me quedaron los nervios al aire y cada vez que me los tocaba con la lengua era sumamente doloroso, por no decirle espantoso, pero seguí jugando hasta el silbato final.

- Todo un deportista...

- Tonterías: el único deporte en que he sido constante, Penélope, ha sido en el sexual.

- Usted no es de esas personas que pueden decirse modestas ¿no?

- Yo creo que sí, aunque a veces me salga el indio, hidalgo indio en mi caso, pero indio al fin. A la gente realmente *bien* -como uno-, le da pánico la vergonzosa ostentación que hacen los *nouveaux riches*... En general, la gente de *sociedad* sana y bien educada siente culpa por haber heredado dinero y/o apellido y, por lo tanto, le horroriza aparentar, por lo que resultan, en definitiva, sencillos de verdad.

-Habría que ver si son sencillos *de verdad*. Hay cada reaccionario, conservador y golpista...

- Por supuesto, pero eso es otra cosa. También hay cada reaccionario, conservador y golpista en los barrios y en las villas... ¿usted no ha constatado esa paradoja?

- Sí, pero son ignorantes...

- También hay ignorantes en la clase alta.
- No me cabe duda.
- Condición humana, Penélope, condición que no respeta circunstancias.
- Entonces, quiere decirme que usted es modesto de verdad...
- Francamente, no. Al menos no del todo, como cualquiera.
- No creo que a los de alta alcurnia en algún momento no se les escape la arrogancia, la bárbara despección, por más educadas palabras que la maquillen...
- Eso es obvio. Como que sean petulantes y despectivos hasta los más pobres, ¿nunca ha escuchado a un *negrito* -para decirlo rápido- decir que tal o cual era *un negrito*, intentando, de esa manera, ponerlo por debajo de él?
- Sí, y es muy triste.
- Muy estúpido y muy peligroso, diría yo. Por eso no hay que ocultarlo, para estar conscientes y evitarlo mientras podamos. Por eso le digo que no puedo evitar no ser siempre modesto: de vez en cuando soy tan estúpido como cualquiera. Como cuando me considero un intelectual y un tipo que se las ha vivido todas. En efecto *cultivo* mi intelecto, pero ¿quién no cree al menos que a su manera también lo hace? ¿un analfabeto? ¿con qué derecho podría yo decir eso? ¿Y quién también a su manera no se las ha vivido todas? ¿un ermitaño acaso, que recorre toda su vida en una cueva? Yo he viajado mucho, Penélope, ¿pero eso me garantiza haber vivido más , haber *sentido* más que él?
- Obviamente.
- ¿Le gustó? ¿Hablé bien?
- Se lució. Se cubre, en apariencia, bien las espaldas.
- ¡Al fin nos ponemos de acuerdo!
- No dije eso.
- No me quite ahora la ilusión... que se me puede venir todo abajo...
- ¿Lo dice en serio?
- De verdad: soy humano, Penélope... *demasiado* humano.

- Al decir del filósofo...
- ¿A usted también la entenece Nietzsche?... fue extremadamente humano: tan fuerte y débil.
- Así somos todos.
- No todos, Penélope, no todos: hay cada atorrante... eso sí que trato de evitar: me repugna la hipocresía cuando es innecesaria, la falsa modestia cuando se puede evitar...
- Con usted ya no sé qué pensar...
- Lo mismo me pasa a mí.
- ¿Conmigo?
- Con los dos. A cada momento, un sentimiento.
- ¿Ahora cuál?
- Apetito, eso, tengo apetito: un sentimiento muy atendible.
- Cuando me picó una abeja, haciendo la vendimia en Francia, seguí trabajando, sin parar...
- Cuando hubiera deseado tirarse al suelo y llorar de dolor...
- Pero había extranjeras mirando, Penélope. Fue un dolor físico -no mental: siempre insuperable- de los más fuertes que recuerdo. Como cuando me fisuré el tobillo derecho jugando al fútbol en el patio de mi querida escuela primaria, la Mariano Moreno N° 60. Ya tocaba el timbre de salida, así que me fui directamente a tomar el *trolley*, con el auxilio de algún compañero, posiblemente Ricardo, que hacía el mismo camino. El dolor era atroz. Teníamos nueve o diez años. Yo me quedaba en calle Sarmiento y él seguía hasta Laprida. Me ayudó a apoyar el pie en el estribo. Llegué a casa retorciéndome de dolor, fui hasta el baño, me saqué la media y me encontré con un tobillo inconmensurablemente hinchado. Recién pedí auxilio. A la hora estaba enyesado. Hace poco ese mismo compañero me consiguió una changa -yo no soy muy diestro en esas cosas, ¿sabe?
- ¿En cuáles? ¿en buscar trabajo o en trabajar?
- En ambas, y no necesariamente por incapacidad, sino por un marcado desinterés.
- Sólo le importa la literatura, las mujeres y el bienestar de su hija...
- Veo que se va comenetrando, va muy bien. Otro día, yo iba contándole con entusiasmo, no recuerdo qué, también a Ricardo, cuando comenzamos a cruzar una calle y, si no hubiera sido por

él, que, con un breve pero convincente ¡guarda! me hizo echarme para atrás, un auto me atropellaba.... Pienso que en mi vida muchos deben de habérmela salvado, pero Ricardo fue el que recuerdo con más frecuencia...

-Sin él, los siguientes no hubieran podido...

-Buena reflexión. No puedo saber si el día de mañana con algo me defrauda pero , hasta hoy que escribimos estas Memorias, aquí Ricardo se inmortaliza.

-Qué grandilocuente...

-No, agradecido... y con el tono apropiado a él.

-Y si lo defraudara... ¿retiraría las ediciones en circulación, haría una nueva, *corregida*?

-Puede ser, pero sin olvidar a Horacio poeta: "Palabra que salió ya no sabe regresar".

-Como buen descendiente de vascos usted es muy rotundo.

-Y de franceses, italianos y criollos -por lo menos-... Pero la frase no es mía.

-¿De quién es?

- De Horacio, Penélope.

-¿De qué Horacio?

-Del otro, mujer, de mi tocayo latino ¡Por favor! ¿dónde está usted?

- El mismo recorrido que Ricardo y yo hacía Isidoro, pero sólo hasta calle Entre Ríos...

-¿Otro compañero de primaria?

- Sí, durante muchos años fue mi mejor amigo.

- Entonces dirá su apellido...

- En absoluto, ni su nombre real: perdió el derecho. O quizá se ganó la oportunidad de que yo ni lo mencione...

- ¿Por qué?

- Porque fue él quien tomó distancia, invocando razones injustas o, al menos, incomprensibles.

También se lo hizo a otros amigos comunes, que tampoco se explican los motivos, sufrimos mucho por su actitud.

- Quizás ustedes no sean los culpables, quizás son sus propias limitaciones...

- Eso es más que probable. Pero por lo que sea: él ahora es Isidoro a falsas y secas.
- Es un nombre ridículo, me recuerda a Isidoro Cañones, el de Patoruzú. Lo odia...
- No, al contrario, estoy esperando el buen día en que lo deje de querer, de extrañar -igual esperan otros amigos-. Por el momento, y con ese *alias* -que tampoco le es tan ajeno, no se vaya a creer - lo uso para personificar en él las *putadas* que él y otros me hicieron. El es el personaje en el que reúno a todos los que no menciono, porque no lo merecen, o para evitarme líos.
- Entonces Isidoro no es *sólo* él...
- Claro que no, es lo *menos* que es; es el equivalente que *mi pariente*, esa de la que no doy nombre.
- Dice el -a su entender - pecado pero no delata al pecador...
- Es una aproximación. Reúno los 'pecados' de todos y cualquiera -sin discriminación- en dos personajes que así resultan de perfecta ficción: un hombre o una mujer, según necesite.
- Y entonces... ¿qué es real y qué no lo es?
- Eso ya lo discutieron los clásicos, Penélope ¿no prefiere retornar a mis recuerdos?... nos va a caer mal la comida...
- Entonces, en estas memorias, todos son usted: *Madame Bovary c'est moi*.
- No en mi memoria, sí en mis escritos. Aquí no hablo por los otros. No soy los otros. Soy yo, mis experiencias, sentimientos y sensaciones. No juzgo más que a mí mismo y, si cuento bondades o atrocidades -como le tengo preparado para más adelante - sólo lo hago para mostrar mis reacciones ante lo simplemente *dado*. Y recibido. Me creo dueño de la verdad que en el momento creo, y que muchas veces no lo era antes, por lo que puede no serlo en el futuro, porque la verdad no es para mí la inaprensible y estricta sucesión de hechos, sino su interpretación desde y a través de una probable memoria equívoca, según el estado de ánimo y de salud en que uno se encuentra al momento de rememorar esas *verdades*... No sé si he sido claro.
- A las terrazas de mi casa las trepábamos como gatos, por ellas y las de los vecinos llegábamos hasta *la casa abandonada de los Bordoy*, a la que entrábamos por las puertas y ventanas abiertas de su patio interior. Adentro estaba como si estuviera siendo habitada en esos momentos, pero

todo cubierto de polvo. En aquel entonces no sé si lo pensé, pero ahora creo que su último habitante murió, se lo llevaron, y la casa, hasta ese momento en funcionamiento, quedó tal como los barcos fantasmas.

- ¿Estaba la mesa puesta para comer?

- Es posible, y la comida, seca, en las ollas, todo, como le digo, cubierto de polvo.

- ¿Y no se asustaba?

- Si lo hubiera razonado como ahora... pero yo quería curiosear y entonces necesitaba no tener presente muy feas ideas: la necesidad tiene cara de hereje, usted sabe. Tomar conocimiento, en aquella época, era una imperiosa necesidad. De todas maneras, aunque no fuera en lo de los Bordoy, las feas imágenes del asunto mortal desde chiquito las fui teniendo. Por ejemplo, mirando con mi madre y Lorenza -una de las muchachas de casa - cómo agonizaba tía Mecha...

- ¿Tía Mecha?

- Sí, otra tía, tía abuela, en este caso... cómo explicarle...

- No importa, siga con lo que me iba a decir.

- Mejor -le conseguiré el árbol genealógico-. Yo creí en ese momento que los tres estábamos viendo dormir, o algo así, a tía Mecha...

- No morir...

- No. De pronto, tía Mecha se quedó muy quieta, sin respirar. Le pregunté a mi madre si se había muerto y me dijo que sí: «Sí, mi amor, acompañame hasta la farmacia, que tengo que comprar unas cosas» ¿Qué habrán sido?

- Cosas para amortajarla...

- ¿Se necesitan? ¿Qué se debe hacer con un muerto, Penélope? ¿Desvestirlo? ¿Bañarlo? ¿Ponerle su mejor traje o una sábana? ¿Qué es una mortaja? Qué horror... Creo que hay que sujetarle la mandíbula, para que no se le quede la boca abierta, ¿no? También, me imagino, como en las películas, cerrarle los párpados...

- Por supuesto...

- ¿Y usted cómo lo sabe? ¿Lo ha hecho?

- No, por favor, jamás. No hago más que suponer, como hace usted.
- En cualquier momento nos toca hacerlo, ¿no le parece?
- ¿Por qué nos debería tocar?
- Porque no siempre nos morimos antes que los otros ¿entiende?
- Comprendo. En ese caso se llama a un entendido...
- ¿A quién? ¿A alguien más viejo que uno? ¿Y si ya no quedan más?
- Entonces... a una casa de servicios fúnebres.
- Lo pensé. Ellos se ocupan de todo ¿no es cierto?
- Hasta del café.
- Eso, si tiene para pagarlo...
- Si no, llama a la Municipalidad, o recurre al cementerio más próximo.
- ¿Y si uno está destrozado de dolor y no acierta a tomar decisiones?
- Otros lo harán en su lugar.
- ¿Y si estoy solo con quien se acaba de morir?
- Tan solo nunca estará...
- ¿Ah, no? ¡Mírenos a nosotros dos!
- Alguien ya llegará...
- ¿Por qué lo dice?
- En el pueblo nos echarán de menos... Y si no nos extrañan a nosotros, por lo menos al caballo, ¿no?
- Mire que no es de raza.. Yo no estoy suponiendo nuestras muertes, si no la de alguien, cualquiera, la de nadie y la de todos, Penélope. Es mi campo ideal, hace tiempo que dejé abiertas las tranqueras: ya no reprimo ningún pensamiento.
- ¿Antes lo hacía?
- Sí, y algunos de esos pensamientos, de tan negados, se me volvieron obsesiones. Ahora dejo que lleguen, entren, opinen mi razón y mi sentimiento, y luego dejo que se vayan, así como vinieron.
- ¿Y no vuelven?



- Depende, algunos no, quiero creer, no me cabrían todos. Otros sí, pero al ir y venir entre otros pensamientos, no permanecen fijos, no obsesionan. Y en eso ayuda no reprimir los nuevos pensamientos libres que vienen a distraer...

- Evitándole las ideas fijas.

- No diga pavadas...

- Trato de entenderlo...

- Ni lo intente, yo no puedo. ¿Usted puede?

- Depende de qué se entienda por entender...

- Me temo que caigamos en las profundidades de la baba dialéctica...

- Es su ensayo...

- Fue mi ensayo, estas son mis Memorias.

"Estoy muy solo", dijo Horacio ya casi al nacer, y lo repitió durante todo su tiempo. Quizás por ello forjó una idea compensadora de su tristeza: la de querer llegar a ser, de la literatura, Premio Nobel, alguna vez.

- ¿Qué estás pensando, Horacito?

(- Que estoy muy solo. Estoy muy solo. ¡Qué solo estoy!)

- ¿No me escuchás? ¿Qué estás pensando, mi amor, decime?

- Nada, mami, no estoy pensando nada.

- ¿Y por qué en vez de seguirme a todos lados, ¡aunque a mí me encanta!, no te vas a jugar con tus hermanos, tus primos y los demás chicos. ¡Si estás rodeado de compinches!...

- Bueno...

- ¿A qué jugamos?

- Juguemos al doctor, veamos si las chicas quieren. ¿Quieren jugar al doctor?

- Bueno... pero yo no me desvisto...

- ¿Y vos?

- Yo sí.

- ¿Y vos?

- Yo no.
- ¿Y vos?
- Yo no.
- ¡Vamos, che, desvístanse, si no, no tiene gracia!
- ¡Yo no me desvisto!
- ¡Yo tampoco!
- ¿Y vos?
- Yo sí. Ya dije que sí. Qué importa ¿no? Somos todos hermanos y primos, ¿no es cierto?
- Sí, pero ya estamos un poco creciditas...
- ¡Vos no te metás!
- ¡Me meto todo lo que quiera! ¡si no te gusta no juego ni vestida!
- Paren, che, paren, no discutan, ¿dónde jugamos?
- En el cuarto de planchar, que no nos ve nadie.
- Al cuarto de planchar pueden ir las muchachas...
- Hoy es jueves, tarada, se han ido.
- No me digás tarada...
- Te lo digo en broma...
- No discutan, vengan, vamos.
- Estoy muy solo, *Bonnie*, vos sos mi única compañera, y Tato, por supuesto, qué haríamos sin Tato. ¿Querés un poquito más de carne? ¿más fideos? Mmm, qué ascos de cosas que te damos para comer, pero vos no te das mucha cuenta, ¿no, Bonnie? ¿Querés que en vez de este corazón de mierda te dé de mi costeleta? ¿Te gustan mis mimitos? Je, je. Vos sos tan buena, Bonnie. Sos mucho, mucho más linda que cualquier otra boxer en el mundo...
- ¡Dejá de pasarle el pie por ahí a la perra, Horacio! ¿No te das cuenta que la excitás inútilmente?
- No, papi, si no le estaba haciendo nada...
- Cómo que no le estabas haciendo nada, ¿me vas a decir que no le estabas haciendo nada? ¿Acaso no le estabas refregando el pie en la cola? ¿Me vas a decir que no se lo estabas haciendo?

- No, si no le estaba haciendo nada, papi, sólo la estaba acariciando...
- Sí, con un pie y entre las patas. ¡Yo te voy a dar que no le estabas haciendo nada! Sos terrible. Si seguís así lo que te vas a ganar es un flor de cachetazo... Andate de acá, querés.
- Pero no, papi, si no le estaba haciendo nada, sólo la acariciaba y le quería dar carne...
- Sí, de tu costeleta; ella tiene su comida, vos no tenés por qué darle de la tuya. Andá, dejá de jorobar, si no, te ganás un bife vos.
- De verdad, papi, yo no le hacía nada... de verdad, yo no le hacía nada... ¡de verdad...!
- ¡Tomá!, chiquilín de porque ría, ¡ya vas a aprender!
- Qué solo que estoy, estoy muy solo. ¿Cómo puede ser que entre tanta gente esté tan solo. Estoy muy solo...
- ¿Ya estás dormido, Horacito?
- Casi, Tato, casi.
- Dame la mano...
- Acá... Tato, acá.
- Así está mejor. Cuando te portás bien sos mi rayito de luz y, cuando te me portás mal... sos mi *bichito* de luz. Que Dios te bendiga y que sueñes con angelitos. Sos mi compañero. Por hoy, que se te hizo tarde y me acompañaste solamente dos cuabras hasta el Banco Municipal, sos *medio* compañero, pero por hoy solamente, porque siempre sos mi compañerito. Que duermas bien, mi Horacito, y que Dios te bendiga y que seas un santo siempre...
- Hasta mañana, Tato.
- Hasta mañana.
- Mami, ¡el *Leal* me está gruñendo!... me mira fijo y me gruñe, creo que me va a morder...
- ¡Leal! ¡salí de ahí, dejá tranquilo a Horacio!, vení Leal, vamos a comer, vení, Leal... pichicho, pichicho, pichicho, pich...
- ¡Horacio! ¿me querés decir por qué te suspendieron en la Escuela? Yo no estoy dispuesto a estarte firmando todos tus caprichos...
- ¡Yo no tuve la culpa, papi!, se me hizo tarde...

- ¿Por qué se te hizo tarde?
- Porque me agarró hambre...
- No se dice "me agarró" ¿es que no te enseñamos a hablar? Pero María Julia ¿es que este chico no puede ser menos tremendo...?
- Bueno, Juan Manuel, no es para tanto. Vení, Leal, no te metás.
- Sacame a este perro de al lado, mami, me va a morder...
- Por qué llegaste tarde, te pregunté.
- Porque me quedé charlando a la entrada...
- ¿No me acabás de decir que se te hizo tarde y porque tenías hambre? ¡Pero si sos un mentiroso!  
¡Tomá!
- ¡No, Leal, soltalo! ¡vení acá! ¡no lo muerdas más, soltalo te digo!
- ¡A la mesa! ¡a comer, chicos!, que la comida está servida... vayan a lavarse las manos antes, ¿me escucharon?, ¡a comer que la comida está servida! Lávense las manos....
- Se lavaron las manos?
- No... me olvidé...
- Pero Horacito ¿no dije que se lavaran las manos?
- Sí, mami...
- ¿Querés apurarte?
- Sí, papi
- Andá de una vez, se buenito ¿querés? María Julia ¿leíste que se murió el escribano tal?
- Sí, lo leí esta mañana.
- ¿Te parece que mandemos una corona?
- No sé ¿vos qué decís?
- Sí, es lo que corresponde.
- ¿Entonces también ponemos un aviso fúnebre?
- Y sí che, son medio parientes de tus primos tal.
- Qué fortuna tenían, ¿no?

- Pero no tanto apellido como ella.
- De cualquier manera su abuela materna era una tal.
- Pero su marido perdió todo a la ruleta: era un timbero, un perdido.
- Pobre... Dijeron también que era alcohólico...
- Si se pasaba la vida en el Social, jugando a las cartas...
- Papi ¿El Social es más o menos que el Jockey?
- Está repartido. El Jockey es más *como nosotros*, familiar, de las familias *bien* de Rosario, el Social es de los timberos, pero también *de apellido*.
- ¿Y Gimnasia y Esgrima?
- Es de *negritos*.
- ¡No se dice así! ¡que no te escuche nunca más decir así! ¿te quedo claro?
- Sí, papi, fue un chiste...
- Con la gente no se juega
- Son personas también.
- Claro. Con las mismas obligaciones y con los mismos derechos que uno.
- Pero distintos.
- Pero nunca *negros*.
- ¿Y cómo se dice?
- Gente sencilla, por ejemplo, o humilde.
- Y el escribano tal, ¿era más o menos que nosotros?
- Tienen más dinero... pero no tanto apellido.
- ¿Y los tal?
- No, ellos son de mucho antes, y también tienen más dinero... De cualquier manera, chicos, la democracia -no olviden que sus padres, los dos, son profesores de Educación Democrática - ha sido hecha para que seamos todos iguales y, desde antes, lo mismo propone el cristianismo.
- ¿La Iglesia?
- Los curas no, esos son unos retorcidos y, en general, malintencionados, y unos aprovechados.

- Ay, Juan Manuel... ¡la mayoría es gente buena...!
- A confesarte vos no vas, María Julia: si te tenés que confesar, lo hacés al borde de la cama, no ante otro hombre.
- Pero ¿no es que son enviados de Dios?
- Ni enviados ni ocho cuartos. Nadie se debe confesar ante otro hombre y menos tu madre. Y se acabó... ¿No es cierto, María Julia? Vamos, terminen de comer.
- ¿Su psicólogo siempre tuvo la costumbre de dramatizar por escrito lo que escucha?
- Este -Bernard, descendiente de franceses y, en especial, de Lacan - al menos parece que sí: usted Penélope sabe que son -salvo honrosas excepciones- gente muy rara y necesitada...
- Como lo somos todos...
- Sin duda. Yo alimentaba esta necesidad de Bernard, me motivaba mucho saber que luego me plasmaría en sus escritos. El grababa las sesiones y luego me entregaba una copia del *trabajo* que hacía sobre ellas. Hace tiempo que lo perdí de vista... ¿Sigue leyendo, Penélope?
- ¿Por qué sufre tanto, Zuasnabar?
- Cuando no tengo un dolor real, Bernard, deformedo la realidad con tal de que me parezca dolorosa. Por ejemplo, tenía en mi cartera, durante meses, el saldo de mi cuenta, que yo pensaba abultadísima en números rojos, pese a haber leído, sin querer recordar, que no era para tanto. O quizás, para no gastar más a cuenta, imaginaba que mi deuda era mayor.
- ¿Y no gastó?
- Ciertamente gasté menos, pero sufrí desproporcionada, exageradamente, pensando que debía tanto como tanto había ganado con la Ayuda Anual que el Centro de las Letras del Ministerio de Cultura de España me había dado. Ayuda que, de esta manera, no pude casi saborear: no me permití decir "por un tiempo estoy viviendo de mi literatura". Ni siquiera me permití sentir que a la Ayuda me la había ganado, porque siempre dije, aún digo, que "me dieron" una ayuda. Ya ve usted...
- ¿Y así con todas las cosas?
- Sí, Bernard, siempre imaginando lo peor: respecto de mi hija, mi madre, mis hermanos, mis

amigos, mis conocidos y desconocidos: siempre suponiendo infinitos 'qué les pasará' 'qué dirán' y 'qué harán'. Un infierno, Señor...

- ¿Y qué más se le ocurre?

- Seguir con el psicoanálisis. Yoga tal vez, control mental, oratoria.

- ¿Oratoria?

- Sí, para aprender a hablar en público.

- ¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro, Horacio?

- Para saberme desempeñar delante de gente...

-¿Para dar clases?

-O por si tengo que dar algún discurso... Ya ve lo confundido que estoy, Bernard.

- Ya veo ¿Por qué volvió a Argentina?

- Sin darme cuenta, para terminar con la nostalgia.

- ¿No habrá sido para *terminar* con más cosas?

- Seguramente ¿usted piensa en afectos?

- Es usted quien lo dice...

- Hay momentos en que creo que he terminado con afectos falsos, o al menos afectos muy inciertos...

- ¿Como cuáles?

- El de amigos en los cuales creía que aún existía cariño, y me equivocaba, como en el caso de Isidoro, y en parentescos no acompañados de mucha simpatía, como el de mi innombrable pariente, la que habla mal de mí.

- ¿Qué dice de usted?

- Dijo que yo soy, al menos, potencialmente peligroso para sus hijas.

- ¿Y eso es cierto?

- Yo creo, absolutamente, que no. A sus hijas las quiero y las respeto como a las que más. Nunca imaginé algo así.

- ¿Algo como qué?

- ¡Nada! ¡nada de nada, por Dios!... no sé qué imagina mi pariente al respecto.
- ¿Usted qué cree?
- Por el solo hecho de imaginar, imagino que imagina que yo puedo maltratar de alguna manera a sus hijas...
- ¿Alguna vez lo hizo?
- Estoy seguro que no.
- ¿Y a qué tipo de maltrato cree que se refiere su... *familiar*?
- No imagino precisamente que mi pariente se imagina que yo les robo el bolso...
- ¿Ah, no? ¿y qué imagina?
- Lo peor.
- ¿Y qué es lo peor?
- Que las mato, o las violo, por ejemplo.
- ¿Y por qué piensa en lo peor?
- No sé, no se me ocurren cosas menores.
- ¿Usted le ha preguntado a su familiar si lo que usted me dice es cierto?
- No tuve que hacerlo, ella me lo dijo sin que yo se lo tuviera que preguntar.
- ¿Ella misma se lo dijo?
- Sí, me dijo: '¿sabés? tuve que prevenir a mis hijas de vos'.
- ¿Prevenir sobre qué?
- No sé, prevenir, dijo.
- ¿Y por qué?
- Alegó que yo había vuelto 'muy loco' de Madrid.
- Y usted no pidió más precisiones...
- Me dijo "avisaste que tu última novia estaba embarazada, pero después abortó y terminaron peleados"
- Pero eso no es como para prevenir a sus hijas...
- Eso es lo que le dije, y me contestó: "y yo qué podía saber... ¡Estaba asustada!".



- ¿Eso fue todo?
- No, también quiso prevenir a mi propia hija: una vez le dijo que tuviera cuidado conmigo, que yo le podía pegar...
- ¿Usted alguna vez ha atacado a su hija?
- Jamás. Sólo dos veces en toda su vida -Sole tiene más de veinte años- le 'pegué', en total, dos golpecitos en la pierna...
- ¡Ja! ¿Dos... *golpecitos*?
- Exactamente, dos golpecitos muy suaves: Bernard, debe entender que, por formación reactiva, por más caliente que esté no voy a repetir nunca la *pedagogía* que me solía aplicar mi viejo. Dos golpecitos en la pierna: la primera vez en el coche, allá por los 80, y la segunda al regresar esta última vez, en la Peatonal.
- Y en cada caso ¿cómo reaccionó su hija?
- Salió corriendo, espantada.
- ¿Por qué?... si usted dice que sólo fueron dos suaves golpecitos...
- No sé, sinceramente no creo haberle dado nunca motivos para temerme... Yo creo que le han hablado muy mal de mí...
- ¿Su pariente?
- Todos.
- ¿Quiénes son todos?
- Todos, absolutamente todos.
- Eso no puede ser.
- Sí puede ser, mi biografía -por así decirlo- no se hace respetar.
- ¿Su verdadera biografía o sólo el carnet de identidad que siempre saca a relucir? Y dígame Horacio ¿por qué esta semana no está escribiendo?
- Creo que, entre otras cosas, por temor a quedarme sin hojas.
- Pero es fácil conseguir papel.
- Pienso que sí, pero no lo quiero reconocer. Por otra parte, ¿qué voy a ganar escribiendo miles de

folios?

- Seguramente ser un escritor prolífico.

- Ya lo soy. Usted sabe que me he pasado la vida escribiendo novelas, cuentos, poesías, ensayos... y cartas. Me he pasado la vida escribiendo cartas: yo le escribía a todo el mundo, Bernard.

- ¿Y no será miedo de no tener a quién escribirle... en vez de miedo de quedarse sin papel?

- Sí, también lo he pensado metafóricamente.

- Quizá le asusta la posibilidad de no tener 'receptores' una vez que se decida a publicarlo *todo*, a parir de una vez por todas a sus hijos literarios....

- Sí... está claro ¿no?

- En marcha entonces ¿Qué es lo primero que hará?

- Iré a Buenos Aires a ver a Sábato y a Bioy.

- Me parece una buena idea, pero.... ¿Piensa que lo recibirán?

- Por supuesto.

- ¿Y por qué está tan seguro?

- No sé cómo explicárselo a usted, Bernard: porque yo soy yo y ellos son ellos. Pero le reconozco que quizás sea más fácil con Sábato, por lo elitista que siento que es Bioy... Sí, estoy casi seguro de que me presentaré como un acomplejado ante Bioy, no ante Sábato, con quien tengo pensado comentar "Vitacracia", o la "La Baba Dialéctica" animadamente, de entrada...

- ¿Y con Bioy?

- A él tal vez le comente estas memorias, parte de mi autobiografía, acerca de Tato y su hospital, sobre mis tatarabuelos -el militar *mataparaguayos* y el donante del cementerio....

- Como contaría Borges de su ancestros...

- Exacto.

- Bueno, creo que se sabe ubicar...

- Sí, siempre lo hago, para luego poderme desubicar.

- ¿Perdón? ¿Qué dijo?

- Sí, siempre 'quedo bien' para luego poder romper con todo lo que hice por quedar bien: es una

pasión existencial.

- ¿Se escucha? ¿Escuchó lo que acaba de decir?... Bueno... seguimos la próxima sesión.

- Vale, gracias.

- ¿Gracias de qué, Horacio?

- Por haberme atendido.

- Es mi obligación, usted me paga.

- Bueno, es una forma de decir. Usted también me podría dar las gracias.

- ¿De qué?

- De que yo le pague.

- Es su obligación: yo le atiendo.

- Bueno, Bernard, no me vuelva más loco de lo que estoy.

- No es mi intención, y usted lo sabe.

- Sí, ya lo sé, es otra manera de decir.

- Son muchas maneras ya de decir y de suponer y de interpretar, Horacio.

- Ustedes me lo enseñaron.

- ¿Quiénes son ustedes?

- Ustedes: los 'psicolocos'.

- ¿Está seguro de que han sido los psicólogos? En todo caso... creo que yo no.

- Qué sé yo, Bernard. Estoy harto...

- Buenas tardes, Horacio, que siga bien. Hasta el miércoles.

- Usted también, Bernard. Hasta el miércoles.

- ¿Yo también qué?

- Que usted también siga bien.

- Yo estoy bien.

- Por eso le devuelvo el "que siga bien". ¿Tiene algo de malo? Yo no estoy bien y usted me dice que siga bien ¿no puedo yo decirle a usted -que dice estar bien ¿no? - que siga bien?

- Claro, hasta el miércoles, Horacio.

- ¡Chau 'Dr. Freud'!
- Tato y su hermano -tío Mario- se casaron con dos terratenientes -dos hermanas Pesoa- dueñas de esta chacra y de todo este campo circundante, hasta mucho más allá de donde le permiten ver sus ojos...
- Dos hermanos con dos hermanas...
- Y a la vez primos hermanos entre sí.
- No me diga...
- Curioso, ¿no? A la muerte, sin hijos, de tío Mario y su mujer -justamente la tía Mecha que vi morir- mi padre y sus hermanas heredaron aquella estancia, la San Andrés, donde supimos alternar, cuando chicos, nuestra vida de ciudad con meses muy rurales....
- ¿Y después?
- A la muerte de mi padre la estancia pasó a sus hermanas y esta chacra a nosotros. Hoy la estancia ya no pertenece a nadie de la familia.
- Ya...
- De pequeños llegamos a quedarnos los tres meses de verano, allá, en la San Andrés. Recuerdo un día de mucho calor, en el que había llovido tanto que la casa quedó como una isla, literalmente rodeada de agua, y era imposible salir con los coches: sólo se podía con tractor, a caballo o en *sulky*...
- Toda una aventura...
- A escondidas fuimos saliendo, para chapotear -vestidos como estábamos- en el fantástico lago en que se había transformado nuestro pedazo de pampa, cubriéndonos de barro, casi nadando. Recuerdo que mi padre hizo fotos, que aún andan por ahí....
- ¿Lo extraña?
- A mi viejo me gustaría mucho tenerlo todavía, y que las cosas hubieran sido de otro modo. A veces, cuando veo algún amigo de mi edad, con su padre, trato de imaginarme a mí en esa situación. No me es difícil, dada mi natural propensión a imaginar...
- ¿Y qué imagina?

- En general, lo ideal. Terminó llorando, como haré ahora si sigo imaginando...
- Bueno, no piense tanto, no se torture...
- Usted es muy considerada conmigo. Ya era hora de que se lo dijera...
- No entremos en comparaciones...
- ¿No? ¿por qué no?, las comparaciones ¿son *realmente* odiosas? Vivimos evaluando actitudes propias y ajenas... si ése en definitiva es nuestro vital quehacer...
- Siga contándome del campo, ¿quiere?
- Sin filosofar no puedo, pero lo intentaré... Sabe, cuentan que uno de mis bisabuelos -que tuvo pumas en *La Merced*- un día había mandado a carnear dos terneros para asar, y un peón vino a decir que los perros -de pura raza, traídos de un viaje a Europa - se los habían comido...
- ¿Dónde habían dejado los terneros?
- Colgados de un árbol, para que se orearan. «Habría que colgarlos a ellos» parece que protestó mi ancestro, contra sus canes. Luego, después de comer un improvisado asado, le dijo al peón que soltara a los perros para que se encargasen de las sobras. Pero el criollo le contestó que los había colgado, como él había deseado.
- Qué simpleza de sentimientos... qué falta de elaboración lacaniana. Quiero decir con respecto a sus actuales *descendientes*, urbanos y rurales, nosotros...
- Usted tampoco se me queda atrás, en filosofar.
- La historia oficial no registra muchas obras filosóficas escritas por mujeres... al menos si se las compara con las escritas por ustedes.
- Pareciera así ¿no? ¿Pero eso es cierto?
- Recuerdo haber leído que un filósofo, o aspirante a ello -hombre, por supuesto- argumentaba que el hecho de que no hubiese filosofía femenina se debía a que los hombres siempre se las habían ingeniado muy bien para que la mujer no pudiera escribir. Y que, por eso, por más que los movimientos feministas tratasen de rescatar de la historia a mujeres filosóficas... éstas desgraciadamente son escasas.
- ¿Y usted qué cree?

- En primer lugar pensé que era un demagogo, un Don Juan pseudointelectual que acusaba a los de su propio sexo...
- ¿No pensó, Penélope, que la opresión masculina fuera verdad?... No lo puedo creer.
- Lo he puesto en duda. Ha habido muchos hombres que, bajo opresiones terribles, han escrito igual: a escondidas, encarcelados, torturados, esperando la muerte, como fuera. No veo por qué tantas amas de casa, trabajadoras, intelectuales y empresarias, de éstos como de otros tiempos y por muy sometidas que hayan estado o estén por *el hombre*, no puedan ingeniárselas ellas también para escribir *filosofía*. Pensé que ese filósofo era un machista mal disfrazado de feminista. Flaco favor nos hacía...
- ¿Y entonces por qué cree que no hay muchas filósofas?
- Todas somos filósofas, como cualquier ser humano. Distinto es que sintamos la necesidad de dejar constancia, de escribírselo a los otros, como hacen ustedes...
- Bueno, no sea ofensiva, yo tengo esa necesidad pero respeto...
- Si no lo ofendo: diálogo, como dice usted... y dígame ¿hay filósofos por acá?
- Por supuesto, Penélope, mis grandes amigos los Pasotti -hombres y mujeres-, ex colonos y hoy propietarios de La Merced, filósofos existencialistas consumados como los que más, comparables con nosotros, con cierta sociedad parisina y con el sector más *woodyallenesco* de cada lugar en el mundo.
- Aún nos quedan, a los Zuasnabar Boussy, algunas pocas hectáreas entre todos, y las ruinas de las que fueron las casas de los chacareros, cuyos bosquecillos, especialmente éste, son preciosos como para reconstruir una casita para nosotros.
- Esto es una ruina de verdad...
- Pero los árboles son preciosos, y la hierba. Tiene una hermosa vista. Por eso siempre acariciamos la idea de hacerla más habitable, pero, por falta de dinero, nunca concretamos. Sería muy agradable tener una casa en el campo para cuando seamos mayores de lo que ya somos. "El hombre propone y Dios dispone", dice mi vieja. Con Sole y algunos de sus amigos -¿ya se lo conté?- hicimos un asado, allí, al lado del tanque australiano...

- Le están saliendo yuyos.
- Pero está sano, todavía. Abastecía de agua a bebederos que había hasta allá, lejísimo. Ahora, ya sin remota posibilidad de volver a tener vacas, nos serviría como piscina.
- Podrían también tener algún caballo propio...
- Sí. Y también hacer arreglar el Ford A que hay dentro de ese galpón: a nuestros hijos les encantaría...
- Y a mí. ¿Dónde está? ¿Tiene nafta?
- Está roído por los ratones. A esta chacra, siempre *futura* estancita nuestra, propuse llamarla Santa Soledad, pero en casa me recordaron que había muchos nietos...
- Todos dignísimos...
- Claro. De todas maneras, tener todavía estas pocas hectáreas me ha hecho preocuparme aún menos por aportes jubilatorios, en la creencia de que, cuando Sole sea grande, podré tener para mí completa la rentita que ahora está en parte dedicada a ella...
- ¿Cuántos hijos más tiene por allí?
- Que me conste, ninguno. Quizás sea lo que le digo una de las razones por las que no he tenido más hijos, para que Sole no deba compartir unos ingresos que a duras penas alcanzan, dado un padre que, como contador, sólo sabe contar cuentos. Otro motivo igualmente importante para no tener más hijos creo que fue que, cada día que pasaba en mi época de andariego, frustración tras frustración de los intentos, más me parecía que yo no estaba hecho para tener una familia del tipo convencional. Teresa -ya le hablaré de ella- era 'muy buen partido', puesto que tenía piso propio y la seguridad de un puesto de funcionaria estatal cualificada.
- ¿Su ex buen partido es española?
- De nacimiento, pero mulata. Ya le contaré. Paloma -otra novia- aún más...
- ¿Más española o buen partido?
- Ambas cosas, porque su padre tiene una gran fortuna.
- ¿Y entonces?
- Siempre me puso nervioso la idea del *braguetazo*.

- Resultados: a la vista.
- En mis relaciones no me ha guiado la conveniencia económica sino el desordenado dictamen de unas emociones mucho más instintivas, animalescas. Y no me parece ni bien ni mal, sólo propias... fui rico de pequeño y enormemente infeliz.
- No siempre, según me cuenta...
- No, no siempre, pero es como una sensación *residual*. A veces, hasta relaciono la riqueza con la incapacidad existencial, y a la pobreza con la fuerza de la libertad interior...
- ¿Y no se ha puesto a pensar que la conjunción ideal la haría tener libertad y dinero a la vez?
- Sí, claro. Pero el tinglado de superestructuras socioeconómicas siempre me ha asfixiado, a la larga o a la corta. Estuve cerca de ese montaje social cuando, de regreso, la primera vez, a Rosario, trabajando en gratificadoras funciones universitarias, con un sueldo aceptable, que me permitió alquilar un pequeño pero cómodo departamento en calle San Juan, comprar el viejo pero tan leal Renault 12...
- ¿Tan leal como el *Lea*?
- ¿Como el pichicho? No, nada que ver. Ese auto, con más de veinte años, nos llevó, a Sole y a mí, ida y vuelta hasta Villa Gessell, ganándose por ello el mote de *Tibu* -por tiburón- y ahora lleva a mi hermana Mirentxu y a su familia por los Andes...
- ¿Viven allí?
- En la ciudad de Mendoza. Antes en Núñez, en Buenos Aires. Hace muchos años que veo muy poco a mi hermana menor, y a mis sobrinos: Pablo, Ignacio -mi único ahijado- y Tomás. Los extraño mucho...
- Por lo visto usted es muy familiarero...
- Quizá, por no haberlo sido en la vida real lo soy en mis deseos. Mi infancia transcurrió en una *casa grande*, con abuelos, tíos, numerosos primos y 'personal de servicio', además de mis padres y cuatro hermanos. No fue idílico, pero nos educaron en la creencia de que ésa era *la manera*. Suelo repetir que *la vida no resultó como nos la contaron*. Mi madre misma se lamenta: 'Es que a los chicos no les enseñamos a luchar para ganarse la vida'. No fue su culpa, nadie podía sospechar



cuánto cambiaría el país, la sociedad y, en particular, la familia y su patrimonio...es muy especial ser un nuevo pobre.

- Le sucede a la mayoría de la otrora orgullosa clase media argentina...

- No es un consuelo...

- Al contrario, es un desconsuelo mayor.

- Lo bueno es nivelar para arriba, no para abajo...

- El presidente ya lo dijo: "Siempre habrá pobres entre *ustedes*".

- ¿Quién? ¿Alfonsín?

- No, el siguiente. ¿Por qué? ¿En qué cambia si lo dijo uno u otro?

- No sé. Lapsus o no -verbalizada o no- ésa es una verdad inapelable...

- Es la historia de la Humanidad, ¿no? Una enorme masa de hambrientos y otra, pequeña, de más o menos poderosos. Cambian las personas de un grupo a otro, pero varía poco la relación. Siempre fue igual.

- ¿Y no podría cambiar? Quiero decir, que se invierta la relación: una enorme masa de poderosos y otra, pequeña, de más o menos hambrientos...

-No, no creo. Una cualidad del poder es la concentración y, otra, la arbitrariedad. Es imposible que esas cualidades se generalicen a la mayoría. De todas maneras, si a usted le dan el Nobel, zafaría...

- Pero, Penélope, no estoy hablando del sálvese quien pueda, sino de la idea cristiana, incluso comunista, en su estricto sentido humanista... para eso escribo.

- Bueno, no hay que perder las esperanzas.

- "Hambre que se espera matar, no es hambre", dicen en España...

- No creo que en Etiopía.

- Es muy probable.

-Y desgraciado. La mitad de los aspectos de la vida es horrorosa.

- Para que la otra mitad pueda considerarse hermosa.

- Entonces, no hay más remedio. Los utópicos platónicos, los que han ideado mundos perfectos, luego han sido utilizados por los totalitarios de izquierda, de derecha, fanáticos religiosos o ateos,

para sojuzgar y masacrar, de nuevo.

- Eso es lo que dice Popper para oponerse a la planificación y dejar todo librado a su denominada *ingeniería social* ¿usted se considera una discípula de Popper?

- Sí, fue muy ingenioso, pero no me ponga etiquetas: yo estoy sólo conmigo y -no tengo más remedio- ahora con usted.

- Popper se las *ingenió* muy bien...pero no le dieron el Nobel y, encima, lo están utilizando para el actual desmadre de la globalización...

-Qué espanto: un medioevo tecnificado.

- Perdón, ¿qué dijo? Estaba mirando la alacena...

- Nada importante, pensaba en voz alta.

- A éste lo descorcharemos cuando terminemos...

- ¿Cuándo terminemos qué?

- La entrevista.

- Falta mucho tiempo. ¿Qué me estaba contando?

- ¿Sobre cuál de los infinitos aspectos de mi vida, Penélope?

- Estaba en el del *tinglado* de superestructuras socioeconómicas que le asfixian...

- Ah, sí, sí. Cómo decirle... yo noviaba...

- ¿*Noviaba*? Zuasnabar, ¿se escucha?, usted parece del siglo pasado...

- Le *mot just*, Penélope: ha hecho el encuadre perfecto. Bien. Yo noviaba con Norah. ..

- Otra más...

- *Y la nave va*. Norah, por aquel entonces, también trabajaba en la *épica* universitaria, vivía en un precioso chalé en lo más bonito de Fisherton y, sobre todo, siendo Norah una persona tan agradable, culta e indispensable para clasificar mis escritos, me sentía integrado y feliz. Pero al tiempo, ambos, con diferentes pero equivalentes motivos, decidimos irnos una vez más de Rosario, ella a Berlín y yo de nuevo a Madrid, quedando en encontrarnos el 14 de julio siguiente en la escalinata de Sacre Coeur, en París, a la hora del desayuno y, si a alguno se le hacía tarde, para merendar.

- ¿Por qué no la filma?

- ¿A Norah?

- A su vida, todo lo que me cuenta.

- Está -Dios mediante- en mis planes: estas Memorias apuntan a ello...

- ¿Se encontraron?

- De mutuo acuerdo, el encuentro no se produjo, y fue el inicio de un distanciamiento más entre tantos que los dos vivimos. Vivimos un tiempo *bueno*: al menos el más cercano a la idea educacional que tuve en mi infancia.

- ¿Ella tiene hijos?

- Su hijo y mi hija se observaban con curiosidad... Norah era una amante de mis escritos: a la poesía *Proesías* la estimaba perfecta, y se preguntaba cómo podía expresar tan fielmente las consecuencias de un gran amor pasado e imborrable, condicionante de todos los ulteriores. Ahora, cuando releo *Proesías*, me dejó embargar por la emoción que vi en Norah y pienso que *puede* estar bien, porque la escribí inspirado por la pura realidad, dejando al resultado neto la posibilidad de tener inédita poética.

- ¿Y qué fue de Norah?

- Norah tiene una educación familiar muy parecida a la nuestra, a la de los Zuasnabar Boussy, y un desarrollo ideológico posterior muy similar también, porque la vida privada, económica y política nos golpeó de frente, fuerte, desgraciadamente muy fuerte. Por ahí andará Norah, por el mundo, como yo, pendeando.

- ¿Y ese manuscrito que parece tan antiguo?

- Lea. Es mi primer escrito *literario*: yo tenía doce años. Le ruego sepa disimular sus errores... su candidez, si quiere verlo así.

*Todas sus señas particulares, conocidas por mí, eran estas: en la cabeza, poblada a los costados, sobre las orejas, y medidos cabellos en el medio formaban toda su cabellera. Parecía tener hundido levemente, en una circunferencia de 1,50 cm, el cráneo, en la parte izquierda y pocos centímetros atrás del medio.*

*Su frente grande y despejada mostraba pocas arrugas para sus sesenta y seis a setenta y ocho años que yo lo conocí.*

*Sus cejas, blancas como su cabello (el cabello blanco lo tuvo desde los veinte años) y grandes le daban un toque de importancia a su persona. Entre las dos cejas tenía verticalmente tres arrugas que, muchas veces, parecían signo de preocupación, y que es la verdad: porque siempre estaba preocupado por nuestra salud y toda cosa que hiciéramos regular o mal.*

*Tenía los ojos grandes y de mirada viva, tranquila: como de un gran pensador. Estaban levemente hundidos y armonizaban con sus pestañas, no abundantes, pero sí largas. Nunca que yo sepa tuvo ojeras.*

*Su nariz grande y ancha le daba un poco de aspecto tosco, pero que en seguida desaparecía al tratarlo, al conversar: sus palabras siempre eran alentadoras y comprensivas. La nariz, en su parte superior, estaba golpeada hacia adentro, ahí calzaba sus anteojos. En la parte inferior era muy ancha y sus agujeros nasales grandes, pronunciados.*

*Entre la nariz y la boca no había ninguna arruga ni formas verticales; ésta última era grande, pero no por ello con labios grandes. Su boca era fina y de ella nunca salió nada que no sea bueno, generoso, humilde.*

*De los costados de la nariz a los costados de la boca dos rayas pronunciadas daban forma a los pómulos.*

*La pera, vulgarmente dicho, era de tamaño perfecto con respecto a su cara y cabeza; su cara nunca estaba sin afeitarse.*

*Las orejas eran grandes y bastante ovaladas (siempre me pedía que le cortara los vellos de las orejas con una tijera de peluquero que guardaba celosamente).*

*Las manos eran grandes, casi toscas como su nariz, suaves; dedos cortos y gruesos, uñas prolijas, limpias como el resto de su cuerpo en general; tenían arrugas; más hacia el brazo tenía, creo yo, pequeños derrames; sus brazos tenían vellos, blancos.*

*Como dormíamos en el mismo cuarto y en sendas camas, siempre, tanto a la noche como a la mañana, me estiraba su brazo acercándolo a mi cama y hacía castañuelas con sus dedos para*

*llamarme, y yo le tomaba la mano, me decía "buenas noches, que duermas bien, que Dios te bendiga, que seas un Santo y que nunca te portes mal" o "buenos días, que..." y así todos los días y así todas las noches. Me llamaba "mi compañero" y así, yo a él.*

*Acostumbraba a vestir, de entrecasa, de esta manera: ropa interior: camiseta de invierno y calzoncillo largo. Camisa, pantalón (el que usaba era marrón), medias y zapatos de entrecasa, chaleco y un saco, en verano, uno blanco, tela parecida a la de las sábanas (Grafa) y en invierno uno grueso escocés (o parecido al escocés).*

*Para salir, usaba: camiseta y calzoncillo, traje (pantalón, chaleco y saco); el traje que siempre usó, que yo me acuerdo, fue gris común.*

*Era tan prolijo y ordenado que, carta personal -o médica- archivaba prolijamente en carpetas; su ropero y consultorio estaban impecables. (Es en el último donde estoy escribiendo, después de tres días del fallecimiento de mi querido "compañero").*

*Admiraba a todos los investigadores, médicos, científicos famosos, y tenía sobre la vitrina donde guardaba sus instrumentos médicos, una escultura de Pasteur. En el consultorio se lucen todos sus diplomas, de su padre y sus hijos, y cuadros de parientes y amigos; cuadros que en su interior tienen pintados "papiros" y, adentro, consejos. Todo esto lo tenía porque era muy sentimental, como yo, que ahora lloro por su falta, ahora duermo solo, nadie me da la mano, nadie me aconseja con tanto cariño; me siento bastante solo. Tantos momentos felices que pasé con él. Cuando me llevaba al colegio, se levantaba tan temprano sólo por llevarnos; íbamos juntos al banco a retirar la jubilación: una vez, que yo le dije que vaya yendo, tardé tanto que lo encontré cuando volvía y él, manteniendo el buen humor, me dijo "Me has acompañado solamente un cuarto de trayecto, así que sos un compañero falluto".*

*Le iba a hacer trabajos al banco, le ayudaba y él así también.*

*Tantas veces que me ayudó a hacer deberes, me buscaba significados, hacíamos resúmenes juntos: entre ellos "Mis Montañas" de J. V. González, que tan buena nota me saqué por él. Me adelantaba en Naturaleza: una vez, me aumentó la nota de siete a nueve, y la mantuve así porque él quiso.*

*Pero principalmente la ternura con que siempre me trató a mí y a todos: el cuidado, la dedicación, el amor, un cariño tan pero tan profundo que no sé hasta dónde llegaba, me quería tanto y yo tanto a él, yo lo quería mucho, mucho y ojalá que me escuche porque quiero estar con él, lo quiero mucho y todavía no quiero creer que no esté más.*

*Toda cosa que tocaba la mejoraba.*

*Era bueno, amoroso y lo quiero, lo quiero mucho y cuando sea grande y lea esto ojalá que me siga acordando de él como ahora.*

*Tato, si vos me ves ahora, sabes que te quiero mucho y quiero estar con vos, ¿por qué te fuiste, Tato, por qué, Tatito?*

*Todas las cosas que me recomendaba, era bueno, me quería y sufría el doble que yo cuando me pasaba algo; es la verdad, me quería, y quiero estar con él.*

*Cuando estaba en el comedor de diario, sentado sobre el sillón y con las piernas sobre el aparador de mami, pasó Mirentxu buscando a mami y le dijo “vení en seguida, Tato está descompuesto”; al oír yo esto me quedé quieto, pensé una fracción de segundo palpitando todo lo terrible, salté de la silla y corrí, en ese trecho al cuarto pensé que se repondría como otras veces, llegué al cuarto y lo encontré de bruces sobre la cama: estaba con las piernas dobladas debajo de él, sobre el suelo, y la cabeza con la boca abierta y mirando hacia donde nosotros entramos, los ojos cerrados, y todo mojado el suelo por el mate tomado antes, que devolvió al descomponerse; las manos al lado de la cabeza sobre la cama y apenas vivo; yo me ablandé todo, pensé todo lo peor, y que se me iba mi Tato. Mi Tato. Martita llamó al médico, que llegó rapidísimo, mientras papi trataba de reanimarlo con inyecciones; papi lloraba y es la primera vez que lo vi llorar tanto, aunque no fue mucho por la desesperación. Martita y mami igual, los chicos mudos de sorpresa, sin saber qué hacer. Yo corrí al baño de debajo de la escalera, recé y recé como nunca, para que viviera o que yo también me muriera; salí del baño y me senté en el sillón, cerca del baño, yo no sabía lo que pasaba, vino papi con el doctor (tenía algunas lágrimas), lo despidió, se me acercó y me dijo “Se nos fue Tato, se nos fue”; esa vez lloré como nunca, echando maldiciones a Dios por lo que me había hecho, estuve llorando una hora por lo menos, toda una hora que, hasta ahora, no sirve para nada, y nunca*

*estuve más desesperado; Dios, por lo menos esta vez, me podría haber complacido, y no lo hizo.*  
*Lloré y lloré como nunca, se me había ido Tato, Tato se me había ido, ya no me iba a cuidar, a dirigirme, se me murió Tato ¿por qué Tato, por qué?*

- Enternecedor... siempre conmueve un chico desesperado.
- Lo estaba. En realidad lo he estado siempre: ello, en gran medida, de continuo me impulsó a escribir.
- Ya ha recorrido un largo camino, literariamente hablando. ¿Y yo qué debería hacer con todo lo que ahora le escucho?
- Corregirlo, modificarlo si es necesario, purificarlo. Como dijo Bécquer : "Ponerlo decente para presentarlo a la escena del mundo".
- Y, si no lo logro, me mata.
- Si no lo logra... quizá yo me muera del disgusto.
- Y en su muerte, me arrastra.
- Desgraciadamente.
- ¿Y si lo logro?
- Entonces sólo la hago desaparecer, para alzarme con la gloria yo solo, sin relativizaciones.
- Me mantendrá raptada mientras viva...
- Mientras vivamos, exacto.
- Cuando chico, ¿qué quería ser de grande?
- Siendo chico nunca quise ser bombero, como dicen que muchos niños quieren ser. No, yo quería ser médico, como mi abuelo, o cualquier otra cosa, pero a lo grande. Es que ¿sabe, Penélope?: los términos medios generalmente no han sido mi fuerte...
- Los asimilaba a mediocridad...
- Es posible, pero tampoco nunca quise ser, por ejemplo, el más malo entre todos los malvados.
- ¿Ah, no?
- No.
- ¿Y yo?

- Usted es una *licencia* que yo me permito: ya le he dicho que tampoco soy un santo, gracias a Dios.

- Ya veremos qué dice la gente sobre este asunto... Su abuelo -su tan amado Tato- le decía que fuera un santo, usted mismo lo escribió ahí.

- Sólo era su manera de decirme que fuera bueno y honesto, no más...

- ¿Por qué no más?

- Porque me quería bien y, para ser un santo, muchas veces -si no todas- hay que ser un mártir, y no tengo ninguna duda de que no quería eso para mí. Por eso, Penélope, las veces que encaré mi vida *a lo mártir* no me daba cuenta de que defraudaba a Tato. Pero bueno, como a mis pensamientos siempre les he dado libertad, he soñado despierto, además de ser un gran escritor, ser presidente de la Nación...

- ¿Presidente de todos los argentinos?

- Lo descarté muy joven, a los veinte, cuando me divorcié por primera vez. Eran otros tiempos y el puesto estaba vedado a divorciados, probablemente también a solteros... Yrigoyen sin embargo... Como fuera: toda gente -ellos y yo- sospechosa de vida personal, al menos, *irregular*. Un tiempo también quise ser Premio Nobel de la Paz, fíjese usted....

- ¿Nunca el mayor, por ejemplo, narcotraficante del mundo?

- Ni en ficción, pese a compartir una cultura organizacional proclive a festejar cualquier *metier* que sea deshonesto. Usted como yo ha visto cómo -en Rosario mismo- contadores y abogados, apenas acababan la carrera, se *acomodaban* en la Dirección General Impositiva -por ejemplo-, para comenzar otra carrera de *coimas*, chantajes y demás corrupciones que los enriquecían con rapidez, y con el beneplácito de sus viejos o nuevos amigos de *sociedad*. Yo barajé la posibilidad de ser uno de ellos, pero creo que la barajé exclusivamente porque ya era el librepensador que no se escandaliza en el mundo de las ideas. Hasta tuve el 'enchufe', el *acomodador*. Pero me eché atrás. Me deprimió el espectáculo. Yo no quería ser así...

-¿Y por qué no si todo era socialmente aceptado?

-Porque recordaba a Tato.



- Al que no le quita mérito haberse casado con una prima hermana terrateniente... y su hermano...

- Tío Mario, con la otra hermana, exacto. ¿Lo dice con ironía? ¿Sugiere que fue por *conveniencia*? Mire, no lo sé, pero creo que nada ni nadie los obligó. Tampoco estaban en la India, sus padres no creo que los hayan *entregado*: no consta. Además, es público que fueron dos matrimonios bien avenidos, unidos y muy compañeros. También es muy conocido que gastaron gran parte de sus fortunas en niños pobres y otros desvalidos, ajenos y desconocidos, por solidaridad, por amor al prójimo, aunque hoy estos principios sean considerados casi ridículos... No es que yo *no le permita* -estamos en el campo de las ideas- ironizar o lo que quiera, pero estimo que, sin pruebas en contra, usted debería presumir sus inocencias.

- Ahora que se permiten divorciados, intente la arena política: se le da bien el discurso. Siga, y disculpe...

- ¿Usted cree? Que me vengán a buscar, que entre vítores me lleven en andas... entonces vería si es conveniente, para un Premio Nobel en literatura, ser también primer mandatario. No sé, es cargarme con muchas responsabilidades, y usted ya sabe que el asunto de las superestructuras... Bien. Me parecía una salvajada -aún me parece, Penélope- ser uno de esos forajidos de la DGI, aunque fuera tan bien aceptado, por ejemplo en mi siempre tan traumático Jockey Club, con el cual reconozco que mantuve una fuerte relación amor-odio, me atrevería a decir incluso sadomasoquista...

- ¿Tanto?

- Tal vez son resabios de mi forma discursiva de recién... pero sí, algo de eso hubo. Y no exclusivamente mía -este tipo de relación- sino extendida entre muchos socios: no olvide que muchos guerrilleros -de izquierda- y otros terroristas -de derecha- han salido de sus *links*. Por ejemplo. Pero, por supuesto, en ese enorme club -uno de los más hermosos que he visto en el mundo- no toda la gente es *mala*: es necesario decirlo para que nadie caiga en estúpidas interpretaciones...

- Como en cualquier club, como en toda agrupación humana, habrá *de todo*...

- Moral, cultural y hasta educacionalmente hay de todo, claro está. En ese sentido es una de las tantas viñas del Señor. Pero, pobres, hay pocos...

- Pobres de espíritu...

- No, pobres de espíritu hay muchos -o tantos como en cualquier viña del Señor, digamos *standard*. Quiero decir que en el Jockey hay mucha gente otrora rica y hoy *nouveau pauvre*, como yo...

- ¿Usted lo frecuenta?

- Yo ya renuncié dos veces: no me podía permitir vivir en otros países y pagar por algo que no utilizaba. Con excepción de los *nouveau pauvres* vitáticos, que no pagan cuota, los *nouveau pauvres* activos, que sí la pagan, creo que están un poco tarados -strictu sensu- por la cuestión educacional, social, decimonónica, y *viven del pasado*, pagando religiosamente unas cuotas mensuales desorbitadas de sus realidades presentes.

- ¿Y sabe cómo logran pagarla?

- Por supuesto, además de haberlo hecho yo mismo, tengo queridos amigos y familiares que lo siguen haciendo. Mire -sin particularizar-, después de pagar la cuota, con lo que les queda de un misérrimo sueldo o rentita, devastado por un numantino deseo de mantener la apariencia social, o por seguir reuniéndose con los amigos de siempre, van a la Peatonal Córdoba y se compran una *Lacoste*, vuelven a casa y en el mercadito de al lado piden fiada la comida del día...

- Siendo así serán, generalmente, dietas poco equilibradas...

- No se equivoca. Luego, se toman un destartado colectivo urbano -si es que no viven *aún* en Fisherton- se apean y entran muy dignos y elegantes, con sonrisa brillantemente forzada, al club donde -no más intentar aproximarse a la puerta- les piden el carné con -la-cuota-del-mes-en-curso-pagada- unos anónimos -ya que los renuevan antes de que se reconozcan con los socios - y poderosos vigilantes, contratados a una aséptica -muy ajena e *imparcial*- empresa de seguridad que, aunque te llames Zuasnabar no te dejan entrar si no estás *al día*. ¡No es lo que era!, Penélope: cuando yo era chico, el señor Pairetti, mozo en la piscina de agua dulce, los señores Casia y Lili en los vestuarios, y todos los de la vieja guardia, me dispensaban un trato -y yo a ellos-

*personalizado*, un poco facha -lo reconozco- pero más humano: yo fui educado para respetarlos tanto como ellos a mí...

- ¿La *cuestión social* siempre lo pone nervioso, tenso?

- Me hace transpirar, y temblar el pulso. No creo que mis padres hayan sido muy hipócritas al educarme, quizá todo lo contrario, propiciando, profundizando así gravísimas contradicciones. Eran de esos padres que le decían a usted que el *sesgo humano* -la nobleza de espíritu- es lo más importante, y que todos en la vida -absolutamente todos- deberíamos tener los mismos derechos y las mismas obligaciones...

- Pero luego iban y decían...

- Por la educación que recibieron a principios de siglo, Penélope...

- Que fulano es más o es menos de sociedad que menganito...

- Aproximadamente, no pudieron zafar de aquello hasta casi ahora, al mismo tiempo que lo hicieron sus hijos y nietos, por súbitos derrumbes generalizados de economías, de mitos, de políticas, de casi todo lo que sustentaban las ideologías y creencias de los abuelos y anteriores ancestros...

- En Rosario debemos ser una de las pocas familias que quedan -o se conocen- de descendientes de Guerreros del Paraguay. Pero no pertenecemos a su Asociación, que en el cementerio de la Recoleta tiene una imponente bóveda, ante la cual papá se hizo fotografiar...

- El honor es más que dudoso... En esa guerra, contra un país por ese entonces fuerte pero no tanto como Argentina, Uruguay y Brasil juntos, se *logró* que en Paraguay casi no quedaran hombres, y de ahí buena parte de su menguado desarrollo actual ...

- Se lo estaba por decir, un honor discutible. Por eso no pertenezco a su Asociación. Pero lo haría si se propusiera reparar los daños o, al menos, solidarizarse con Paraguay...

- Pero usted le escribió a Alfonsín que, aunque ajeno, consideraba un *mérito* la *campaña* de su tatarabuelo...

- Tenía -siempre tuve- conciencia de que, en realidad, no lo era. Nunca me gustaron los militares y su vocación y oficio de matar. Yo ya había vivido los espantos del Proceso y, desde España, los de

las Islas Malvinas...

- Se vanaglorió de un mérito que ni existía ni siquiera sentía...

- Ya está bien, ¿no? No aproveche para ensañarse... *fairplay*, por favor.

-¿Qué más sabe de él?

-Melchor no solamente se dedicó a matar, Penélope, además se casó dos veces, con Agueda Leguizamón, de donde desciendo yo, y, ya viudo, con Lucila Castro Miguens, de donde descenden los actuales Zuasnabar Viaña de Tucumán. También fue grado 33 -el máximo- de la Masonería, y tal rango está acreditado en un diploma firmado por el mismísimo Domingo Faustino Sarmiento, diploma que por alguna de nuestras casas andará, o no, ya nadie sabe de él, ¡qué dejadez! ¿A usted qué le parece?

- Que le brota la cuna...

- Pero ahora no es fuera de lugar: estamos redactando mis Memorias, no un pedido de trabajo a un diri-gente y, en ellas, caben referencias familiares. Y no me vanaglorio, más bien... 'me entrego a las fieras': como le hago decir a Haro de Bouzúa en La Baba Dialéctica...

- "Si os ofrezco mi carne no es porque piense que no hay carnicería como ésta, si no porque creo que será bueno para todos, incluso para mí", firmado: 'don Haro de Bouzúa, frente a los leones'.

-¿Lo recuerda de memoria? Qué retentiva. Maravilloso, Penélope...

- ¿Más tatarabuelos?

- Sí, claro... Tabares, por ejemplo -no el borgiano, sino Manuel-. Cuando el primer cementerio de Rosario -al lado de la catedral- quedó chico, mi tatarabuelo Manuel Tabares quiso donar un par de manzanas de su *lonja* para hacer uno nuevo. Ofreció unas comprendidas aproximadamente en la zona donde hoy se encuentra el Colegio del Sagrado Corazón, ¿se ubica?: al que yo le metí dos *tries*.

- Claro.

- Bien, pero las autoridades municipales le dijeron que esas manzanas seguían siendo muy céntricas para ese fin... Buen juego ¿no?

- ¿Cuál?

- Cementerio con fin. Pero bueno, volviéndome a poner serio, en fin, como un cementerio...

¿seguimos en verso?

- Siga como quiera.

- Qué prosaica, ergo, en prosa. ¿Dónde estaba? Ah, sí... Por lo que mi tatarabuelo Tabares las canjeó por otras, las del actual cementerio El Salvador, que pertenecían a la lonja de otros tatarabuelos, los Basualdo, y donó ésas. Si usted entra hasta el fondo de El Salvador, por el camino central, encontrará una placa recordatoria, contra los nichos del fondo, que era donde antiguamente se hacían las ofrendas. De su existencia me contó mi padrino, quien hace las historias más creíbles que si uno las hubiera vivido. Después, un día, fui a verla. Es que yo, pocas veces voy al cementerio. Imagínese que tendré muchos años para contemplar alguno. Antes, con doce o trece años, iba a llorar a mi abuelo, luego a mi padre y ya poco -y no porque no lo quisiera- a mi hermano, todos en el panteón familiar, que ya está bastante saturado, por lo que suelo decir que donamos un cementerio pero no tenemos dónde caernos muertos... Aunque -según me explican- allá nos vamos reduciendo unos a otros -los aún vivos a los muertos de más de treinta años- por lo que se va haciendo lugar...

-Alucinante... Bueno, no hablemos más de la muerte...

- No la debería intranquilizar -no más que la vida misma-: es muy natural según nos han educado, ¿no es cierto?... Si la asusto es involuntario, es porque antes estoy asustado yo. ¿Quiere saber más sobre abuelos?

- ¿Por parte de madre?

- Abel Boussy. Médico y, al parecer, noble francés, venido a la Argentina Dios sabe por qué, de Boussy-Saint Antoine, *petit village* a treinta kilómetros de París...

- ¿Su abuelo se llamaba como el pueblo?

- O el pueblo se llamaba como él, no sé. Y como yo: fíjese que mis segundos nombre y apellido son, justamente, Antonio y Boussy. Algún día tendré que ir a visitar ese lugar ¿no le parece?

- Y sí... es como llamarse Chañar de nombre y Ladeado de apellido...

- Y no visitar Chañar Ladeado. Lo mismo. Abel se casó con Carmen Guerra y Contreras -una de mis

criollazas abuelas-, cuya hermana Mercedes, religiosa, fundó aquí, en Argentina, la Congregación de las Terciarias Franciscanas, por lo que en estos momentos está en proceso de beatificación... Mercedes es la tía abuela, entonces, que en mi familia se ocupa de los asuntos celestiales, por derecho natural...

-O divino...

-También hubieron unos tíos abuelos diputados y presidente de la Corte... Mucho más no sé decirle, mi madre es muy despreocupada de estos temas. Siempre dice, con sus primas, que algún día tienen que hacer una reunión -la famosa *Sacconeada*- en donde todos los Saccone -Rouillon Saccone, Uranga Saccone, Zuasnabar Saccone, Mendoza Casacuberta Saccone, Ferreyra Saccone y todos los Saccone de primer apellido- se conozcan o se vuelvan a ver después de *añares*. Pero no concretan, aunque se quieren mucho y nos transmiten siempre ese cariño, por lo que yo también los quiero, aún sin conocerlos... ¿Qué extraño, no?

- Sucede hasta en las peores familias. ¿Quiere regresar a la línea paterna?

- No sé, me parecería prudente dejar ya...

- ¿Toda la entrevista?

- No, no, falta *La partida*, las aventuras en España, Francia, Dinamarca, Rusia, Israel, *El regreso*, ¡tantas cosas! -todas con sus respectivas mujeres-,...pero por qué me lo dice, Penélope ¿ya no quiere seguir?

-¡Cómo se le ocurre!, no se detenga... sólo es que tengo un poco de apetito.

-¿Quiere que nos hagamos un asadito?

"Las comisiones de Salud, Desarrollo y Previsión Social, Deportes y Recreación, y Gobierno y Acuerdos han tomado en consideración el proyecto de Ordenanza de los Concejales Roberto Bereciartúa y Samson Meyer Krupick, mediante el cual designa con el nombre de Dr. M. Horacio de Zuasnabar al Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias de Rosario - C.E.M.A.

"Expresan los autores, la destacada figura del Dr. M. Horacio de Zuasnabar,

digno y prestigioso médico pediatra de nuestra ciudad, fue el primer Director del actual Hospital de Niños Víctor J. Vilela, cargo que abnegada y eficientemente ocupó desde el 14 de julio de 1930 – fecha de su inauguración- hasta su fallecimiento como Director Emérito del mismo.

“El Dr. M. Horacio de Zuasnabar nació en Rosario, el 6 de enero de 1888, y no habiendo aún Facultad de Medicina en nuestra ciudad, estudió en Córdoba, para luego graduarse en 1913 en la Universidad de Buenos Aires, defendiendo su tesis doctoral a los 25 años de edad.

“A posteriori de obtener su título, el Dr. Zuasnabar volvió definitivamente a Rosario para ejercer su profesión con verdadera vocación de servicio, desempeñándose siempre en diversas áreas de la Salud Pública, a saber:

“Fue jefe del único servicio municipal de Clínica y Cirugía de Niños que hubo en la ciudad, en el antiguo Hospital Rosario –hoy hospital de Emergencias Dr. Clemente Alvarez- hasta que, en 1930, el mismo Dr. Zuasnabar organizara el primer Hospital de Niños e Instituto de Puericultura –hoy Hospital de Niños “Víctor J. Vilela” en honor del intendente durante cuya gestión fue inaugurado.

“En 1921, con 32 años, fue nombrado Director General de Administración Sanitaria y Asistencia Pública de la Municipalidad de Rosario.

“Poco más tarde, el doctor Zuasnabar es elegido por la Municipalidad de Rosario para que idee y organice el primer Hospital de Niños de la ciudad, que abre finalmente sus puertas el 14 de julio de 1930. Es su primer Director, y sucesivas administraciones municipales lo confirman en su puesto hasta que en 1947, después de 17 años ininterrumpidos de fructífera gestión, es removido de sus funciones.

“Es repuesto en su cargo en 1955 y nuevamente removido en 1957.

“Finalmente, el 13 de junio de 1962, el Dr. Zuasnabar es nombrado Director Emérito del Hospital de Niños “Víctor J. Vilela” hasta su muerte, ocurrida en 1966. Es decir, 33 años vinculado –de una u otra manera- al Hospital que, para el Dr. Zuasnabar, fue motivo fundamental de su vida.

“En su intensa y fecunda labor, atendió además los consultorios de Pediatría del Hospital Italiano, del Hospicio de Huérfanos, del Hospital Español, de la Asistencia Pública y de la Liga Argentina contra la Tuberculosis.

“Creó la Asociación pro Hospital de Niños, primera institución cooperadora de los hospitales municipales rosarinos.

“Entre otras actividades públicas fue:

Presidente de la Liga Argentina contra la Tuberculosis.

Presidente de la Sociedad de Pediatría de Rosario.

Presidente de la Sociedad de Médicos del hospital de Niños

Presidente de la Asociación Pro Escuela Normal de Maestros.

Gestor de la Fundación de la Sociedad de Tisiología y de la Sociedad Médica, a cuyo plantel directivo perteneció.

“En 1938 presidió el Tercer Congreso Provincial de Niño y la Primera Conferencia Nacional de Psicotecnia.

“Desempeñó la docencia en la Escuela de Servicio Social, en el Colegio Nacional N° 2 y en el Liceo de Señoritas.

“Y, en otro orden, como nieto del teniente coronel Melchor de Zuasnabar, fue presidente de la Asociación de Descendientes de Guerreros del Paraguay de nuestra ciudad.

“Como dice la doctora Gloria Lovell –quien ha trabajado en la Administración Sanitaria desde 1940 y ha sido también Directora del “Vilela” desde 1958 a 1964- “el Hospital que creó el Dr. Zuasnabar en 1930 fue de avanzada”.

“Desde todo punto de vista, especialmente, en el aspecto social el Dr. Zuasnabar no solo fue un gran médico y estudioso, de espíritu caballeresco y altruista, sino que fue también un gran administrador y organizador, un pionero de la Medicina Pública argentina, al plasmar: la descentralización de la atención en dispensarios distribuidos en toda la ciudad, al pagar el transporte para que los chicos carenciados volvieran para continuar sus tratamientos en el Hospital; al mantener los niños escolarizados mientras duraba la internación y aún después,



cuando habían regresado a sus hogares pero no podían asistir al colegio, con maestras especiales; al desarrollar planes de alfabetización para las madres, enseñanza de higiene, de economía doméstica, de profilaxis de la sífilis y de la tuberculosis; al implementar la dentistería conservadora y ortodoncia gratuitas, el consultorio de enfermedades de la piel, el Lactarium que suprimió al ama de leche mercenaria; al habilitar en el Hospital de Niños un agencia de la Caja de Ahorro Postal; al crear —entre otros beneficios de pensar aún en nuestros días - un Fondo de Asistencia Social mediante el cual se proporcionaba alojamiento, comida, vestido y calzado a familias en estado de suma pobreza.

“Este Servicio Social, que a partir de la década de 1930 el Dr. Zuasnabar estableció en el Hospital de niños, fue el primero implementado en los hospitales rosarinos.

“El Dr. Zuasnabar se encargaba personalmente de cada detalle, asumiendo así como Director todas las responsabilidades médicas y administrativas; ocupándose incluso de gestiones tales como la aceleración de los trabajos de pavimentación de las calles adyacentes al Hospital, de las conexiones eléctricas y telefónicas y del trazado del recorrido de la línea de ómnibus que unió al nosocomio con el centro y con los otros barrios de la ciudad.

“Planeó ampliar el Hospital de Niños, construyendo un monoblock de 7 u 8 pisos: “donde con comodidad y amplitud puedan instalarse muchos servicios externos e internos (...) Rosario exige y merece —decía el Dr. Zuasnabar - para la atención de sus niños enfermos, un hospital modelo y lo exigen también su zona de influencia y todas las localidades que tienen cifradas sus más grandes esperanzas en los servicios médicos y sociales de Rosario”. Escribía esto en los Anales del Hospital de Niños, en el año 1945.

“El Dr. Zuasnabar falleció el 3 de abril de 1966, y aún parece no habersele tributado el homenaje que su figura merece.

Sobre su personalidad, ha dicho la Dra. Lovell, quien como ya mencionáramos lo conoció personalmente: “hidalguía, pura hidalguía, porque lo más hermoso que tenía el Dr. Zuasnabar era su carácter. Era un hombre de una rectitud a toda prueba. Muy justo, muy firme en sus decisiones: era un señor. Él tenía un amor bárbaro por el Hospital de Niños y evidentemente no solamente

tenía el proyecto de agrandar lo sino de hacer más asistencia social. Rosario no le ha hecho nunca justicia, teniendo en cuenta que fue el primer promotor de la fundación de un hospital de niños en Rosario que, con el tiempo, se ha acrecentado y que es un orgullo para la ciudad actualmente. El doctor Zuasnabar tuvo el orgullo de organizar el Hospital de Niños, de fundar el Hospital de Niños, y con todos los servicios anexos de tipo social. Es uno de los cultores de Rosario. La Municipalidad debería promover el nombre de los cultores de la ciudad, de la cultura de Rosario".

"También la señora Ana María Sarnari de Mercau, Jefa del Servicio Social del Ministerio de Educación, ha escrito del Dr. Zuasnabar: "¿Por qué razón no hubo el merecido reconocimiento, o por qué no lo hubo posteriormente para ese monumental trabajo? La obra social es tan importante como el ejercicio de la Pediatría... (El Dr. Zuasnabar) tuvo avances llamativos como la instalación de la por él llamada "Escuela Ambulatoria", que fue un desvelo también mío al frente de la Jefatura del Servicio Social....Socialmente hablando, casi no hay detalle que haya escapado a su visión. Conocí el Lactarium y la eficacia de su atención. Fui su alumna en la Escuela de Servicio Social y podíamos haber rendido con solo escucharlo (...). Fue muy buena su idea de que no participaran los niños en los desfiles, por el frío y los plantones. Sería bueno reflotarla (...). Creo que la Sociedad Médica y la Municipalidad pueden hacer mucho para divulgar su ejemplo, para que la ciudadanía actual lo conozca, y para hacerle al fin justicia."

"Es difícil encontrar alguien que haya hecho tanto por la Salud Pública rosarina y santafesina y que aún no haya sido reconocido en la medida que merece, como sucede con el Dr. Zuasnabar.

"Imponerle al nuevo Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias –que fue por tantos años solo la estructura de un monoblock de siete u ocho pisos- el nombre del Dr. Zuasnabar es hacer justicia pero también, y fundamentalmente, para la ciudadanía, es ver que al fin se hacen realidad los anhelos sociales que ya tuvo él durante tantos años, hace ya mucho tiempo.

"Por todo lo expuesto la Comisión ha compartido la iniciativa y propone para su aprobación el siguiente proyecto de ordenanza:

Artículo 1°.- Designese con el nombre Doctor M. Horacio de Zuasnabar (1888 -1966) al Centro de Especialidades Médicas Ambulatorias de Rosario –CEMA- en honor a su destacada trayectoria como pionero de la Medicina Pública rosarina.

Art. 2°.- La designación se hará a través de la colocación de una placa en el frente del mencionado edificio en un acto a realizarse en día y hora a confirmar, una vez aprobada la presente, en reunión de Labor Parlamentaria.

Art.3°.- Comuníquese a la Intendencia con sus considerandos, publíquese y agréguese al D.M. - Sala de Sesiones, 18 de Marzo de 1999. Ordenanza N° 6749.

-Ordenanza aprobada en democracia y por unanimidad, Penélope, pero aún no cumplida en forma cabal por los dirigentes, quienes -como usted sabe- además de robarnos el dinero intentan también siempre robar la buena fama de los verdaderos hacedores del país. Sobre mi abuelo Melchor Horacio, Tato, a lo escrito con Miguel A. De Marco -hijo- en '*Dr. Zuasnabar. Pionero de la medicina pública argentina (1888-1966)*' le puedo agregar alguna anécdota *tradicional*, como la que protagonizara papá al pegarle un puñetazo al diputado Agustín Rodríguez Araya por haber molestado, no recuerdo cómo, la labor de mi abuelo al frente del Hospital de Niños.

- ¿Dónde ocurrió?

- En la puerta de la sede del Jockey Club, ante empleados y otros socios... Rodríguez Araya era *duro*.

-Por lo visto, también su padre.

- No, papá era todo lo contrario, un romántico descontrolado.

- ¿Y qué pasó?

- Lo hizo caer; y todos le vieron a Rodríguez Araya, bajo el saco, un revólver...

- Empezó a los tiros...

- No, *sólo* mandó meter a mi padre dos o tres días en un calabozo. Yo nunca supe qué fue más amargo para mi viejo: si los días de detención o la reprimenda que le dio mi abuelo por su 'reacción violenta'.

-¿Dónde quedaba la escuela que su padre ayudó a levantar?

- Por allá, desde acá no se llega a ver... Era conocida como 'la escuela de los Morresi, campo Zuasnabar'. En 1943, mientras funcionaba en la chacra de la familia Morresi, fue reconocida como centro de enseñanza y, cinco años más tarde, como escuela provincial. Mi padre luego donó una hectárea, el mástil y la placa de bronce correspondientes para el nuevo edificio. La escuela fue la número 1007 y se llamó "Juan Manuel de Pueyrredón"... Ahora la hectárea es, de nuevo, propiedad privada, por supuesto, no nuestra.

- ¿Quién la mandó a destruir, y por qué?

- No sé por qué... con mi madre y mis hermanos optamos por dejar *que hagan*.

- La contemplación es un arte de Oriente pero también muy criollo...

- Ahá, igual hace la gente de aquí, que ha perdido su escuelita rural.

- Pero por acá ya casi no queda gente, casi no deben quedar chicos en edad escolar.

- Bien, pero la escuelita podría haber sido utilizada para otros fines *comunitarios*. Siempre he escuchado que hay que levantar escuelas, hospitales... no que hay que tirarlos abajo y quedarse con los terrenos. De cualquier manera, mi padre donó el terreno a la provincia: es la provincia la que se debe ocupar. Nosotros ya no.

- ¿Venía a esta chacra con su padre?

- Como si fuera ahora mismo, lo estoy viendo ahí, de pie, mirando a lo lejos. Amaba este lugar. Una noche nos quedamos los dos solos, mirando todas las estrellas que desde aquí se pueden ver, no desde la ciudad. Estaba fresco, por lo que reclinamos los asientos del Torino y las veíamos desde dentro del auto, mientras charlábamos y me contaba sus proyectos. Era un soñador nato... Ya estaba muy enfermo cuando, al final del camino aquél, saltó la banquina y chocó de frente contra una pared de tierra. Quedó casi paralítico, por una lesión en la médula que le operaron con bastante éxito, ya que pudo volver a caminar, pero tambaleándose. Una vez, volvió muy deprimido a casa porque alguien lo había creído, a él que nunca bebía, borracho...

- ¿Cuándo murió?

- Cuando empezaba 1973.

- Cámpora al gobierno, Perón al poder.

- Vamos a descansar.

-Cuando era chico -porque tenía trece o catorce años- me enamoré enormemente de María Angelina, compañera del Colegio Adoratrices de mi hermana María Sara, la mayor, por lo que la niña tenía un año y medio más que yo. "¡Qué ridículo un novio menor que yo, ni loca!", recuerdo que decían sus amigas. Así que, además de enamorado yo estaba superorgullosa. Y claro, los varones me lo hacían notar... por las buenas y por las malas.

- Y las chicas lo mirarían con curiosidad...

- Las mujeres *siempre* me miraron, al menos, con curiosidad, Penélope, gracias a Dios.

- ¿Aún hoy?

- Pinto canas, no es lo mismo...

- No se lamenta, ya vivió lo suyo...

- Quiero decir que el espectro se ha ampliado. Ahora me miran con curiosidad las comprendidas entre veinte -menos casi ya no... o sí ¡sí que lo hacen! pero entiendo que con sentimientos confundidos- y... cuarenta años.

- ¿Las de más de cuarenta no lo miran?

- Ahora que me lo señala, me parece que también, pero entiendo que, asimismo, se confunden... A veces me pasa que, queriéndole encontrar la mirada a una treintañera -como máximo-, se ponen adelante las miradas de señoras -es decir, mayores de cuarenta- como si fueran diestras guardavallas balanceándose para cubrir todo el arco. Espero que lo sigan haciendo, cuando yo tenga arriba de setenta.

En tiempos de Angelina, para ir al *country* yo tomaba un ómnibus -la B o el 202- porque era menor para manejar. En su ruta a Fisherton el colectivo cruza calle Italia, donde al fondo, contra avenida Wheelwright, vivía Angelina con su familia. Si el ómnibus iba muy lleno, yo me las arreglaba igual para alcanzar a mirar por alguna ventanilla el fondo de la calle y, apenas veía el edificio, le tiraba, a veces con disimulo, a veces no, besos a mi gran amor... menudita, preciosa... Así estuve bastante tiempo, hasta que pude citarla, por primera vez, a solas, en *Bridge*, el bar que estaba de moda ¿se acuerda?, en la planta alta de la Galería Rosario. ..

- A esa edad -ella quince y usted trece - era la crónica de una declaración anunciada...
- Nuestras familias y amigos estaban enterados de la cita. La expectativa era evidente. Todos esperaban impacientes el resultado. Bridge estaba poco concurrido, nos sentamos por el centro, entre la entrada y la barra. No recuerdo bien las palabras pero el trámite fue rápido y seguro, por ambas partes, ya que los dos sabíamos que el otro estaba... bien dispuesto.
- ¿Usted cómo lo sabía?
- El lunes anterior había regresado del colegio mi hermana y me había dicho: "lo conseguiste" - *conquistar* a la que sería, años después, madre de mi hija. Esa mañana, al parecer durante un recreo, Angelina había pasado al frente del aula para proclamar, a todos los vientos -sus compañeras-, el amor que, había descubierto, profesaba por mí... hasta lo escribió en el pizarrón.
- ¿Y cómo cree que lo descubrió?
- Sin duda, en el *asalto* del sábado anterior, en casa de Marta María. Después de bailar lo indispensable -Beatles, Salvatore Adamo, Nicola Di Bari, Doménico Modugno-, la invité a que nos sentáramos a charlar en un cómodo sillón. Estuve impecable: brillante, divertido, seductor, sin ser demasiado directo. Volví a casa con buenos palpitos... El domingo no nos vimos.
- Fue el día de reflexión.
- En Bridge yo me tenía que jugar, pero sin ser brutal -sin romper el encantamiento del sábado- y pedirle *arreglo*, cosa que hice. Me dio el sí bajo una condición, que no se lo dijera a nadie... Niños, Penélope, ¡éramos tan niños incluso ya siendo padres!... Y claro, se lo prometí, se lo juré.
- Lo que hiciera falta...
- No recuerdo si ella prometió lo mismo, pero ninguno de los dos cumplió la condición: salimos tomados de la mano, saludando... y *cortamos* a los tres meses. Nos reconciamos al año. Así estuvimos -arreglando y cortando- muchos años, hasta que un buen día, que tuve franco en el servicio militar, supimos que traíamos al mundo, a Sole.
- ¿Así que *supieron* que ese día concebían a Sole?
- Ahá.
- ¿Y dónde fue eso?

- Je, je, Penélope, escúche. En la biblioteca de la casa grande, del *Palacio*... calle Sarmiento 1166, Rosario. Una casa preciosa y grande... Enorme, más de diez dormitorios sólo en la planta baja, cinco baños, dos patios y un jardín, dos sótanos -uno con la caldera para la calefacción, con depósito para el carbón-, más dormitorios para el personal de servicio, cuartos de lavar y planchar, ascensor *Otis* -de madera, hecho a medida-, comedor diario, el consultorio de mi abuelo, *mi* biblioteca, dos *halls*, uno de estar y el otro de recepción... y unos majestuosos comedor y sala principal con suelos de *parquet* -con dibujos de ebanistería-, columnas, arañas de alabastro translúcido -por donde se filtraba la luz de las bombillas-, dos pianos -uno de media cola-, relojes de pie y otros embutidos en estatuas de bronce, salamandras con ventanillas de mica, mobiliario europeo, abundantes cuadros -en especial de Uriarte, que era amigo de Tato. En esa verdadera mansión se casaron mis padres, haciendo traer un altar. Allí mismo nació mi hermano Mario. Allí nacieron y fueron velados muchos de mis parientes. Habitaron esa casa cinco generaciones de mi familia: no sé si no es un *récord* en Rosario... Vio qué dados somos los argentinos a estas mediciones ¿no?: la más grande, la más larga...

-Como decía Borges, un problema de tamaño. Los visitaría mucha gente...

- El 'todo' Rosario, más algunos porteños -Sánchez Viamonte, por ejemplo-, los Aguirre de Santa Fe, mis parientes cordobeses, pacientitos amigos de mi abuelo -algunos ya grandes-, los colonos de aquí, los novios de las muchachas...

- Era una verbena...

- Era una casa de familia, como cualquiera.

- Usted pensaba que todos en el país vivían igual.

- No, yo veía a muchos de mis amigos, a mis compañeros de estudio, a los chacareros, vivir evidentemente en otras condiciones. Pero, hasta que no vino la debacle nacional y familiar, no tuve motivos ni medios para cuestionarme esas cosas: era un chico y, encima, en su contexto natural, hasta ese momento.

- ¿Qué pasó con el Palacio?

- Se nos hizo imposible mantenerlo. A mi personalmente se me transformó, como yo le llamaba

desde Europa, en el 'Grand Pantheon', y lo vendimos. Hoy lo alquila un colegio y, aunque ya no tiene el mobiliario de antes, lo han restaurado e igualmente está bello, lleno de vida, con sus estudiantes... Espero que no terminen tirándolo abajo, como a todo... Lo que nos sucedió, como debacle económica particular, fue que mi padre quería trabajar él mismo estas tierras. Pero las leyes impedían desalojar a los colonos.

- Ellos eran los que las trabajaban...

- Exacto, con derechos adquiridos. Muchos propietarios entablaron juicios de desalojo. Mi padre fue uno de ellos, pero también se avino a negociar y les llegó a ofrecer hasta dos terceras partes de las chacras, con tal de quedarse él con un tercio libre...

- ¿Y aceptaron?

- Naturalmente. Luego, había que comprar herramientas propias: tractor, acoplados, arados... Pedir créditos, gestionar, otro mal...

- La falta de capacitación empresarial, laboral, a que hace referencia su madre...

- Al "es que a los chicos no les hemos enseñado a defenderse en la vida" súmele el deterioro generalizado del país, póngalo al horno...

- Ahora, entonces, la mayor parte de estos campos son de sus propios ex colonos...

- No, Penélope, luego vino la globalización. También ellos fueron apretados, con más impuestos, con menos rendimiento, con miseria. Tuvieron a su vez que vender. Ahora las tierras son de *inversionistas*, porteños, extranjeros...

- Intergalácticos...

- Exacto, de esos nuevos señores feudales con *Movicom*, que se desplazan dentro de burbujas asépticas del hotel al shopping y de Buenos Aires a Londres y París, evitando a la nueva, pero siempre eterna, *Humanidad Sobrante* universal.

- Todo demasiado cíclico, ¿no, Zuasnabar?, y dígame... ¿cómo era la biblioteca de su casa?

- ¿La del Palacio? Era una larga, pero algo angosta, sala con balcón a la calle, cubierta de finas estanterías, con miles de libros codificados por personal de la Biblioteca Argentina, o quizás del Consejo de Mujeres, no recuerdo... Quizá sí, porque allí daban clases de Educación Democrática



mi tía Sara -la hermana intelectual de papá - y mi tía y madrina Clarita. A la biblioteca yo la conquisté, de manera oficial, como mi lugar de estudio.

- Como Borges a la Biblioteca Nacional...

- Tal cual, pero a *escala* e imprimiéndole mi carácter: música estereofónica entre los anaqueles y un bargueño que me fabricó Manuel... querido Manuel, el mejor electricista -tartamudo- de casa, *de toda la vida*, quien imagino pensó "cómo se las ingenia este chico" .

-Pero que no dijo nada porque él sólo era el electricista de la casa de los Zuasnabar...

-El electricista mientras no le pidiéramos que fuera padre, abuelo, hermano, sacerdote, juez... siempre amigo. Como se lo pedíamos también a Fermina y a Lorenza.

- ¿Y a alguien más?

- A Miguel también -el chofer de mi abuelo. A él, después de morir Tato, sólo anualmente, cuando llegaba puntual a llorarnos la gran ausencia, y nosotros aprovechábamos para desahogarnos de esa ausencia como de muchas otras que teníamos todos... Pese al grave ambiente, en esa seria biblioteca yo igualmente había instalado un enorme póster, en blanco y negro -de textura tipo reportaje- de la imponente Jane Fonda, que contrastaba, de manera insólita, con tanta solemnidad: Jane muy joven -hermosísima-, sentada desnuda en la playa, con rocas y olas detrás, con las manos cruzadas a cada hombro, cubriéndose los pechos... pero diciéndome con su mirada que en cualquier momento los podía apartar. Igual con sus piernas... Cuando se vendió la casa -yo estaba ya en Europa - mi madre colgó a Jane en una de las habitaciones de su nueva casa de calle Cochabamba. Y cuando se tuvo que mudar al departamento de calle Italia ya no tuvo dónde guardármela. Mi Jane quedó entonces en el trastero de la casa de mi hermano Mario, hasta que yo regresé y la rescaté; imagínese que ella representa, hoy día, una parte muy considerable de mi patrimonio afectivo...

- ¿Es que aún la tiene?

- Por supuesto, Jane está en mi departamento de Rosario, como treinta años después, tan joven como entonces...

Aquel día, el de la creación de Sole, fuimos María Angelina y yo al restaurante y rotisería *Rich* -que

queda a la vuelta de la casa grande - y donde mi familia tenía cuenta mensual abierta. Nos llevamos lechón al horno y pionono. Champán -Moet Chandon *brut*- ya tenía en el bagueño. Y nos encerramos en la *biblio* con una manta, un colchón llevado en riesgosa operación y una estufa eléctrica que irradiaba, además de calor, luz, por lo que teníamos que ponerla detrás de uno de los sillones grandes, para que no nos descubrieran a través de los visillos de la puerta, blancos, lisos y bastante transparentes. A la puerta le quitábamos la llave, así no la veían, por afuera, dentro de la cerradura.

- Es decir, ustedes *no estaban* en la casa...

- Al menos eso creíamos nosotros. Mis hermanos me han dicho que lo sabían. Tal vez también lo supiera mi madre. En ese caso, éramos tolerados. Inmediatamente de *hacerlo*, al menos yo, ya supe que tendría mi Soledad Eugenia de Zuasnabar Brebbia, en nueve meses, ¿qué le parece?

- ¿Qué me parece? ¿No le da vergüenza hablar de su hija, de sus más caros afectos -según dice-, teniéndome aquí, secuestrada?

- Todo lo contrario. Penélope, su compañía es indispensable para hacerlo. Déjeme seguir, no sabe lo que le espera... Al mes empezamos a confirmar que el *pálpito* era cierto. Angelina se hizo un análisis y dio positivo. Después de decirlo en casa, a puertas cerradas, yo ya tenía unas ganas enormes de gritarlo a los cuatro vientos. No hacía mucho que papá había muerto y me reconfortaba -como diría Bernard- *reponer* la pérdida. Pero, antes que a nadie, se lo teníamos que decir a mis futuros suegros...

- Y sí, correspondía... hay que ser civilizado.

- Claro. Con Angelina pasamos a buscar, en la Renoleta -fijese, desde el Torino, qué *regresión* automovilística familiar-, a Fina, la futura abuela primeriza, para 'ir a dar una vuelta, para pasear', le dijimos. Yo conducía, Angelina iba a mi lado y, *Finita*, contentamente ignorante, desde el asiento trasero conversaba trivialidades con nosotros. Detuve el auto, me miré a los ojos con Angelina y ambos nos dimos vuelta. Angelina le dijo: 'Mami, te tenemos que decir una cosa'. '¿Qué, chicos?' dijo Fina, con su linda sonrisa. 'Esperamos un hijo', agregué, sosteniendo la respiración. No sabíamos cómo podía reaccionar. Fina dijo: "Ay chicos, ¿cuándo fue?", como si lo hubiéramos

hecho sólo una vez. Angelina y yo nos quisimos volver a mirar pero lo evitamos para no reirnos. Ya estaba dicho. Más tarde, desde casa, llamé a mi tía Beba Sacc one: 'Beba, me caso', le arrojé -no olvide que yo tenía diecinueve años - y contestó: '¿No me digas? ¡qué plato!'. Fueron momentos tan vibrantes...

- No los olvidará nunca...

- Si no los he olvidado hasta ahora, ya no lo haré más. Creo que las personas, ade más de desear, por gusto, recordar lo bueno, por puro instinto, olvidan lo malo.

-¿Cómo es que usted quiso, o, mejor dicho, pudo, estudiar para Contador Público Nacional?

- No diga que el título no me va perfecto: Contador...

- Sí, lo cuenta todo... Número s o cuentos, qué más da.

- Público...

- Y lo publica, eso también.

- Lo de Nacional es en lo que se quedaron ...

-Cortos, ¿no? Internacional, intergaláctico usted también -si por usted fuera-, no se altere, el título le va, pero ¿usted creía que en esto consistía ser contador?

- No -estaba confundido, pero no tanto. Cuando terminé el Superior de Comercio -en ese entonces bajo la rígida dirección y vicedirección de los temidos Gabrielli y Echeveste - me fui a hacer un *test* de orientación vocacional a un instituto sito, si mal no recuerdo, en la calle Buenos Aires. Conmigo llegó un nieto del doctor Staffieri -el médico que llegó rapidísimo cuando Tato tuvo su mortal infarto-. También, Guillermo Schliepper -*el Lobo*-, quien más tarde se casaría con una prima Saccone... En definitiva, a Staffieri y a mí nos hicieron ir más veces que a los demás, con la excusa de que teníamos una inteligencia algo mayor que la media...

- Vaya uno a saber...

- Eso dijeron, no intento fanfarronear. Siempre he pensado que la inteligencia ayuda poco o nada a 'ser feliz'. A veces incluso, viendo qué felices son los idiotas, he pensado que hasta puede ser contraproducente...

- Siga.

- Nos dijeron que podríamos estudiar, con igual éxito, tanto ciencias como letras, pero que, dados nuestros ilustres mayores, *deberíamos* optar por medicina, porque en ella nos encontraríamos con aproximadamente un treinta por ciento hecho...

- Por las famas de sus abuelos...

- Ya ve. Nos lo dijeron por separado, pero lo comentamos juntos a la salida, orgullosos pero sabiendo, como dijo Séneca -y yo al presidente-, que "quien se vanagloria de sus antepasados lo hace de glorias ajenas". Al nieto de Staffieri no lo conocía y nunca lo he vuelto a ver, pero allí me dijo que seguiría abogacía. Yo no lo tenía aún claro: más que por vocación -no recuerdo intensidad alguna- me inclinaba por medicina exactamente por orientación familiar, ya que a la literatura la ejercía casi ocultamente, desde el escrito primigenio sobre Tato...

- Al fin y al cabo, usted llevaba, además del apellido, el mismo nombre que su honorable abuelo pediatra.

- Sí, de todas maneras recuerdo que al proceso de elección universitaria lo sentí muy complejo. Pero los años, sobre la memoria, los han reducido a elementales. Al graduarme en el *Supe*, que depende al igual que el *Poli* -el Politécnico, donde a su vez se graduó Sole - de la Universidad, yo tenía ingreso franco a económicas, en una época en la cual el preuniversitario en general, y el premédico en especial, eran duros *coladores*. Esa *razón* me hacía barajar la posibilidad de seguir ciencias económicas: siempre he pensado que nadie estudia, por vocación, para ser contador público. Es absurdo, desde la sigla del título hasta en el hecho de dedicarse, toda una vida, a engañar al fisco, a las leyes sociales de los trabajadores y a cuantos quieran ver un dos donde hay un dos. Por vocación se puede estudiar piano -pienso yo-, pero no contabilidad....

- Por vocación también se podría estudiar la licenciatura en ciencias económicas, o sea economía, nacional o internacional...

- Sí, pero esa no atraía mucho a nadie, por tener escasa o nula *salida* laboral: usted sabe que hay, para machacar, muchos menos países que obreros y empleados. Además, para machacar a toda la Argentina hay que ser ministro de Economía, en general, golpe de estado mediante; en cambio, siendo un simple contador sólo hay que matricularse en el Consejo Profesional, donde, encima, le

dan cursos de perfeccionamiento para saber *tratar* a los de la Dirección Impositiva. No sé si me puede entender, Penélope, además de ser algo muy técnico, yo nunca quise comprenderlo...

- Ya pasó, Zuasnabar, ya pasó, no se haga más el cínico. Entonces, buscaba una salida laboral...

- Sí, era una cuestión muy tenida en cuenta en tan tempranos años -empecé la Universidad con diecisiete- en los que la economía familiar ya se hundía tan velozmente como la nacional. Por ese tiempo yo *noviaba* con Alba, mi primera Alba, la de Bariloche...

- ¿Cuántas serían las *alboradas*?

- Serían dos las *afortunadas*, hasta el momento. Lúcida y bella alumna del Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia -del Colegio de Nuestra Señora *de la Misericordia*, como cariñosamente le llama el grupo de ex alumnas a la que pertenece mi madre -. Alba quería seguir Económicas, como su padre, quien con mucho mérito había sacado adelante a su familia. Y quería que yo la acompañara. Me lo manifestó hasta con una poesía -tal vez demasiado rimada- que decía algo sobre alguien que quería ser médico pero, por amor, terminaba siendo contador. Yo no tenía, en definitiva, más vocaciones que escribir y amar a las mujeres, pero no tenía dudas de que debía hacer una carrera, cualquiera... la que mejor me pudiera venir...

- Y así comenzó Económicas.

- Espere, fue dando un rodeo: todavía me resistía. Me apunté al *pre médico* y lo aprobé sin problemas. Me compré un guardapolvo blanco y empecé a ir a clases de Anatomía. Al segundo o tercer día, casualmente levanté una tapa de madera e, invadido de un fuerte olor a formol, vi un cadáver verde. Cerré la tapa, volví a casa, colgué por última vez el aún nuevo guardapolvo y, con la obediencia que produce la desorientación y el olor a mujer, seguí a Alba a Económicas, donde debuté con un sobresaliente -el único de mi carrera- en Filosofía...

- Por supuesto, en Filosofía...

- Y con las felicitaciones de la mesa, presidida por el profesor Brie, que luego sería decano *procesista* de la Facultad de Filosofía.

- Así, pierde gracia...

- No pierde ninguna gracia. Yo obtuve el sobresaliente. No él. Todos tuvimos que convivir con

todos, al menos hasta el 77, en que yo me autoexcluí. Lo seguimos haciendo ahora, con todos los mismos en el poder: usted lo ve, gobernadores montoneros e intendentes golpistas, y viceversa. Y la *mayoría* sigue en el llano, cada vez más sufrida. No vaya a ser ahora que los que nos autoexcluimos también *algo habremos hecho*, y nos vengan a buscar todos -terroristas de izquierda y derecha - aunados.

- Bueno, siga...

- Luego, logré muchos rasposos aprobado -me *bocharían* más de una vez-, bastantes bueno y uno que otro distinguido, entre ellos en matemática financiera con el magnífico profesor Cúneo... unas dos semanas después de que me aplazara en el primer llamado. En la segunda convocatoria me hizo tres preguntas una de sus ayudantes, quien le comunicó a Cúneo que no tenía ninguna objeción. Entonces, él mismo me hizo otras tres preguntas, a las cuales también contesté correctamente, y me hizo salir a esperar la nota. Cuando vi que la calificación era distinguido, y no sobresaliente -como yo deducía que tenía que ser al haber acertado las seis respuestas-, me quedó la intriga de *por qué*. Pensé que no quiso ponerme la nota máxima porque la inmediata anterior, en la libreta, era de aplazo... en su asignatura. Años más tarde se lo comenté y me desmintió mi aprehensión. Cúneo me dijo que, para el sobresaliente, tendría que haberme hecho más preguntas... No sé, por lo tanto, si esa vez fue justo o no el profesor al que tengo por mejor y, precisamente, por más justo. Filosofía y matemática financiera son las dos únicas materias que en realidad estudié, aunque sólo fuera un par de semanas cada una. La Universidad, para mí fue un *trámite*. Durante esos años sucedían en el país y en mí cosas gravísimas. En algún lado escribí que yo a las asignaturas las 'tiraba' como si de postes se trataran, pero entre clases estudiaba bien poco...

- Había que apalabrarse a las compañeras...

- Entre otras cosas. Al llegar los turnos de examen, en un plan de correlatividades que aún guardo en Rosario, apuntaba las que intentaría: una, dos, tres, quizás más. Las preparaba en un par de días, las aprobaba y las tachaba. La última fue Economía Intermedia II, con el profesor Sergio Di Pietro, en el año 76, recién estrenada la dictadura de Videla. Yo quería un broche de oro, otro

sobresaliente: era la última oportunidad. Después de pocas preguntas el hombre me dijo que era suficiente, que ya estaba bien, que esperara afuera por la nota, pero yo me negué: insistí en responder algo más, cualquier cosa que él deseara. Mis compañeros silbaron y rieron bajito, llamándome *olfachón* y *chupamedias*. Di Pietro, irónico, me preguntó cómo veía el futuro económico argentino con la llegada de Martínez de Hoz al Ministerio de Economía. Argumenté -por aquella época tan consabido- sobre las teorías de la Cepal y de los *Chicago's boys*, y que lo veía venir muy mal. Asintió, y me fui a esperar. No me puso sobresaliente, sólo distinguido, por estúpido, por zalamero. De todas maneras, recuerdo que no pude festejar la obtención de mi título hasta que, por la tarde, también lo alcanzara mi ex querido amigo Isidoro, compañero desde la secundaria. Cuando él acabó -con sobresaliente-, estallamos eufóricos. En cierta manera, por esa época el mundo empezaba a ser nuestro, aunque otros, los dirijentes, hicieran incluso lo indecible por evitarlo. Estando ya en el transatlántico Guglielmo Marconi, que me llevaría por primera vez a Europa, recibí un telegrama de Isidoro, desde su destino en Monte Caseros -donde hacía el servicio militar-, que decía: "El río siempre ha seguido su curso. Ahora te toca a ti". Cuando yo hice la *colimba*, corría 1973 y a mí no me dieron la orden que sí le dieron a Isidoro -que pidió prórroga- en 1977: "Primero tire a matar, luego dispare al aire y, por último, pregunte quién vive"

-Demasiadas circunstancias empezaron a ocurrir con inusitada velocidad en ese tiempo...

-Se le juntaron muchas emociones.

- Se lo podría certificar el doctor García Turiella, eminente cardiólogo, jugador de ajedrez y políglota, insaciable de conocimientos, pletórico de existencial filosofía... pero ya no vive. La última vez que fui a su consulta llevaba el pulso acelerado y los nervios bastante desquiciados. Le rogué que me hiciera un electrocardiograma, manifestándole mi deseo de que descubriera algún accidente cardiovascular que me llevara pronto a la paz de la tumba. Dolorido, pero inmutable, me dijo: "No te preocupés, Horacio, ya te vas a morir". El *electro* dio normal. Salí eufórico, aliviado. Esa noche me fui con Isidoro y otra gente por la ruta 34, de pueblo en pueblo, de bar en bar, comiendo troglodíticamente y apurando caballerosamente -éramos *de la ciudad*- a las campesinas de cada lugar. Pero ya todo olía feo: los controles camineros, los Falcon verdes, los desfiles

guerrilleros por los poblados del Norte, las órdenes de la viuda de Perón -'aniquilar a la subversión'- , los operativos... Nadie puede decir que todo eso no se veía claramente...

- Espere, no se agobie. ¿Qué pasó con María Angelina?

- Nos divorciamos antes de cumplir dos años de casados.

- Le suele pasar a quienes se casan *de apuro*...

- No exclusivamente. También le pasa a quienes se casan con absoluta premeditación. Al margen de vanas comparaciones, Angelina y yo nos separamos en la medida en que dos padres se pueden separar, habiendo una hija que ambos aman . Lo grave, eso sí, es que yo me separé de Sole, y ella de uno de sus padres. Perdimos la bendición de hablarnos cada mañana al despertar, cada noche al irnos a dormir, de tener -los tres- la vida familiar que todo hijo, al menos, merece. En especial Sole, porque es la mía.

- Quiere otro mate...

- No, el doctor Arias me dijo que, tantos, me producirían acidez, y ya tengo una... fenomenal.

- Perdone.

- Usted no tiene la culpa...

- Gracias...

- Yo soy el que la tiene....

- No, tampoco se lo tome así. ¿Quiere que me vaya?

- ¿Adónde?

- A Rosario, por ejemplo.

- ¿Y dejarme solo con todos estos pensamientos? Ni lo piense. Venga, vamos a dar una vuelta por la arboleda, vamos a tomar aire.

- Sí, ¡fresh air!... como decía Nietzsche....

- Ya divorciado de María Angelina reencontré a Paula, amiga de la infancia, con quien nos habíamos gustado, sin pasar a mayores, años antes. Paula también se había casado y divorciado y tenía -tiene- un hijo, Andrés, con el que me encariñé y apegué tanto como de Paula, en ese reencuentro. Pero de maneras, como es natural, diferentes: en Paula encontré una nueva pareja y,



en Andrés, la compañía de un niño...

-Como le diría Bernard, reponía otras pérdidas...

-Corría 1975 y yo aún vivía en el departamentito de Balcarce 740, donde había ido a vivir con María Angelina recién casados, y luego también con Soledad, recién nacida. Cuando me divorcié y quedé solo, Paula y Andrés paliaron, en buena medida, esas ausencias. Solían quedarse muchos días conmigo, por lo que también nos visitaba Carmen, la hermana menor de Paula, a veces con su novio, *Champi*...

-Logró formar nueva familia...

*El viernes fui a la casa de Paula -vive en lo de sus padres-, a buscar a Andrés, para llevarlo a pasear. Amargos gustos de divorciado. Recién el domingo podría ver a Sole, por lo que Andrés haría ese día de hijo, una vez más. Abrió la puerta Paula y lo primero que hizo fue preguntarme si, esa mañana, yo había escuchado la radio. Le dije que no. Paula me dijo que Carmen hacía dos días que no aparecía. Y que por televisión acababan de decir que el ejército había matado a Champi, al querer resistir. Paula me ocultaba detalles, diciéndome que lo hacía por seguridad. Estela, su madre -la abuela de Andrés- se refirió a "una valija en una baulera, con literatura subversiva". Nunca lo supe a ciencia cierta. Además, habría que confirmar la existencia de literatura, luego su condición de subversiva y por último -o antes que nada- determinar qué se entiende por literatura subversiva en un contexto como el latinoamericano. Por aquel entonces alguno de mis hermanos, o yo mismo -no recuerdo- llevó a casa el periódico de los Montoneros, donde se relataba, con cínica frialdad, el juicio y asesinato del general Aramburu. Mi madre lo consideró un documento histórico y opinó que debíamos guardarlo en la biblioteca. Nosotros le dijimos que no, que era peligroso, que mejor lo leíamos y lo quemábamos. Mi madre se negó. Nosotros insistimos. Mamá dijo que, en nuestra biblioteca, había literatura de cualquier ideología, desde marxista, empezando por Marx, hasta de católicos ultramontanos, pasando por cristianos, liberales y moderados. Que, por eso, -dijo- era una biblioteca. Docente de educación democrática, mi madre. Discutimos y nos acaloramos. De pronto, mamá tomó el teléfono y llamó, ante nuestro espanto, a la Jefatura de Policía, o al Comando del Ejército, ya tampoco recuerdo, pero daba igual.*

Yo escuchaba por el otro teléfono, temblando. Y, muy digna e indignada, mi madre empezó a explicar, sin dar su nombre, la discusión que mantenía con sus hijos. Del otro lado se escuchó, frío y desafiante: "Soy oficial, hágale caso a sus hijos, quémelo". Sin agregar palabra, mi madre colgó. Llegué adonde ella estaba a tiempo para verle una expresión, mezcla de toma de conciencia y de terror, que no olvidaré mientras viva. Me parece que alguno de nosotros fue al jardín y quemó el panfleto. Pero también creo que, tiempo después, hubo otro ejemplar, en la biblioteca, escondido. Unos meses más tarde, recién enterada de la desaparición de Carmen y de la muerte de Champi, y atemorizada por la seguridad de sus cinco hijos, mi madre volvió a insistir. Se comunicó con conocidos cercanos a la represión, y preguntó si alguno de nosotros era sospechado. Muy sueltos de cuerpo le dijeron que no, que no figurábamos en ninguna lista.

Con lo que me iban contando Paula y Estela ese viernes, me fue embargando una angustia increíblemente espantosa. Estaba horrorizado. Mi estómago, ya ruinoso, empezó a quejarse cada vez más. Sentía por Carmen una pena tremenda y reaccioné con agitación, diciéndole a Paula que hablara con oficiales superiores del ejército. Me dijo que no se podía hacer nada. Le pregunté si Carmen tenía 'algo que ver'. Respondió que ella no era una soplona. Creo que Paula sabía tanto como yo, pero se hacía la misteriosa, la importante. Parecía mentira. No tomaba aún conciencia de la situación de su hermana y de la suya propia, al vivir en la misma casa, en la misma casa donde - yo también me demoré en tomar conciencia - vivía Andresito. Casa que, en cualquier momento, podía ser asaltada por los 'servicios'. Yo tenía muy presente esos allanamientos. Meses atrás, estando ausentes los padres de Paula, me había quedado en su casa, pasando la noche con ella y con Andrés. Por lo que no había vuelto a mi departamento, en calle Balcarce, al 700, en pleno centro, frente al Colegio Normal, a una cuadra de bulevar Oroño y a cuadra y media de los mismísimos Comando del Ejército y del Palacio de la Jefatura de Policía. Por esa zona también hubieron operativos. Al menos, el peor, fue en mi edificio, justo la madrugada que yo estaba durmiendo en casa de Paula. Yo vivía en el quinto piso, con vista a Balcarce. En el octavo, con vista a Oroño, vivía una pareja con un hijo, de unos siete años. Ella estaba embarazada. Recuerdo haberlos cruzado, más de una vez, en el palier de entrada. Esa noche estaban con dos mujeres

más. Fue una masacre. El ejército colocó ametralladoras sobre los canteros de Oroño y dispararon toda la noche. También subieron hasta el octavo y, a través de un boquete que le hicieron al monoambiente -así son esos departamentos-, acribillaron a balazos a la pareja. Las otras dos mujeres saltaron por la ventana, pero antes una quiso pasarse al departamento de abajo. La vecina que vivía allí escuchó que le decía a la otra que la "agarrara de los pelos", porque se estaba cayendo, mientras le golpeaba con las piernas la ventana y le pedía que la abriera. La vecina, al contrario, la cerró mejor. Como después explicaría, si abría, era 'demasiado probable' que la tomaran de escudo, de rehén, con lo que hubiera muerto también. Lo del chico no quedó claro, pero se salvó. Me refiero a que salvó su vida física. No sé qué habrá sido de su mente. La versión policial fue descabellada: que sus padres lo envolvieron en un colchón, lo ataron y lo tiraron por la ventana, y que el colchón habría amortiguado el golpe, desde un octavo piso. Por el contrario, la versión de los vecinos dice que hubo una tregua, un momentáneo cese del fuego, en el cual se negoció la salida del niño. Afirman que los efectivos habrían exigido que saliera desnudo y con los brazos levantados y las manos abiertas, para que no lo enviaran con una granada, o algo así, tipo niños vietnamitas, en versión criolla. Espantoso. Luego habrán seguido disparando. Yo entré a ese departamento algunos días después. Puedo asegurar que a nada, a ningún juguete del niño, a nada, le faltaba su tiro. Había sangre semi seca por todas partes.

Llamaban continuamente por teléfono muchas personas desconocidas -según Paula, que atendía -preguntando por Champi, por Carmen. Llamó incluso la madre de Champi, no tenía certeza de que su hijo estuviera muerto. Con frialdad, Paula le dijo que lo habían matado. Me venían a la mente de continuo -me vienen aún ahora -, en forma fotográfica, Champi y Carmen la última vez que los vi, caminando por bulevar Oroño, abrazados, riendo. Me venía a la mente el rostro de Champi y me lo imagino muerto. Me imagino los impactos de bala en su cuerpo. Me imaginaba torturas que le hacían a Carmen y me repetía, sin cesar: pobrecita, pobrecita. Me la imaginaba desnuda y siendo torturada, su cara de espanto, sus gritos, su miedo, su dolor. Me imaginaba las atrocidades que le podían estar haciendo, las piñas, la picana, las violaciones. Yo tenía esas posibilidades muy presentes, porque, un día antes, una compañera de la Facultad me había contado, con sumo

*detalle, las torturas que le habían hecho a su primo en Jefatura, después de que unos 'terros' lo usaran para tirar panfletos desde su Citroën, sin que él se diera cuenta. Cuando comprobaron que fue así, lo soltaron.*

*Paula hablaba con ambigüedades: llamó alguien preguntando por Champi y nos dijo que 'no era nadie' y, cuando insistí, dijo: "era el control de Champi". Yo le pregunté indignado qué sabía ella de esas cosas, y le recomendé que no dijera barbaridades por teléfono, seguramente intervenido. Igualmente Paula mantuvo un halo de misterio, de agente secreto, de saber. Me pareció producto sólo de una mente ingenua, ignorante, que, sorprendida por un terror desconocido, no supo reaccionar de otra manera. Estela, por su parte, se largó a llorar cuando -de nuevo por el esperado y temido teléfono- le confirmaron la muerte de Champi, y que Carmen estaba en Jefatura. Quedé hecho una piltrafa. Girando sobre sí, con los brazos abiertos y llorando, Estela dijo que le iban a matar a su hija: "Me la van a traer muerta", repetía. Eso, si se la devuelven, pensé yo. Me acerqué a Estela y me abrazó. Le acaricié la cabeza y le besé una mano. Me abrazó más fuerte y se ahogó en llanto, justo cuando entraba Eduardo -su marido-, sonriente, ajeno. Estela le dijo: "A Champi lo mataron y Carmen está presa en Jefatura". Después de unos segundos de estupor, estoy seguro de que Eduardo se concentró en salvar a su hija. En los días siguientes, se comportó como un eficiente autómatas, con un objetivo preestablecido, claro, concreto, urgente y delicado. Alguien cercano a la familia y a los represores le informó que aún no habían maltratado a Carmen y que fuera, lo más rápido posible, a Jefatura. Yo me fui, llevándome a Andrés, a casa de mi madre -el Palacio, todavía- y se lo fui diciendo a Juan, a Mirentxu, a mamá y a mi cuñado de aquel entonces, Horacio, el que sería con María Sara padre de mis sobrinas Florencia y Cecilia. Lo hice por separado y en ese orden. Yo estaba bastante ido, pero hasta hoy no olvido las caras que respectivamente cada uno de ellos fueron poniendo. También conocían a Carmen, la querían, desde chica, como yo. Ellos sólo se demoraron unos instantes en la creencia de la imposibilidad de que, eso, pudiera estarle ocurriendo a la gente más querida, casi a nosotros, que eso sucediera casi en casa. A Andrés me lo llevé, contra la voluntad de Paula, a dormir a casa. Paula seguía haciéndose la sabihonda y la inmovible. Pienso que no entendía nada, que no valoraba -quizá*

no podía- la terrible situación. A Andrés me lo llevé porque pensé que allí caería la policía, el ejército, los 'servicios'. Yo pensaba que tanto los 'zurdos' como ellos eran los máximos exponentes de la estupidez humana, además de crueles. Yo era la amargura extrema y, mi semblante, lo exteriorizaba. Me desfiguraba el gesto el dolor en el cerebro, en el corazón y en el estómago. Tomé antiácidos y ansiolíticos. Pensaba y repetía en voz baja: "Pobrecita, cómo la melonearon, pobrecita, si es tan ingenua, aún en la secundaria, tan ingenua". Cuando devolví a Andrés, Paula no quería decir nada de cómo estaba la situación, pero Estela me dijo: "Porque es quien es no le han hecho nada". Otra ingenua, pensaba yo, y recordaba al hijo del general Alsogaray, cómo fue mandado a matar y enterrar en la fosa común, con otros terroristas. Héctor, el otro hermano, decía, tan sabihondo como Paula, 'todo depende de que cuente todo y que confiese para que no le pase nada'. Yo pensaba -y pienso todavía- qué tendría Carmen que confesar, y me aterrorizaba, por ella y por los supuestos delatados. Al irme le di un beso a Andrés y apenas saludé al resto, luego de aconsejarles que hablaran con alguien del Poder Ejecutivo, impresionándome aún más al escucharme yo mismo decir Ejecutivo. Me fui a mi departamento sabiendo que todo estaba grabado de por vida en mí. Ya no me dolía sólo el cerebro, el corazón y el estómago, sino todo. Era una depresión completa, un agotamiento íntegro apenas disimulado por los calmantes que había tomado. Todo entraba en cuestionamiento. Odié tanto a uno como al otro extremo, representantes de la barbarie, disfrazados a sus maneras para presentarse al común de las gentes, pero no a mí. Estaba agotado, me estaba doliendo al máximo la vida. Fui a un quiosco cercano adonde habían matado a Champi y me dijeron que escucharon más de veinte disparos, pero no me supieron precisar si fue un tiroteo. Sentía una tremenda impotencia. En esos días, habían aparecido ocho cadáveres en una playa de estacionamiento de San Telmo. Según los rumores, los llevaron muertos y, además, les pusieron bombas para destrozarlos, pero no llegaron a explotar. Los guerrilleros, por su parte, habían matado a dieciocho personas e hirieron a otras sesenta, con una bomba en un comedor. Pensé dirigirme a algún familiar de algún guerrillero, ya reconocido, para preguntarle qué se podía hacer por Carmen, pero, a medida que me interesaba, sentía que me comprometía: si me enteraba del nombre de alguno que no estaba preso, yo pasaba a estar comprometido.

*Cuando hablaba de Champi y de Carmen sentía ya miedo por mí. Era el terror. Escuché que una chica -ya no puedo recordar su nombre - fue la que denunció a Carmen, bajo torturas. Sentí pánico con que se comentara mi nombre. Ocuparse de Carmen era comprometerse y no ocuparse era comprometerse mal con uno mismo. No me quería envenenar más, detestaba ya a los militares, pero también tenía en claro que no tomaría las armas contra ellos. Como mucho, 'me tomaría el buque'. Estaban envenenando no sólo mis ganas sino mi propio instinto de vivir. No participar y participar me pareció estúpido por igual. Empecé a creer que las formas de la estupidez humana se resumían en la mera existencia de la especie. Encerrado en mi departamento, mi mente ya cuestionaba todo, mientras escuchaba disparos, seguidillas de disparos. 'Quizás, no viendo ni razonando nunca nada, se pueda vivir', llegué a pensar. Pero ya había tomado conciencia de algunas cosas. Podía actuar, mental y exteriormente, hasta llegar a no sabía qué, pero que me liberara de ser un triste más. No creía que me hubieran ya domesticado. En teoría, la vida continuaba, incluso con Carmen secuestrada en Jefatura. Ese domingo fui con Soledad, Andrés y mis hermanos al country. En el almuerzo, nadie dijo nada, en absoluto. Dolía mucho ese algo para que tanta gente no abriera la boca. Era un clima espeso de angustia. Cuando volvíamos estábamos muy nerviosos. Un auto nos trabó el paso y, cuando lo pasé, me insultaron, me putearon. Rebasado ya el vaso de mis nervios, explotando, con toda la rabia del mundo le tiré el auto encima, abollando ambos vehículos. Paramos y casi nos trompeamos, pero acabámos intercambiando los datos y luego nosotros continuamos nuestro regreso, también en total silencio. Llevé a Andrés y conversé con la familia de Carmen. La habían podido ver a través de una reja, en un sótano de Jefatura. Yo podía imaginármela. La tenía fijada en mi mente: cuando tomaba un café la pensaba en una celda helada, cuando me acostaba confortablemente, cuando comía, iba enumerando todo lo que le faltaba. También tenía en la cabeza a Champi. Lo veía -lo veo- pasando por delante de la pieza de Paula y Andrés, con su sonrisa triste al saludarme, siempre la misma, y veía la sonrisa más amplia de Carmen. Los escuchaba también en el comedor del departamento. Escucho su voz. Me animé a pasar caminando por la vereda de enfrente de Jefatura. Yo me decía "a 100 metros, a lo sumo, está Carmen". Apretaba los dientes tan fuerte que me dolían: quería no sentir el dolor del*

*pecho. Volví a casa, justo cuando estaba hablando Videla, por radio: sus palabras sonaban convencidas y serenas, como las del perfecto criminal que ya muchos conocíamos y que no dejaría de aterrorizarme así yo estuviera, como estuve por muchos años, a miles de kilómetros. Ya entonces me cuestioné fundamentadamente todo, de la forma más serena que podía hacerlo, en esas circunstancias, el veinteañero que era. Yo me sentía indivisible con mi hija pero, concretamente, yo no podía vivir con ella: me había divorciado de su madre y, como es bastante común con niños pequeños, ella tenía la 'tenencia'. Quise entonces conocer mundo, 'muchos países para ver si encuentro uno en que el Hombre no se denigre como en este', tengo escrito por esas fechas. No dejaba de pensar en mi hija, en primer lugar.*

*Junio de 1976*

*Antes de desesperarme estos momentos pasados (siempre son muy breves, muy coyunturales, diría que no se prolongan más allá de una vida) estaba analizando el hecho de sufrir de 'tortura vital', explicable casi matemáticamente. Para ello, distinguí alguna que otra etapa, dentro de ella. La primera, el "comienzo de la tragedia": cuando algo hiere más o menos impertinentemente -y en forma profunda- mi sensibilidad. El shock propiamente dicho. Luego el abismo, la horrible caída libre, donde la gravedad newtoniana tiene aspecto de fallido paracaidismo. Certeza de que remontar vuelo anímico, a lo ave, es utópico. Poco más tarde -es muy relativo lo de poco- está el choque obvio contra la tierra. Despedazamiento, descorazonamiento, en todo lo que eso significa. Es el momento en que soy el muñeco destartado, descuartizado, en posición grotesca -como la de los que se mueren-, ridícula. Espantoso como los payasos. Desasosiego, abandono de valores e intenciones. Olvido de la Vida, pero en vida. Deseo que la Muerte que se está experimentando se materialice en no experimento, sino en resultado final. Resolutorio. En paz. Pero no, cual Ave Fénix empiezo a resucitar. Como empecinado arqueólogo reconstituyo lentamente lo disperso. Hasta remontar un triste vuelo nuevo. De nuevo vale lo comparativo y los hermanos Wright, a mi lado, son sofisticados astronautas. Reescalo las alturas perdidas, si las hubo, siempre relativas. Cada metro que rehago es a golpe de justificaciones con sabor a pretexto. A excusa y a instinto. Me autoconvenzo del valor del 'alpinismo anímico'. Busco auxilios, pero íntimamente desconfío de otras*

*intenciones a las propias recuperadas. En el fondo, sólo el amor y el odio a mí mismo son mis alas. Al cabo, llego donde me encontraba al principio. En ese momento soy uno de vosotros nuevamente. Y creo en vosotros. Y en la Vida. Y en el futuro mejorado. En unas palabras, en todo aquello a que le debemos fe. Y aún no aprendo que, en esos momentos, y a 'algo' nuevo comienza a derrumbarme otra vez, empezando un nuevo ciclo. ¿O acaso tú, Don Quijote, no piensas como yo? ¡Todos a descansar!*

- Cuántos escritos que tiene, Zuasnabar...

- Me he pasado la vida documentando mi vida, Penélope... o quizá me he pasado mi vida documentando *la* vida.

-Esa sutil o gruesa diferencia la establecerán los otros...

-Quizás me he pasado mi vida documentando *una* vida -la mía- que es la representación de la Vida, de cualquiera y de todos. Así sí lo habré logrado...

- 'La Representación Humana'... es una *considerable* ambición...

- He barajado ese título, para otro libro..

- Siga leyendo, por favor.

- ¿Cuál?

- Cualquiera, esos mismos.

*Faltan veinte minutos para que sea 7 de Junio de 1976 y cumpla 23 años. Los empiezo más o menos así:*

*Soledad tiene dos años y un mes y medio. Ya hace frases como: "Acá adento no hate pío", "Tole nono en la puna" (cuna), etcétera.*

*Estamos (mañana, pasado) con Horacio y Quique por limpiar el local para instalar nuestro negocio de frutas y vinos.*

*Me queda: Finanzas (estudio con Claudia, que medio se me declaró y la paré, primera vez en mi vida); Intermedia I (con Carlos, Marcela y Susana) y II.*

*Hace un mes más o menos se casó Alba II, con otro (naturalmente).*

*Se han sucedido Paula y Alba (II). A Alba la siento lejísimo (habiéndola sentido tan cerca y*



necesaria: Semana Santa, Buenos Aires, Le Club, el Drugstore, Flash, La Biela, el departamento de Caeto...).

Salgo con Gabriela -Gabi-. Me desespera pensar que me puede usar para "joderse", "reventarse" (porque yo vivo en mí cotidianamente esa experiencia, con mis erradas)

En mí, continuamente un día es negro y otro blanco. Yo le llamo "erosión mental". Es la cero hora del día de mi cumpleaños. Me emociono (estoy muy susceptible). Estoy solo en mi departamento, con la radio y la estufa prendidas. Me encenderé un pucho y me iré a la cama, a seguir dándole a mi mente. Feliz cumpleaños, Horacio (qué difícil). Qué hermosa sos, mi Solita. Quiero ser feliz (y que los míos también lo sean).

Lunes 7 de junio de 1976. 24 hs. (pasadas).

Mi departamento. Pink Floyd, un whisky, un cigarrillo, la estufa encendida.

Bueno, ya pasó mi cumpleaños. He repartido gente con el auto y he vuelto despacio y llenándome los ojos de lágrimas. Estoy deshecho.

Recuerdo la mesa del comedor grande: alrededor, mamá, Juan, Miren, Hernán, Clarita, Quique, mi pariente..., luego Mario, María Sara, Soledad y yo. E Isidoro.

No te entiendo tu sorna, Isidoro.

Veo a mi pariente con sus gritos y locuras, a mamá tratando de moderar a todos con los nervios tensos, todos incómodos, ¡haciéndose silencios espantosos! Hasta que alguien puso a Joan Baez (regalo de Alba II) porque no soportó esos vacíos.

Sole, ¿vas captando ya todo o aún no, mi nenita? A veces quiero creer que podés estar siempre al margen. Quiero creerlo porque no sé qué hacer. Qué feo, qué situación jodida. Qué incómodos todos, nos miramos nerviosos tratando de salvar el momento, sonriendo para afuera, quién sabe qué para adentro, en cada uno.

Tu sonrisa sobradora, ¿o qué, Isidoro?

Todos tratan de sobrevivir: me incluyo.

Mañana a seguir. ¿Hasta cuándo?

Soledad, ¿qué hago? Mi nena. ¿Qué hago conmigo? ¿Qué hago por vos? Estoy tan preocupado, mi

*nenita. Qué hago. Qué puedo hacer, si no me da el cuero...*

*No me quiero reventar. Sin embargo, todo me destroza (me está haciendo efecto el whisky). Sigo tomando. No debo. Este es mi cumpleaños. Mis veintitrés. Así los empiezo. ¿Cómo puedo salir?. Me iré a dormir y tomaré fuerzas para mañana. Ya no sé de dónde. Ojalá...*

*Estoy mareado, casi borracho. Me estoy desahogando. Me siento mejor, he tocado fondo. Ya puedo empezar de nuevo, mañana.*

*Sole. Soledad. Solita. Nena. Mi nenita hermosa. Sole. Qué será de vos. Sole. Cuando crezcas. No sé qué hacer. Sé, pero no puedo. Sé que sólo cambiando puedo. No puedo. No doy más.*

*Creo, no sé cómo creo, pero creo que va a mejorar. No entiendo. Si tanto es irreversible. Creo. No creo nada. Quiero vivir.*

*Este whisky... Ya llego. Ya estoy gozando. Me estoy reconfortando. Ya me iré a dormir. ¡Y estudiaré mañana!*

*Veo mucho. O me han hecho ver cualquier cosa. Estoy borracho. Otra cosa más: ¿así vivirán los demás?*

*Hasta mañana.*

*Mi departamento, 28-12-76. 18.40 hs.*

*A las 7.30 tenía que ir a trabajar. Sonó el despertador y lo pensé. Lo pensé. Y seguí durmiendo.*

*Más tarde vi que era un día hermoso y diáfano (?), y se me ocurrió ir a tomar sol. Pero seguí durmiendo. Eran las 15.15 cuando fui a Grand Prix a almorzar. No había comida caliente. Comí un sandwich y tomé una Coca Cola. Leí a Fromm y el diario.*

*Se acercó a mí una chica de remera y gargantilla y un feo pantalón ancho de tela blanda deformada. La cara lavada y el pelo tomado en cola de caballo. Me preguntó, con simpatía pero medrosa, si yo estaba con otro muchacho, porque ella andaba buscando a uno que la esperaba en ese lugar (ahora pienso que fue sólo una excusa).*

*Le dije que no y, cuando iba a invitarla a que me acompañara, ya estaba sentada frente a mí. Me contó que las pastillas le hacían mal. Que estuvo internada y que le gustaba escribir y leer. Me mostró dibujos suyos, poesías y recortes de diarios. Dijo que tenía fama de prostituta, que su*

*nombre era Patricia, que estudiaba música y dirección de orquesta. Que era profesora de guitarra - había estudiado durante catorce años -. Me mostró un programa de conciertos, donde figuraba recibiendo un diploma. Me dijo que sabía francés, máquina, que necesitaba trabajo. Que tenía novio, escritor y músico como ella. Que enfermó de los nervios a los catorce años cuando la usaron (sic) los hombres por primera vez. También que recibió electroshocks y curas de sueño, que era tratada por un psiquiatra y una psicóloga. Que practicaba yoga (en casa puso los pies contra la espalda y se reclinó total y rápidamente, luego se levantó, arqueada, apoyándose en los pies y las manos). También me confió que tenía veintidós años.*

*Aún en el bar, le dije que no tuviera miedo de acompañarme a casa, y vino. Vio fotos de Sole y mías, y acotaba cosas como que, a algunas, las consideraba para murales. Eligió música clásica, pero luego quiso Sui Generis, 'para aprenderlo', porque sus alumnos se lo piden. Tomó café, luego se sintió mal, se sofocó y se puso colorada. Se echó en el piso y descansó un rato, disculpándose. Luego nos mostramos escritos, poesías, alguna carta. Me regaló algunas y yo también le copié mías. Me mostró una hoja de árbol seca, preciosa, que ahora pienso que hay por todos lados, pero que hay que saberlas apreciar. Habló de la angustia, de la soledad, de la música, del amor. Me dedicó un programa de música, con signos indescifrables. Se disculpó por la letra, explicándome que tuvo que hacer terapia de recuperación después de los electroshocks. Y que antes tenía caligrafía clara, y me mostró unos escritos de cuando tenía doce años. Dijo que su letra de ahora es de enferma y que la de los doce era de alguien que sabía lo que quería y tenía pocos problemas. Dijo querer irse de su casa. Me pidió que no la visitara hasta dentro de quince o veinte días, porque si no "sería el número mil" que iría a su casa. Que la visitara después, cuando se mudara. No tenía esa dirección, por supuesto, ni ella. Lo decía a título de sueño, evidenciándolo con gestos y tono de decepción.*

*Estuvo hasta las 18.30. Me invitó a la Escuela de Música porque, según ella, 'estaba muy solo' acá. No contesté. No insistió. Dijo que, de su yoga, me podía decir que me había encontrado color gris - en la mesa del bar - y que ahora era color amarillo y rosa, alegre. Copió algunos haikus:*

*"Yo pienso: las flores caídas*

*Retornan a sus ramos*

*¡Pero no! Son mariposas”*

*Hace un rato se fue. Fue luego de eso que me serví soda. Volví a sentarme aquí. Y escribí esto. Y pensé en su cara y ya me fue difícil acordarme exactamente.*

*Mi casa está pobre. Nadie lo diría, nada parece faltarle. Sí, le falta algo a la casa. Le falta perfume de amor. Vida de paz compartida. Color de compañía. Luces de ojos. Viento de palabras. Cama de dos. Broma y risa. Llanto y caricia. Gesto y respuesta. Cariño y goce.*

*Estoy tan solo, no se puede llorar así. Duele mucho, mucho.*

*Nadie conoce como yo el perfume del amor, que se me impregnaba en todo el cuerpo, desde dentro de ella, y me entraba hasta el alma. Y me duraba todo el día, aún lejos de casa. Y me decía continuamente que no estaba solo: es el único perfume que sólo se fabrica de a dos.*

*El llanto. El desahogo. El cansancio. El descanso, y de nuevo empezar.*

- Han pasado más de veinte años y sigue vi vo...

- Si antes creía que la vida era eterna -para bien y para mal - ahora siento que no alcanza para todo lo que deseo hacer...

- La experiencia ha hecho lo suyo...

- Entonces, a este paso seré un muerto sumamente experimentado...

- Como todos.

- No necesariamente...

-Es mi necesidad de justificarme. Todos lo hacemos: ninguna vida es más o menos importante que otra.

- Es un gusto hablar con usted.

- Y ese escrito, ¿de qué trata?

- Es mucho más reciente: está fechado en Madrid, en 1995... es de poco antes de regresar por segunda y definitiva vez...

- ¿Por qué definitiva vez?

- Porque ya está bien.

Madrid, 1995

*Al cabo, los dioses no me han sido propicios.*

*En mi infancia y adolescencia tuve todo lo que materialmente se puede pedir, pero no fui feliz.*

*Luego, desde los veinte a los treinta, conocí medio mundo y tuve todas las mujeres que se pueden desear, pero no fui feliz.*

*Hoy, rondando los cuarenta, no tengo una ni otra cosa. Estoy desorientado, sin fuerzas y sin ganas de casi nada, impotente de casi todo, y los recuerdos no llenan como cuando eran presente, no consuelan casi nada.*

*Hoy me han detectado algo así como una 'problemática cardiológica'.*

*Mi vida ha sido muy emocionante. Mi estrés no ha sido el masivo. Sabiéndolo de siempre, recién hoy me acepto diferente, singular.*

*Quiero abrazar a mi hija, como siempre cada vez que la he tenido cerca, sin sermonearla. Todos los días. Quiero abrazar a mi madre, sin enganchar sus sermoneos. A mis hermanos y amigos también.*

*Y a una mujer.*

*Quiero paz, un hogar, un perro y escribir.*

*Voy a dar todo lo que aún pueda de mí.*

*Nadie tiene la culpa de nada. Sólo fue, y es, así.*

*Gracias, Creación. Adiós, por si acaso, en cualquier momento.*

*En invierno hará frío en el cementerio. En verano, calor. Si me entierran, gusanos. Si me incineran, ardor. Por favor, climatizado panteón. Dicen que luego el Cielo. No creo, sin descreer. Ojalá sea así: aromáticos desayunos, asado y vino, merienda, cena y todos los tipos de amor, para todos, según. Amen.*

- Genio y figura, de la cuna a la tumba ...

-Al respecto... le llegué a preguntar a Bernard cómo podía dejar de ser un marginal. Me dijo: "¿Cómo? ¿Quién es marginal? Usted no es ningún marginal". Es decir, yo me veía peor de lo que era.

- Qué disgusto...

- Bernard atinó a llamar *cifra* a la clave que tiene cada persona para entenderse - descifrarse/cifrarse-...
- Esa cifra borgeana que da paz, cierta tranquilidad para el resto de la vida... Unos la tienen desde el inicio, otros la tienen de vez en cuando, otros la encuentran un día para siempre, otros no la encuentran nunca...
- Esos son los verdaderos desdichados... Esa era mi desesperación: morir sin haber encontrado mi cifra, sin haberme descifrado o haberme cifrado. Eso era lo peor, como morir sin haber resuelto algo indispensable.
- Como morir habiendo vivido un espejismo, una irrealidad...
- Bueno, sí... por muchas realidades que se hayan vivido, por muchas cosas buenas y malas, pero como si todas fueran no del todo propias...
- Como en un haber querido y no haber podido algo que nunca conseguí...
- A veces pienso que, aún teniendo todo el dinero, todos los libros, el premio Nobel, la familia, la mujer, los hijos, el perro, el patio, la casa de fin de semana -etcétera-, va a persistir esa desazón.
- Un existencialismo algo sartreano...
- 'La náusea', llegué a pensar, me tocó a mí, como a otros no les toca. Si en la viña del Señor hay de todo, esto me tocó a mí, me dije.
- Usted es un idealista... su inteligencia y sensibilidad le juegan en contra... más que si fuera bruto.
- Nunca me he quejado de cambiar por nadie, Penélope. Tal vez ahí esté mi error. Es una soberbia necia...
- ¿Nunca imaginó haber nacido otro, una mujer, por ejemplo? ¿Qué piensa del homosexualismo?
- ¿A qué viene esa pregunta? ¿No ve que estoy casi deshecho?
- Por eso, para cambiarle de tema...
- No me diga que le enternezco...
- Ahora que lo dice...
- ¿Le gusta estar conmigo?
- Ahora mismo no me molesta.

-Eso está bien. Mire, realmente no tengo nada en contra de los homosexuales -al contrario, tengo amigos entre ellos- pero sí tengo dos sentimientos al respecto. En el caso del lesbianismo, una especie de desolación ante una pérdida...

- ¿Una pérdida?

- Sí, una pérdida de candidatas a ser mis amantes. Un sentimiento de desolación, de tristeza, ante un desperdicio *strictu sensu*, no peyorativamente. Es un desperdicio que las mujeres me pasen de largo.

*"Lo que sí quiero afirmar es que soy macho en el sentido lato de la palabra, es decir soy un varón. Y seguiré siendo el que soy: amante de amantes, hasta que no pueda más, si eso ocurre... Sueño con las diminutas 'bombachas' de las chicas, en sus culitos prietos, hermosos para tocar, para contornear; y que sientan, ellas y yo, la lujuria del manoseo. Sueño con sus bordados corpiños y, emergiendo, sus redondas tetitas, sus pezones... y sus sensaciones. Sueño con sus boquitas, sus carnosos labios y los míos, entremezclados, lenguas, salivas, dientes. Sueño con penetrarlas, nuestra alegría y sudor, nuestros besos, nuestro calor compartido. Sueño sus cabellos, rubios, morenos, largos, cortos: femeninos. Sueño con sus piernas, largas, fuertes, suaves. Con sus espaldas, sus cinturas. Sueño y las tengo, gracias a Dios. En fin, sueño con el amor que conozco. No atisbo otro.*

-Los homosexuales hombres que hagan lo que quieran, mientras lo hagan no muy cerca mío: el sentimiento que tengo hacia ellos es el de una enorme euforia.

- ¿Euforia porque son homosexuales?

- Exacto. Debido a que, de esa manera, disminuye la cantidad de competidores en esta hermosa tarea de enamorar mujeres. Le haría en este momento una buena cantidad de proposiciones, Penélope...

- Deshonestas.

- En absoluto, totalmente humanas.

- Entiendo, pero lo deshonesto también es humano.

- Ciertamente, no creo que haya muchos animales *deshonestos*.

- Su lógica es brillante...
- Me encanta cuando me piropea...
- Mejor siga con la entrevista.
- Le decía que yo podría vivir en un mundo de mujeres heterosexuales y de hombres *gays*. ¿No sería un mundo hermosamente feliz?
- ¿Pero usted podría atender a... *todas* las mujeres?
- No sé, pero el intento lo vale.... Usted es muy graciosa cuando pone carita de Jane Fonda...
- No sé si agradeceréelo...
- Penélope, ¿le he dicho que me encantan sus caderas?
- ¿O las de Jane Fonda? No, no me lo había dicho... pero me lo esperaba, tarde o temprano.
- ¿Pasamos a otro tema?
- Acabamos de pasar.
- ¿A cuál?
- Al de sus caderas. Y puedo continuar con el de su cintura, y más: bajo mi camisa se le insinúa una pancita preciosa y unos pechos que no le van a la zaga, Penélope...
- Oiga...
- Unos hombros preciosos... y su cuello y carita tan hermosa. Su pelo... Y, volviendo a repasar: sus brazos, sus manitas de pianista...
- ¿Adónde quiere llegar?
- A su trasero, para decirlo ahora brutalmente, es un encanto de trasero.
- Sigamos con la entrevista. El Nobel no espera.
- Bueno, si cree errada mi opinión ...
- La encuentro totalmente desubicada...
- No es lo mismo.
- Son muchas horas, muchos temas personales... Bajo estas condiciones piropea, se erotiza...
- Muchas horas y muchos temas, sí..
- Tal vez corresponde que hablemos de Dios, y sus instituciones...



- Tal vez, ¿y qué es Dios?

- Según entiendo, Dios es todo.

- En ese caso, sí, creo en Dios: *todo* existe, al menos como percepción, real o imaginaria. Pero que todo exista no significa que Dios exista, en el sentido teológico, Penélope. Por eso soy un *agnóstico culturalmente esperanzado* ya que, obviamente, no puedo afirmar que Dios no exista, no tengo pruebas...

- A menos que Dios se le presente y se lo demuestre...

- ¿A usted se le ha aparecido?

- No, *todavía* no.

-A mi tampoco. Sin embargo, cuando me sucede algo bueno, le doy gracias a Dios. Cuando Sole está feliz, se lo agradezco a Dios. Cuando puedo comer cada día, le agradezco a Dios: a veces me parece increíble *-divino-* que tenga para mí sustento. Cuando los que amo están bien, se lo agradezco a Dios... y así sucesivamente.

- Le agradece muchas cosas a Dios...

- Todas las que son de agradecer, pero por otra parte, no dejo de endilgarle todas las putadas más o menos incomprensibles, no endilgables a nadie en particular. Por lo tanto, lo puteo también a *piacere*.

-Es decir, en privado lo trata con cierta confianza... ¿Y qué piensa de su Hijo, Jesús?

- Le tengo cariño. Posiblemente *-si existió-* fue un tipo y/o encarnación *-vaya uno a saber-* bien intencionado. Me inspira ternura su intención, digna de consideración ante tanto salvaje, pero no su *modelo*...

-Deseó que fuéramos buenos los unos con los otros...

-Eso me merece mucho respeto. Deseó que nos amáramos los unos a los otros, cosa que, usted ya sabe, yo admiro especialmente en el caso de las mujeres con los hombres, y viceversa... pero estoy en desacuerdo con su método de enseñanza porque ninguna madre puede, honestamente, desear tener un hijo Jesús ¿no le parece?

- ¿No sería un orgullo?

- Por más bien que haga, por más buen ejemplo que el chico dé, una madre no puede desear que su hijo termine en la cruz sin resultados satisfactorios -como en su caso-, en el cual la humanidad no se cansa, impenitentemente, de contradecirlo.
- Entonces, en su opinión, el que fracasa sólo fue Jesús, no los hombres...
- No puedo saberlo, no sé cómo estaríamos sin su recuerdo, quizá peor, pero también quizá mejor.
- Posiblemente igual: la condición humana pareciera inamovible...
- De lo que estoy seguro es de que habría habido una Inquisición menos, entre todas las creadas por los *religiosos* de cualquier signo.
- Usted tiene respuesta para todo.
- En general tengo respuesta para *todos*, excepto para mí, Penélope.
- Como Borges, ¿no? Sabe, Zuasnabar, yo le tengo fe a usted...
- ¿En qué?
- En que ganará el Nobel. Será el primer criminal que gane el premio.
- No se obsesione con el crimen, Penélope... aunque en puntuales casos pueda ser artísticamente productivo.
- Vitalmente es lastimoso...
- Ya le he dicho que no la mataré, Penélope, sino que, solamente, la haré desaparecer.
- Desapareceré *definitivamente*.
- Exacto, definitivamente.
- No sé si necesito explicarle que la diferencia no es tranquilizadora.... ¿Sabe de algún premio Nobel que haya matado a alguien?
- No, no lo sé.
- Ya ve.
- Pero, en general, quienes tienen estatuas han matado gente, de una u otra manera, excepto Tato y unos pocos más. Venga, traiga el vino, que ya está el asado.
- No bebamos más, Penélope...
- Tampoco hemos bebido tanto...

- Cómo sopla el viento...
- Se le va a volar la tapera... Lleve el grabador para adentro, que yo apago las brasas.
- Las apagaré la lluvia, aunque el viento se las lleve. Alcánceme el sol de noche, antes de que se apague.
- Mire el hornerito, como se mete en su casita... ¿El caballo se queda allí?
- No le queda más remedio. Corra.
- Todo un refugio...
- Los he tenido peores. Cómo me gusta el ruido de la lluvia contra el techo...
- La ventana del fondo no tiene vidrio...
- Le cierro la puerta de paso. ¿Quiere otro vino?
- El penúltimo.
- Acurruquémonos acá.
- Seguro me querrá seducir...
- Casi sin duda. Necesito calor.
- Calor humano... Hoy hablamos mucho, necesita ponerle un broche...
- Y después descansar.
- Se está apagando el sol de noche.
- Veremos mejor los relámpagos.
- Si no nos cae un rayo...
- Para eso están los eucaliptos.
- Se apagó.
- Se está bien así. ¿Nos aflojamos la ropa?
- Cubrámonos con la manta.
- Me recuerda la casita de la playa, en Venezuela...
- ¿Me va a contar de sus viajes?
- Todo es un viaje, Penélope. Sí, mañana.
- Ya me sobra calor.

- Transpirar es sano.
- No lo veo...
- Pero me siente. Yo tampoco la veo...
- Pero me imagina...
- Me gusta imaginarla...
- Esto ya es mucho calor...
- Mucho más.
- Hasta mañana, Zuasnabar, que duerma bien.
- ¿No apagamos el grabador?
- Se apaga solo.
- Chau.
- Tapémonos bien de nuevo, que a la madrugada refresca.

- Iba como haciendo gimnasia por las calles del mundo, gesticulando serena y juvenilmente. Entraba a los bares, tomaba un café, un vaso de agua, meaba, me lavaba cara y manos - masajeándome donde tenía cansado-, me secaba, e iba saliendo de aeropuertos internacionales como quien lo tiene muy claro, Penélope, ¿se da cuenta? La gente me miraba. Con mi metro ochenta y dos, flaco atlético, gafas, pelo oscuro -aún sin canas- algo largo y prolijo -mechón sobre un ojo-, rasgos occidentales aindiados, *plumífero* enorme -color verde oscuro-, jeans muy desteñidos -medio rotos pero muy limpios-, pulóver azul marino, de cuello cerrado, pero que deja ver una camisa de corderoy verde musgo, muy vieja. Así, Penélope, así iba su Zuasnabar por el mundo.

- ¿Haciendo qué?
- Contemplando. La contemplación es una actividad envidiable... contemplar la comedia humana. Y los pasos de mi historia, a través de geografías internacionales, como por rutas *interiores*.
- Un hippie de fin de milenio...

-Lo que a mí me gusta es charlar con los amigos, comer un buen asado, beber un buen vino, tomar un buen café, en tanto y en cuanto se tertulia, se charla con los seres queridos...

- Y eso no es en cierta manera la felicidad?

- Sí, al menos es una felicidad relativa al momento de la sal, del vino, al momento de la tertulia, que puede estar veteada por momentos amargos, pero es un hito en la historia de la felicidad del individuo... Naturalmente, la felicidad no es una apariencia, es un sentimiento neto, que incluso se puede manifestar entre llantos...

- Suyos son los términos baba dialéctica y vitacracia...

- Sí. Vitacracia es una categoría en permanente desarrollo en busca de un punto de inflexión en la condición humana. Mi categoría vitacrática sólo propone -persigue- el respeto a la vida, el indispensable bienestar, pero no necesariamente un mayor grado de felicidad.

- Ese sería otro tema...

- Que ya veríamos, si primero logramos la insoslayable prioridad de poder vivir a salvo hasta morir, preferentemente de muerte natural, de viejo, de las enfermedades que no podamos curar, o por accidente.

-Para luego, habiendo logrado ese *status*, poder ya pasar a segundas elucubraciones...

-Claro, y empezar -recién entonces- a pensar en el grado de felicidad y en cómo lograrle, a su vez, un punto de inflexión.

- Es muy difícil, pero creo comprenderlo, *maestro*, muchas gracias. ¿Su intención es rebatir todas las filosofías anteriores?

- Con Zuasnabar es suficiente, gracias. En absoluto, todos y cada uno tienen razón -su razón, su baba dialéctica-, yo no me excluyo, sólo digo que lo importante de todas nuestras babas es hacerlas vitacráticas.

- Parece muy fácil cuando lo dice, pero ¿cómo se logra eso?

- Priorizando lo que debemos priorizar pero que, saturándose de baba, siempre se posterga, el respeto a la vida.

- ¿Humana, animal y vegetal?

- No nos vayamos por las ramas, Penélope. El respeto a la vida, *ya*. Adjetivar es hacer segundas consideraciones. No perdamos el norte: primero intentemos respetar *nuestra* vida. Las demás consideraciones -si logramos esa iniciática- se producirán sanamente en cataratas, desde esa primera fuente -fuente vitacrática- que no es más que el concreto, real, respeto a la vida *humana*.  
¿Se entendió?

-Ahora sí. Entonces, cuando usted dice "existo, luego pienso", ¿no es que está rebatiendo a Descartes y a su "pienso, luego existo"?

- No, en absoluto, lo afirmo al decir su opuesto, lo complemento y lo completo, y si otros están en el intermedio de este viceversa nos completa aún más en la representación de la inconmensurable baba dialéctica universal...

-Ya... Usted definió *baba dialéctica* como 'el defecto -o cierta rara necesidad humana - de hablar en abundancia con sentido dudoso o inexistente', y la diferenció de la simple verborragia...

- En efecto. De ella, en total, hay que priorizar, como si de un elixir se tratara, el referido al derecho y defensa de la integridad a la vida... Nadie necesariamente se ha equivocado -ni los sofistas, ni Sócrates, ni Aristóteles, ni Platón, ni Kant, ni Hegel, ni Popper, ni yo, ni usted -, todos nos complementamos en este *menester de natación* que realizamos conscientes del hundimiento, de la muerte.

- La bendita defensa de la vida.

- Sí. ¿le parezco muy insistente?

- No, pero eso es obvio...

- Sí, es obvio, y por obvio nadie le hace caso. También fue obvio Jesús cuando pregonaba "no matarás", cuando decía "amaos los unos a los otros"...

- Pero a usted le parece que no fue muy consecuente cuando se hizo crucificar, cuando su empleo fue su muerte...

- Es difícil dar un ejemplo, por eso lanzo la propuesta como quien arroja una semilla... Desde los sofistas, dándole vueltas y vueltas a la copa mientras la vida se seguía derramando, segando. Hasta llegar a hablar -los dirigentes- de 'alcuotas', de 'impuestos', cuando ninguno de todos ellos,

conjunta o individualmente, logró *imponer* a la humanidad el deseo concreto de realizar una defensa real de cada una y todas las vidas... En fin, ¿quiere dar un paseo conmigo por el campo?

- ¿No tiene miedo de que salga corriendo?

- A veces tengo ese miedo...

- ¿De salir corriendo?

- Sí. Yo me fui corriendo. Y corrido. Todo junto... Póngase un poncho...

- Yo tenía en la cabeza un *quilombo* descomunal: con veintitrés años creía que lo había vivido todo. Bancarrota familiar y nacional, nuevo desembarco de los militares, *guerra* muy sucia, crispación, asco, desesperación...

- El ambiente se le devino irrespirable...

- Mucho peor a la angustia relativamente moderada de la infancia, Penélope, pero tenía a un recurso nuevo, vedado mientras fui chico: irme, irme lejos, al menos por un tiempo. Mis amigos me alentaron, el Negro me invitó a Estados Unidos, de gira con el equipo de rugby de Duendes, con opción a quedarme. Su entrenador -técnico de *Los Pumas*- me gestionó una suculenta visa, *indefinida y múltiple*, para acceder a Yankilandia...

- ¿Se fue a Estados Unidos?

- Gabriel me convenció de que el Viejo Mundo era mejor destino. Pregunté precios: avión y barco eran iguales. No tenía más prisa que partir, no de *llegar* a ningún sitio. El avión suponía doce horas de viaje, demasiado rápido para hacerme a la idea, llegaría al destino europeo elegido sin haberme relajado, tan confundido como medio día antes, mientras comía el último asado. Llegaría hasta con olor a parrilla, con olor a todo. El barco en cambio me ofrecía trece días de *aclimatación*, de paulatina adaptación. El barco me daba camarote, comida y bebida -el vino estaba incluido y el pan se horneaba cada día a bordo -, piscina, discoteca, entretenimientos y -fundamental- la oportunidad de conocer gente. Yo partía muy solo y me recibiría una Europa ignota, sin nadie conocido...

- ¿Quién lo fue a despedir?

- En el puerto estuvieron Sole, en brazos de mi madre, mi hermano Juan, mi cuñado Horacio y Alba

II...

- ¿Se volvieron a ver?

- Por supuesto. Hoy la sigo queriendo entre los que más, como a Carlitos, su marido, quien sin conocerme me franqueó la puerta de su casa. Creo que lo hizo por ser médico veterinario, por su amor a los animales... Tienen una niña que, claro, como ellos, se llama Clara.

- ¿Cómo fue esa partida?

- El viaje obró como primer reconstituyente, pero la partida en sí, desde que semejante mastodonte flotante se fue apartando, lentísimos centímetros, del muelle hasta que mi comitiva de despedida -Sole, en especial- se redujo a un puntito indescriptible para luego desaparecer, fue un parto, no una partida, una agónica letanía, quedé extenuado. Fue horrible, y es inolvidable. Pero a bordo pronto me reanimé, cuando vi las primeras extranjeras: brasileñas, europeas y, entre éstas, a Elizabeth, típica danesa, escandinava, nórdica, vikinga. Nos compenetramos enseguida... Todo a bordo era novedoso, de alto *vuelo*: me fascinaba ver la inmensidad del mar, brincado por acerados y brillantes delfines, y la enorme estela blanca que abría el barco, para los lados y por detrás, con gaviotas sobrevolándonos, con el sol poniente... Esa total libertad que uno siente al descubrirse tan ínfimo... Incluso ese primer *canuto* que vi en la vida y que me negué a probar, espantado por mi ignorancia...

- Se reanimaba de a momentos ante todo lo que veía e intuía que iba a vivir...

- Pero también, de a ratos hondamente aciagos, recordaba a Sole en el muelle, tan pequeñita con sus tres años, saludándome con un pañuelo igualmente chiquitito, vaya a saber uno pensando qué. Mi angustia retornaba tan grande como las olas que el barco abría. Recordaba a mi madre, despidiendo a un hijo que le dejaba una nieta en brazos. La sigo viendo a Alba, caminando hasta el borde final de la escollera, retrasando la inevitable separación... Lo veo a Juan, con su cara y sonrisa bonachonas, mirándome con sus largos pensamientos, sus deducciones, sus conclusiones sobre la vida. Fue, honestamente, muy horroroso, pese a todo lo que me permitió, esa partida no tendrá nunca consuelo.

- ¿Cómo fue la travesía?



- Fue muy normal hasta que zarpamos de Río de Janeiro, camino a mar adentro. Dicen que siempre es así. La sensación que produce alejarse de toda costa desata los ánimos, para bien y para mal... Algunos se marearon, como un tucumano que pasó diez días en la enfermería. Un tal *Quique* dio a conocer su condición de viajero clandestino...

- Se había asegurado que el transatlántico, a esas alturas, por él, no pegaría la vuelta.

-Se presentó al capitán, en el puesto de mando, alegando persecución política... No lo tomaron en serio, y no porque no existiera persecución en la Argentina, sino por el carácter juerguista del sujeto.

- ¿Fue encerrado en un calabozo? ¿Lo entregaron a las autoridades en el primer destino?

- **Ni** mucho menos... Todo eso se podría suponer, pero le dieron a elegir hasta puerto de arribo... eligió el último, Génova, así que yo desembarqué antes que él.

- ¿Y a bordo qué hacía?

- En el comedor discretamente lo cambiaron de mesa -a pedido de quienes la compartían- a otra donde, en cambio, fue recibido como un héroe. El capitán, entre otros, simpatizó con él; después de todo -dijo- en este trayecto sólo se nos coló éste.

- ¿Cómo lo hizo?

- Entremezclado con los familiares que subieron al barco, ayudando o despidiendo a los viajeros. Primero se escondió dentro de un bote y, luego, en un *solidario* camarote...

- ¿Qué se hacía a bordo?

- Como navegamos la línea del Ecuador, el calor nos reunía en las piscinas o en el interior climatizado. Yo casi siempre estuve en cubierta, caminando de proa a popa, o sentado en *tumbonas*, charlando con muy variopinta gente, desde el desayuno hasta entrada la noche.

- Se fue entusiasmando...

- El mar, el firmamento, su silencio estrellado, la oscuridad rugiente, la brisa hasta hacerse viento, cálida y húmeda, olorosa, y la compañía de una mujer rubia y dorada, me hicieron empezar la lectura de una novela aún no escrita...

- La está redactando ahora...

- Elizabeth quería que yo fuera a su país. Intercambiamos di recciones, en Europa aún yo no tenía ninguna, por lo que le di la del *Palacio*. Le prometí -cómo no- que iría a Dinamarca... En el barco, lógicamente, Elizabeth compartía otro camarote con una mujer...

- Cuestión que dificultaba sus deseos....

- Un poco. En esas dulces dificultades estábamos cuando conocimos a Pablo, otro gran aficionado a la filosofía existencial. Generoso, nos cedió su compartimento de cuatro plazas, que sólo él ocupaba. Elizabeth y yo plegamos las literas de nuestra nueva *suite* y cubrimos todo el suelo con los cuatro colchones. Los camareros italianos, encantados, cada mañana aseaban la guarida, haciéndonos desde ese día la cama, enorme, en el suelo.

- Habrá hecho otros amigos...

- En el barco logré varias *cabeceras de playa*. Pablo me dio una dirección, la de *Chino* y *Mónica*, exiliados chileno y argentina respectivamente, en el barrio gótico de Barcelona.

- ¿Grandes filósofos también?

- Claro, aunque *Mónica*, sin ser menos filósofa, combina esa cualidad con el pragmatismo que sólo las mujeres -algunas de ellas- pueden alcanzar, el que resulta imprescindible para convivir con *Chino*, Pablo y yo. Ellos fueron auténticos amigos, y *Mónica* lo sigue siendo, porque a los otros dos les perdí el rastro. En sus seis brazos, indistintamente, lloré mis amarguras hasta desahogarme, hasta que todos nuestros brazos se pusieron a enhebrar -más apaciguados- artesanales collares y pulseras que vendíamos en las Ramblas, sentados sobre un paño azul, mientras nos turnábamos para sostener a *Pablito junior*, gestado en Argentina por *Chino* y *Mónica* y presurosamente nacido catalán... También en el barco, *David*, reportero gráfico -con creciente y paradójica miopía- me dio la dirección de su nuevo refugio en Jerusalén. En Buenos Aires lo perseguían por judío y periodista...

- Es decir por el *no va más*.

- Correcto. Cuando uno sale del cascarón, como era mi caso, es invadido por un fervor social y un ansia de plantar referencias que llevan a intercambiar domicilios de una manera frenética, así sólo se haya dicho poco más que buenos días. Llené de direcciones y teléfonos mi *libreta verde* -que

oficiaba también de *diario*- de gente, generalmente femenina, de la cual, pasado un tiempo, ya había olvidado sus rostros... e incluso las circunstancias en que fueron registrados... Un día, viviendo con mi segunda esposa, salí solo a caminar y en una impronta emotiva -por mostrarme dispuesto a olvidar aventuras pasadas y guardar en lo sucesivo fidelidad - tiré la libreta a una papelería, sin las hojas con escritos, que aún conservo...

- ¿Dónde desembarcó?

- En Barcelona. Cuando bajé del barco fui a la dirección de un hostel económico, donde había quedado en encontrarme con otros pasajeros, entre ellos el tucumano, quien después de tres días en tierra continuaría *mareado*. Tomé un taxi que me mostró gran parte de Barcelona y me dejó en la puerta del hostel. Al día siguiente, comprobé que estaba al lado del puerto...

- El taxista lo paseó al mejor estilo porteño...

- Me sentí burlado como el más *paleta*. Una de las primeras *impresiones* fue que, si en Rosario ya era arduo no mostrar mi ingenuidad, en Europa debía andar con mucho cuidado, pero superé esa prevención...

-Se le pasó rápido...

- Sí. He vagado por medio mundo con el romanticismo por delante. Por fortuna, he aprendido a sobrevivir en situaciones extremadamente complicadas. De cualquier forma, mi vida siempre ha consistido en sobrevivir, no sólo del hambre o de peligros externos sino a mí mismo, en lo que he hallado nombrar mi *alpinismo animico*...

- ¿Dejó pronto Barcelona?

- Por unos cuatro meses ni se me ocurrió salir de la ciudad. Barcelona tiene atractivos aún para más tiempo. Y eso, combinado con el instinto de conservación -no era miedo, era puro instinto-, me retuvo. Fue útil, Barcelona es muy cosmopolita, me seguía relacionando con muy diversas idiosincrasias...

- ¿Y luego?

- Un día partí hacia Allerød, el remoto pueblo nórdico donde habitaban los Olgarsen: Elizabeth, sus padres Ingeborg y Eduard y su hermano Karsten. Tardé como un año en llegar...

- Se entretuvo por el camino... .
- Sí. Casi todo el recorrido lo hice a dedo. Primero pasé por Madrid, me quedé cerca de un mes en casa de otro periodista refugiado, chileno y amigo de Allende. Nos presentó Pablo. He olvidado su nombre, o algo -nuestras charlas densas y penosas- me hacen negarme a repetirlo. Es igual, he olvidado su nombre pero guardo memoria de lo hablado...
- Habrá visitado alguna vez el museo del Prado...
- Lo primero que hice al llegar a Madrid fue ir al Prado. Pagué la entrada -luego ya no lo haría más, por naturalizarme español- y fui directamente a ver *El Jardín de las Delicias*, de Jeronymus Bosch, - sabe- de...
- Sí, sí, El Bosco.
- Ah, ¿lo conoce? A mí me lo había recomendado Pablo, eufórico. Me comporté igual meses más tarde en el Louvre, ya solo...
- Directo a ver *La Gioconda* me imagino...
- Lo imagina bien. Y como hice en el Casón del Buen Retiro, años después, cuando volvió el *Guernica* de su exilio en Nueva York. Viviendo en Madrid, al Prado iba a menudo, cada vez que *terciaba*. Pero no tantas, claro, como un madrileño ya mayor, quien me confesó al pie de la estatua de Velázquez -cerca de donde tengo una foto de Sole - haber ido alrededor de trescientas veces a lo largo de su vida. A *El Jardín de las Delicias* lo encontré intemporal...
- Sí, parece escapado del *canon*.
- *Las Meninas* también tienen lo suyo... el laberinto de los espejos borgeano, su intrigante perfección, con cierta monstruosidad, a lo Rubens... En cambio, la Mona Lisa -en el Louvre-, me pareció menos de lo que seguramente es...
- Tal vez, por haberla visto tanto en las latas de dulce de batata....
- Es posible. Los *blandos relojes* de Dalí son otra maravilla, como *La mujer en la ventana ¿no?* - sensual-, *La maja desnuda* está bien... pero más impresionante *Los fusilamientos*, aunque, como el *Guernica*, sea menos resistible...
- 'Bello es lo que agrada desinteresadamente', dijo Kant.

-Y Stendhal, 'lo bello promete felicidad'. Y como diría mi padre, lo bello es este maizal... Fíjese cuánto hemos caminado, Penélope...

- Desde acá, su chacra parece un cuadro impresionista...

- ¿A quién recuerda?

- Al pintor Ignacio Colombres, que fue mi amigo. Lo frecuentaba en su casa de calle Argensola, en Madrid. Charlábamos los cuatro...

- ¿Ustedes dos y quiénes más?

- Esther, su mujer y Vreni, la mía.

- Usted le escribió a Alfonsín que Colombres fue, esa vez, testigo de casamiento... ¿Conoció otros pintores?

- ¿Internacionales?... Bueno, puedo haber estado sentado al lado de alguno, en Londres, París, Tánger, sin saberlo.

- Incluso pueden haber charlado sin reconocerse, es verdad. ¿Y escritores?

- ¿También internacionales? A Borges lo traté un par de veces. Charlas cortas -no sabía qué decirle, sabe-; la última vez fue en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en Madrid. Al despedirnos, le busqué y le di la mano. Yén dose, le dije 'adiós, Borges' y él, dándose un poco la vuelta, mirando al vacío, levantando un poco el brazo, me contestó con su inolvidable tono '¡adiós...!, ¡adiós...!'. Por un rato largo sentí su mano en la mía. Ahora, cuando lo pienso, la vuelvo a sentir... A Cortázar lo conocí después de un acto a favor de Nicaragua, también en Madrid. Con él charlé largo rato -no imponía como Borges, era muy llano. Me presenté diciéndole: *vos no me conocés a mí, pero, claro, yo sí a vos*. Cuando nos despedimos, me dijo que lo visitara en París. *Para cuando pueda ir, ya no te vas a acordar de mí*, le dije. 'Sí, Horacio, sí me voy a acordar', me aseguró, pronunciando *Hogasio*. Luego, caí en la cuenta que Horacio -Olivera- era él, en Rayuela, qué papelón... ¿Quiere que volvamos? ¿Antes no va a intentar salir corriendo?

- No siempre es molesto estar con usted...

- Lo mismo digo...

- Como el Horacio de *Rayuela*, como Cortázar, he tenido posters de Paul Klee clavados con

chinchetas, también de Van Gogh -el mítico *Los girasoles*, acompañando las fotos de Soledad, omnipresente... Sabe, Penélope, los primeros años europeos estuve muy ávido de visitas: iba a todos los museos, palacios, lugares históricos, iglesias. En *Notre Dame*, por ejemplo -acostado al pie del altar- escuché durante dos horas un concierto de reconfortante música... no recuerdo quién o quienes fueron interpretados...

- Así de simple encuentra el arte...

- Sí, para mí es sólo una cuestión de piel artística. En *Sacre Coeur* me quedé cinco horas...

- Pero esperando a Norah...

- He esperado mucho más que cinco horas a una mujer. Pero no esa vez. Ya le he dicho que, con Norah, convenimos no reencontrarnos aquel 14 de julio. Me quedé cinco horas meditando. Se oficiaron tres misas, que casi no escuché...

-¿También leía?

- Seguía leyendo libros y periódicos, según el lugar. En España, todos los días compraba *El País* y los viernes el *ABC*, por su suplemento literario... y para neutralizar el adoctrinamiento ideológico de uno y de otro.

- ¿En Francia?

- *Le Monde*.

- ¿En Londres?

- *Newsweek*, arduamente. En cualquier lugar del mundo pocas veces compraba los de Argentina, en sus escasos puntos de venta. A veces me acercaba para ver los titulares y hojearlos, malabarismos que no les gustan a los quiosqueros de ningún país.

-En mis visitas a Argentina me dedicaba a comer *auténticos* asados, no los improvisados del exterior. En mi último viaje invité a Vivi, otra entrañable amiga, con quien la emoción nos cerró tanto los estómagos que no pudimos comer toda una tira de asado...

- Con la hambruna que hay acá...

- Cuando el mozo se la llevaba, le dije: 'No la tirarán ¿verdad?', mire que ni la hemos tocado'. 'No se preocupe, aquí ya no se tira nada', contestó, remarcando 'nada'.

- Y usted midió, una vez más, la involución patria...
- Sí, desde que Juan nos contara, a su regreso del viaje de estudios -allá por los 60-, la cantidad de corderos que mataron -y que sobraron- en una estancia patagónica donde los socorrieron al romperse el ómnibus en que viajaban...
- Al modo de los épicos gauchos, que mataban una res para comer sólo un bocado... Ya no es lo que era, Zuasnabar.
- No, Penélope, ya no es lo que era. Y no porque antes fuera *tan* bueno...
- Soy un tipo de bares, aquí y donde sea me gusta por igual la terraza del Ritz como cualquier cafecito de San Martín al tres mil. Cualquiera es bueno para leer, escribir... y para mirar a la gente... Por otra parte, Penélope, son tan buenos los *croissants* de Saint Germain de Près como las medialunas rosarinas... Además, no crea que no se asemejan los ranchitos musulmanes de Marruecos -donde sólo se sirve té verde- con los que venden *choripanes* y vino tinto camino a Santiago del Estero... Como poder, Penélope, puedo enumerarle descriptivamente una serie considerable de bares y restaurantes americanos, europeos, asiáticos y africanos, con sus gentes y servicios peculiares.
- Bueno...
- Lo haré el día -si llega- que me proponga una enciclopedia sociogastronómica. No ahora. Discúlpeme.
- No faltaba más. Por favor, continúe con lo que quiera...
- Pasé por Madrid sin saber que sería, años después, un *amadrileñado* más. Al mes de llegar me planté en la carretera de Burgos, al norte de Madrid, con mi bolso verde, simil cuero -de *El Corte Inglés*-, y encendí el radiocassette, en el que por largos meses alternaría una cinta de Cats Stevens con otra de *Las Cuatro Estaciones*. También tenía una de Jacques Brel...
- Y se puso a cantar.
- Me gustaba canturrear *Father and son*, aunque lo hago muy mal: todos, afectuosamente o no, me hacen callar...
- Lo siento. Quise decir que no tenía prisa...

- No. Ya había contemplado la posibilidad de que mi billete de vuelta -también en barco- lo usara Sole, en la primera visita que me hiciera, acompañada de su madre, aún era muy chiquita para viajar sola. Yo quería que ambas vivieran esa experiencia marítima. De hecho, Sole la recuerda al detalle -tenía cuatro años-, en especial su original manera de aprender a nadar 'dentro de una piscina que estaba dentro del mar'... Luego ya viajó sola, en avión, con un sobre plástico colgado al cuello, que avisaba U.M. -*unaccompanied minor*-, donde le guardábamos pasaporte y billete...

- Su hija es muy valiente.

- Todos éramos muy *valientes*, como mínimo. Una vez, haciendo alarde de mis conocimientos sobre tiempos de arribo y desembarco, descarté posibles retrasos y estimé que Sole, como muy pronto, estaría conmigo quince minutos después de la hora oficial de llegada del avión. Llegué entonces a propósito, quizá haciendo tiempo para no desesperarme de la emoción, diez minutos después de la hora de arribo anunciada.

- ¿Y?

- Llegué tarde. Todavía no me lo explico, pero llegué tarde.

- ¿Qué pasó?

- La encontré solita, con el abrigo cruzado azul -que guardo en mi ropero de Rosario- puesto, derechita, correctamente sentada en una silla que le quedaba muy grande, seria, sin llorar pero con unas incontenibles lágrimas en sus tiernas y rosadas mejillitas...

- ¡Qué desalmado!

- ¿Usted también lo dice?

- ¿Por qué, ya se lo dijeron?

- No, pero supongo que lo pensarán...

- Pero, no... es sólo su idea...

- Entonces, ¿usted por qué me lo dice? Bueno, mire, déjelo, pero de desalmado nada. La llené de besos y le dije 'hola, Sole, mi amor' y me contestó 'Hola Pá, antes de todo sacá la valija de ahí, que está dando vueltas como una tonta'.

- Se refería a la cinta transportadora...



- Claro. Obedecí, bajo la firme mirada de las azafatas...

- Estarían indignadas...

- A mí no me dijeron nada. Levanté la maleta negra, con cinturones verdes, que Sole siguió usando cada vez que fue a verme. La puse a su lado -la tocó como para cerciorarse- y continuó diciéndome: 'Ahora sacá -que no te vean- de aquí -y me indicó una esquina del forro del abrigo - la plata que pediste que te trajera'. Obedecí de nuevo. Recién entonces, se relajó. Y sentí que me lo permitía a mí. Nos abrazamos muy fuerte, nos besamos muchas veces, y nos tomamos de la mano y caminamos hacia el *parking*, charlando animadamente, como si no hubiéramos estado un año separados, diciéndonos muchas cosas que durante ese tiempo nos queríamos decir, seguramente muy pocas comparadas con nuestras necesidades... Le mostré la *Combi Volkswagen* negra, con una llamarada roja pintada sobre el lado del conductor, que le había comprado, a muy buen precio, a mi primo Jorge y a su flamante esposa, Cecilia -que se volvían a la Argentina después de su luna de miel- y quedó fascinada, la bautizó 'autocasa', y acomodó a Bruno y Carolina -sus muñecas- en la *cama* de la furgoneta. Le ayudé a cambiar su invernal atuendo rosarino por un veraniego vestido blanco con flores azules y fuimos entonces al famoso piso, tipo casona, que durante años alquilé en calle Francos Rodríguez, cerca del *metro* de Estrecho, entre las barriadas de Cuatro Caminos y Tetuán. Allí esperaba Vreni. Las dos se saludaron con respeto y sinceridad, inicio que las llevó a ser, durante años, excelentes amigas. Subimos a la combi lo que aún faltaba por cargar y nos fuimos a Valencia, al camping *Olé*, sobre la playa mediterránea...

- Ya llegamos.

- Entremos.

*Entonces, hija, ya vienes. Te dejé hace un año en el puerto de Buenos Aires y tenías en la mano un pañuelo con el que me saludabas. Fue lo último que pude divisar cuando el barco se alejaba conmigo. Te tenía alzada tu abuela que, hace poco, me escribió que ese día no podía imaginarse que me iría por tanto tiempo. ¿Qué pensarás entonces vos, que me he ido por un cuarto de tu vidita?*

*Durante un año me han contado que repetís 'papi se fue a Europa' y que mirás mis fotos y decís*

*'cómo te quiero, papito'.*

*Durante un año, por mi parte, me he preparado para ' mi Sole vendrá a Europa'.*

*Dentro de dos semanas llegas a Madrid. Llegas a mí. Llego a vos. Llegamos de nuevo. Empezamos de nuevo. Seguimos. Te recibiré con mucho amor, con palabras claras, con serenidad. Con un 'hola, Sole' y me aguantaré el deseo de apretarte contra mí, hasta que los dos lo sintamos por igual. Hasta que me recobres en tu presente. Hasta que tus bracitos, tus ojos y tus ideas me busquen. Y yo también, hasta que sienta todo tu ser de nuevo conmigo. Entonces te abrazaré (pero más que abrazarte te sentiré, te concretaré y vos harás lo mismo, conmigo).*

*Continuamente, seré un mullido nido donde sentirás recibidas tus palabras. Y mis palabras serán una hermosa brisa que te llevará hasta tu naricita, tus ojos, tus pulmones, tu corazón, tu piel, las respuestas a tus preguntas. Y sentiremos con nuestras palabras y mimos cómo se abre el tiempo, los interrogantes, como si fueran ellos el barco que abrió pero que ahora cierra las aguas. El mismo barco que me llevó será el que me traiga a vos de nuevo, hecho palabras, mimos.*

*Todo será todo, fluido y bello. Tuyo,*

*Papi*

- Desde la carretera de Burgos, camino a visitar a mi amiga escandinava, haciendo dedo pasé por Nîmes, donde ya se había instalado Daniel, otro amigo del barco, en casa de su abuela... Creo que el padre de Daniel era clérigo de alguna iglesia protestante en Buenos Aires...

- ¿Se quedó en Nîmes?

- Tuve razones de peso. Paseando por aquella hermosa ciudad -Nîmes tiene ruinas romanas, unos enormes y laberínticos baños donde nos refrescábamos y un circo romano, *les arennes*, donde un día me maravillaron los *Globbe Trotters*- Daniel y yo conocimos, en una puerta de calle, a dos exquisitas hermanas *autóctonas*, Suzanne, de veinte, y Christine, de diecisiete, que aguardaban la llegada del inquilino de esa casa, quien resultó ser, primero, argentino, luego rosarino y, por último, novio 'a la distancia' de una prima de Alba...

- ¿Cuál?

- La que me despidió en el puerto. Su nombre era -o es- Adolfo...

-Gran coincidencia...

-Días más tarde, Adolfo, Daniel y yo conocimos a una profesora parisina que acompañaba a un grupo de colegialas -realmente niñas, de catorce o quince años - en excursión fuera de París. La *profesora* nos llevó hasta el albergue donde se alojaban, nos hizo entrar al dormitorio colectivo, despertó a tres hermosas y aún, creo, inocentes -aunque desenvueltas- estudiantes, quienes, delante nuestro, vistieron su semidesnudez nocturna... y nos propuso que fuéramos todos a casa de Adolfo para pasar 'momentos agradables'.

- ¿Y ustedes?

- Fuimos, pusimos música y, semiparalizados, vimos cómo las chiquillas sensualmente bailaban y se insinuaban, pero no sé decirle si dándose cabal cuenta de lo que estaba sucediendo, bajo la mirada sonriente y complaciente de la tutora.

- Mucho se ha hablado del liberalismo francés...

-No supimos nunca si esas chicas ya estaban, o no, iniciadas. Se ofrecían abierta y cándidamente. Pero no pudimos. Reconocimos entre los tres que eran unos manjares, pero no pudimos. Nos avergonzamos, las hicimos volver a su residencia... Luego, Adolfo estuvo con la *entregadora*, quizá pasando un grato momento... La circunstancia había sido en extremo excitante, casi irresistible. Sin embargo, nunca me he arrepentido de mi comportamiento.

- ¿Y qué pasó con las dos hermanitas?

- Adolfo se emparejó con Suzanne, y yo con Christine, quien pese a tener pocos años más que las colegialas y yo ser su *première fois* no me hizo remorder la conciencia. Por esas fechas me fui a hacer la vendimia, cerca de allí. El dueño de los viñedos me dejó alojar en un antiguo establo de madera de dos pisos: abajo, antes dormían los animales y ahora se guardaban las máquinas, y arriba, aún con montones de alfalfa seca, sobre una colchoneta dormía yo. Me despertaba él mismo a las seis y media de la mañana cuando iba a preparar las herramientas. Su mujer, dentro de la casa, me obsequiaba con un buen tazón de café con leche y media *baguette*, mientras iban llegando los otros vendimiadores. Eramos cinco o seis que subíamos al tractor, conducido por el dueño, o al acoplado -donde descargábamos los racimos- e íbamos hasta el lugar donde habíamos

dejado el día anterior. Temprano por la mañana hacía mucho frío, al mediodía, cuando parábamos para comer, bastante calor. Cuando terminaba la jornada, a las siete y media de la tarde, refrescaba bastante. Manifesté al matrimonio mi deseo de ducharme cada día al anochecer. Tenía mis motivos: haberlo hecho así toda mi vida, quedar muy transpirado y sucio después de trabajo tan rudo... y recibir diariamente la visita de Christine, que se quedaba conmigo hasta la entrada la noche.

- ¿Le permitieron entonces bañarse?

- Mostraron su extrañeza, alegando que otros sólo lo hacían una vez por semana, pero condescendientes me dejaron duchar a diario en el baño del personal doméstico. Luego, en un pajar donde los ratones no amilanaron nuestro ánimo, pasé con Christine espléndidos anocheceres de mutuo aprendizaje y enseñanza...

- ¿La volvió a ver?

- No, pero después de varios años, en una exhibición de gimnasia deportiva en Rosario, con gran alegría encontré a Suzanne, que visitaba a Adolfo ya en calidad de amigos. Y me conminó a hacer el amor con ella para saber -según me explicó- por qué su hermana había quedado tan *colgada* conmigo. Algo incómodo acepté, pero era evidente la falta de motivación adecuada: "No era para tanto", me dijo Suzanne, "no puedo entender tanto amor de mi hermana". Sonreí. Pero yo no dejé de recordar a Christine.

- ¿Muchas veces ha hecho el amor tan *familiarmente*?

- En mi vida, dos veces estuve con dos hermanas, esa vez con las francesitas, y la otra con rosarinas, de las cuales fue la menor quien actuó, creo, por igual motivo y con similar resultado que Suzanne.

- ¿Por qué dejó a Christine?

- A Christine la dejé porque yo tenía que seguir mi camino, no porque no fuera absolutamente feliz con ella; yo debía seguir, era algo natural e incontrolable, había salido a conocer mundo y a todas las mujeres que se me pusieran delante...

- De diecisiete, en adelante. ¿Y dígame, Zuasnabar, además de orgasmos le sucedieron otras

cosas?

- Por supuesto. Haciendo autostop hacia París, a la altura de Chateareaux, a un inglés y a mí nos levantó un camionero francés que, más adelante, se detuvo a cargar gasoil y, después de otros kilómetros, estacionó en el *parking* de un restaurante para descansar, indicándonos que si queríamos podíamos comer y beber algo, mientras él dormía dentro del camión -marca *Sabien* y de color azul, no lo olvidaré nunca -. Antes de bajar, le pregunté si no comería o bebería algo: "¿Tu ne va prender rien?". No me contestó. Mi traducción al francés de '¿tú no vas a tomar nada?' fue fatal e introductoria, inductora, del robo. Dentro del restaurante, el inglés y yo, que no nos conocíamos, cambiamos comentarios circunstanciales por aproximadamente hora y media, hasta que decidimos volver al camión, en cuya caja trasera el conductor había guardado nuestras dos mochilas. En la mía, llevaba el saco de dormir de aluminio térmico que acababa de comprar en Andorra...

- ¿Aluminio térmico?

- Algo así, muy novedoso a fines de los setenta. Ocupaba poco lugar -menos que los de plumas- y decían que regulaba mejor el calor... según la temperatura del cuerpo, pero no puedo asegurarlo: lo tuve pocos días. Era de color azul eléctrico por fuera y naranja por dentro...

- ¿Qué más se llevó?

- Anteojos. También en Andorra había comprado unas clásicas gafas de sol *Ray Ban*, tipo piloto militar, las cuales, muy fachas, me hacían entrar, como tantas cosas más, en contradicción. Más tarde, Teresa -mi novia mulata- me las reemplazó por otras que me trajo de Ceuta, con marco de pasta. En la mochila llevaba sólo parte de la ropa con la que me había ido a Europa. El resto lo había dejado en Barcelona, porque no podía acarrear con todo y por ser cosas poco prácticas, como el traje. En la mochila llevaba muchas fotos de Sole que Juan nos había hecho y, sumamente importante, una *cassette* que grabé en la casa de sus abuelos maternos, escondiendo el grabador detrás de unos almohadones para que Sole hablara sin distracciones. Por mi aún supina inexperiencia, entre la ropa, dentro de la mochila, llevaba todo mi capital monetario: cuatrocientos cincuenta dólares. En el bolsillo del vaquero que tenía puesto sólo llevaba *pocket*

*money* y ningún documento...

- También guardados en la mochila...

- Sí. Una aberración que aún no acabo de entender, ya que recuerdo que al salir de Argentina había querido conseguir uno de esos bolsitos -como el que Chino me regalaría luego, hecho artesanalmente en cuero- que se cuelgan del cuello o se atan en la cintura por debajo de la ropa y donde, al menos, se debe guardar el pasaporte y algo de *pasta*...

- ¿Y entonces?

- No encontramos el camión en la playa de estacionamiento. Tampoco en la gasolinera. Nos costó un buen rato de comentarios y silencios convencernos de que, el camionero, tan sencillamente, había arriado con todas nuestras cosas.

- Los dejó, como diría San Martín, en pelotas... pero por hacer *autostop*.

- Eran años en los que hacer dedo estaba bien visto, aceptado con alegría: chicas solas, o de a dos, lo hacían a través del mundo sin más consecuencias que las que ellas mismas deseaban, salvo escasas excepciones comparadas con la cantidad de autostopistas. No como ahora, que nadie se anima a subir a un desconocido.

- De hecho, ahora casi no se ven mochileros.

- Por otra parte, si existía algún resquemor, era más por parte de los conductores hacia nosotros, los hippies, a veces de estafalaria pinta...

- Melenudos o barbudos, con camisolas y pulseras indias y, en general, con un *porro* entre el pulgar y el índice...

- Bueno, Penélope, ese era el estereotipo... Pero paraban igual, hombres y mujeres de negocios, con corbata y trajes Chanel, con sus niños atrás, entre costosos artículos de viaje. Para ambas partes, el mutuamente respetado y curioso modo de vida del otro era lo agradable y pintoresco del viaje compartido.

- Sería mucho más infrecuente que fuera el conductor el atracador de los casi indigentes viandantes...

- Pero ese fue nuestro caso. El inglés, que había bajado del camión con dinero y documentos,

desestimó todo otro procedimiento que no fuera seguir viaje a su tierra, con lo puesto.

- ¿Y usted?

- Estuve confuso y desorientado por un buen rato, sin comentarle a nadie lo ocurrido. Pensaba los hechos y calculaba sus devastadoras consecuencias: no podría seguir a París ni a ningún otro punto más hacia el norte de donde estaba. Debía batirme en retirada hacia el sur, tramitar un pase consular y regresar a España, buscar refugio y comida en casa de Chino y Mónica, a quienes ya imaginaba -cariñosa y zumbonamente- llamándome *huevo* o *boludito*. Pero de a poco fui cambiando la parálisis que en un principio me atenazaba por una relajada entrega a mi desafortunado devenir. Pregunté en el restaurante, de emblema *Routiers* -frecuentado por camioneros- si conocían a algún *chauffeur d'un Sabien bleu* -la frase sería repetida hasta la saciedad-. Lógicamente me dijeron que a muchos y a ninguno, ya que el *mío* no había entrado a comer. Un francés joven, precursor de los *yuppies* y en esos momentos en pleno estado de ocio -casi de aburrimiento-, me escuchó y se ofreció dinámicamente a ayudarme. Le dije que el ladrón se había detenido para repostar, y que le había visto pagar con tarjeta y hablar con cierta familiaridad con el empleado.

-El hombre había cometido errores...

-Ese fue el primero. Pero yo ignoraba dónde quedaba la gasolinera, no viajábamos por autopista sino por carreteras comarcales y nocturnamente. El circunstancial francés, metido a inspector Clousseau, iba al mando de un muy confortable Renault 16, con el que empezamos a recorrer las inmediaciones. Luego de un cruce de carreteras reconocí la estación de servicio y al encargado, quien en un primer momento se negó a dar datos de sus clientes, pero *apremiado* por mi acompañante, quien con seriedad francesa le advirtió que de un ladrón se trataba su cliente, accedió a darnos su nombre: monsieur René Vervaud. Durante meses mi mente repetiría su nombre. Fuimos hasta la comisaría principal de la ciudad de Limoges, donde mi colaborador se despidió. Esa noche trabé amistad con varios policías, quienes me dieron de comer y me hicieron dormir en el calabozo, dejando la puerta abierta. Al día siguiente me instalaron en una residencia para indigentes, pero francesa y recién construida, que es como decir, acá en Argentina, un hotel

tres estrellas. Vervaud era de los alrededores de Limoges, la policía ya lo conocía. Lo ubicaron cerca del puerto de Le Havre, pero no lo detuvieron. Lo interrogaron, pero las leyes francesas prohíben detener a nadie sin pruebas...

- Es lo correcto...

- Claro. Quedé hospedado en la residencia de indigentes, esperando novedades. Al fin, la policía me vino a buscar para ir a la casa del ladrón. No estaba, pero sí su mujer, que a manera de saludo preguntó -en francés- 'y ahora ¿qué ha hecho mi marido?'. Los policías le dijeron que no podían asegurarle nada pero que le pedían permiso para inspeccionar la casa. La mujer accedió. Entraron, a mí no me lo permitieron, pero ya antes me habían preguntado qué debían buscar. Esperé afuera y vi el famoso *Sabien bleu* detrás de la casa. Cuando salieron se los señalé. También lo revisaron, sin suerte. Luego fueron hasta el coche particular y, en la baulera, encontraron la cámara de fotos del inglés. Me dijeron que, cuando llegara Vervaud, lo interrogarían acerca de ella, y que yo dijera que era mía, no del inglés, 'para estudiar su reacción'.

-Ese fue su segundo error: dejar ahí la cámara...

-Cuando Vervaud llegó le hicieron abrir el baúl y yo señalé la cámara diciendo que era mía, tal como me habían instruido. Los policías lo miraron: 'La compré en Marsella', dijo con seguridad. '¿La factura?', le replicaron los policías. '¿Acaso ustedes guardan las facturas de lo que compran?'...

-Se defendió con solvencia.

-Igualmente le dijeron que tendría que acompañarlos a la Jefatura. En el coche empezó a quebrarse. Llegados a la Jefatura, fue introducido al despacho del jefe: no habrá estado ni cinco minutos cuando salió un oficial para decirme que monsieur Vervaud había confesado.

- ¿Usted cree que lo *apretaron*?

- Muchos de los métodos ilegales para obtener información utilizados por el Proceso en Argentina fueron copiados de la represión francesa en Argelia, pero en el caso de Vervaud no me pareció así: más bien creo que entre ellos ya se conocían y llegaron a algún tipo de arreglo, quizás ya rutinario: todo fue muy rápido.

- Cuando llegué a Amsterdam, hice lo que sabía que no se debía hacer: tomar una habitación al



primero que la ofrecía, entre tantos que lo hacen en todas las estaciones de trenes del mundo. Fue un holandés realmente enorme y rubio que me hizo caer en la tentación por cinco florines por día, precio muy por debajo de lo normal. Luego de pactado fui a pasear por la ciudad, incluyendo en el circuito los escaparates donde las prostitutas se muestran sobre una cama y que, cuando captan a un cliente, corren una cortina que las separa momentáneamente del público..

-Algo muy turístico...

-En eso estaba cuando se me acercaron tres rosarinos, que me reconocieron pero no yo a ellos, con los que seguí paseando y que me dejaron la dirección donde se hospedaban. Era tarde y nevaba al llegar a mi supuesto hotel, que realmente era un gran galpón de dos pisos bien calefaccionados, con baño, cocina y sauna. Cada piso tendría unas cuarenta camas y se parecía a un barracón militar, o a una enorme habitación colectiva de los tan simpáticos, baratos y especialmente seguros Albergues de la Juventud. Pero aquí, al llegar, no encontré más que un alma, de aspecto torturada en su completo mutismo y que al rato desapareció. El enorme holandés de la estación no estaba, pero yo ya le había pagado los cinco florines por la cama y otros cinco por el casillero donde guardar la mochila. Por su parte, él ya me había dado la llave del *hotel*. Por lo tanto, cansado, me fui a dormir...

-Tenía todas las camas para elegir...

-La soledad era inmensa, pero uno estaba en esa época de irresponsabilidad desafiante y confiada a la vez, con ese romanticismo que hace pensar que nada malo va a ocurrir... Guardé la mochila en la taquilla de planta baja y elegí una de las camas de arriba, por el centro y a la izquierda, según se entraba. Me saqué todos los abrigos hasta quedarme con una camiseta, calzoncillos y calcetines, y me puse a dormir. Dormido estaba cuando algo me hizo despertar. El holandés bestial -calculo sin exageración que uno de sus brazos era como una de mis piernas - estaba sentado en mi cama y apoyando una mano en una de mis piernas...

- ¡No..!

- Sí, ¿de qué se sonríe?, no le veo la gracia -y le aclaro que fue por encima de las mantas. Pegué un salto y me senté en la cama. El tipo susurraba: "un petit peu".

- No había que ser muy sabio o experimentado para darse cuenta de que era un homosexual...
- Del tamaño de Obelix. Lo que no tendría mucho de malo, Penélope, pero éste además era irrespetuosamente activo-agresivo con gente que nada quería saber de sus cosas... En un flash mental comprendí la razón de la amargura del que había visto irse, y por qué, tan calculada, la total ausencia de otros pasajeros en el *hotel*. Controlé mis nervios todo lo que pude, también mis movimientos -me quedé quieto-, para no provocar una reacción violenta de su parte...
- De resultados imprevisibles...
- No tanto: pensé que me podía inmovilizar, violar, matar y hacer desaparecer en un santiamén. Maldije mi pacifismo, eché en falta un cuchillo aserrado de caza o un trabuco de, por lo menos, 9 mm para parar a semejante animal. En un insospechado perfecto francés le expliqué, pausado, que yo respetaba su forma de ser -incluso que tenía amigos como él-, pero que yo no era así y que, por lo tanto, respetara mis principios como yo respetaba los suyos.
- Todo un señor, amplio de criterio, usted. ¿Y el holandés?
- No muy convencido de dejarme en paz se levantó y se acostó en la cama de al lado, y empezó a masturbarse. El enorme mamífero estaba muy cerca y muy atento para que yo intentara correr. Preferí hacer como si con lo dicho hubiera sido suficiente, y simulé dormir o intentar dormirme nuevamente, con un brazo cruzado sobre la cara, que semiocultaba a mis ojos, que no dejaban de vigilar.
- Siga, siga...
- Pensé que si acababa de masturbarse se tranquilizaría, pero también pensé que si se levantaba de nuevo contra mí, yo vendería cara mi vida...
- O lo que fuera, ¿no?
- Mi vida. Sucedió lo último: se cansó de masturbarse infructuosamente, se levantó por el otro lado de la cama y se dirigió hacia mí. En menos de un segundo, estoy seguro, me saqué de encima la sábana y las mantas, me puse de pie sobre la cama, salté al suelo y adopté la postura de boxeador o *karateka* que se ve en las películas y, ya con mis nervios desatados, comencé a gritarle insultos en el argentino más *macarra* que me salía del alma...

- No me diga que lo asustó...

- Estoy seguro que sí, en el sentido de comprender que me dejaba en paz o tendría que cargar con una muerte, incluso, en el sentido de que yo lo podía matar a él... Así he andado media vida por todo el mundo, Penélope: sin llegar a las manos por avisar que, de llegar a ellas, uno iba necesariamente al cajón, sin importarme cuál... El holandés caminaba en semicírculos a mi alrededor diciendo: "Tu est un petit mechant". Y yo le contestaba, todo en argentino y a los gritos, que sí que lo era y que lo iba a matar. Creo que comprendió que no tenía mas remedio que liquidarme o dejarme ir...

- Y optó por lo segundo...

- Sí, por eso estamos charlando. Me vestí sin dejar de mirarlo...

- Estoy segura que con tal aspecto de loco energúmeno decidido a todo que el holandés no se le acercó.

-La situación, aunque no real, pareció entonces al revés: él estaba expectante y yo, mientras velozmente me vestía, lo miraba como acechándolo. Yo sabía que si perdía esa pulseada, si no mantenía esa mirada y esa actitud, él pasaría a la ofensiva nuevamente. Así que, aunque no más tranquilo pero si ya decidido, no dejé de mostrarme capaz de todo...

- ¿Realmente lo estaba?

- Sí, como siempre en casos extremos. Bajé por las escaleras hacia las taquillas y la puerta de salida. El holandés me seguía a cierta distancia, que yo no le dejaba acortar haciendo ademán de detenerme y enfrentarlo, abriendo los ojos con más odio y locura *kamikaze*...

- No me quiera asustar, Zuasnabar...

- Sólo le cuento. Saqué la mochila, abrí la puerta de calle y, con un pie ya afuera, me envalentoné aún más y le dije que me devolviera los diez florines. Alegó no sé qué del uso de la taquilla, y me extendió un billete de cinco, que yo le arrebaté de un certero y veloz zarpazo. Salté al exterior, gané la nevada calle y caminé hasta el centro, donde, pese a ser de madrugada, por fortuna había gente. Yo necesitaba ver gente. De todas maneras, no eran horas para caerme por el hotel de los rosarinos. Estaba agotado. Entré en una cabina de teléfono...

- Llamó a la policía...

- No, me quedé sentado ahí hasta la mañana. Casi me congeló. Entonces sí fui al hotel -al verdadero hotel- y desayuné con mis conciudadanos sin hacer comentario alguno.

- ¿Por qué?

- Porque ya no hacía falta. Por la noche fuimos a la discoteca Paradiso, donde observamos toda la parafernalia de las drogas desplegada en Holanda. Unos días más tarde , Amsterdam, al menos *mi* Amsterdam, no daba para más. Partí hacia Alemania...

- En Alemania encontré surrealista cruzar de Berlín capitalista a la comunista en *subte*, pero esas son otras historias...

- Cuente, cuente...

-Ahora no le puedo contar *todas* las historias, Penélope. He estado fuera de Argentina por muchos años y en más de treinta países, donde he conocido sensaciones de muy diversa índole...

- Bien, ¿y de Berlín?

- De ahí me dirigí a Hamburgo, con muchas ganas ya de llegar a Dinamarca, a los brazos de Elizabeth.

- Al llegar a Copenhague telefoneé a Elizabeth para que me indicara de qué manera llegar hasta su pueblo. Nuestra alegría al sentirnos tan cerca de nuevo, después de la inolvidable travesía que juntos hicimos del océano Atlántico a bordo del Guglielmo Marconi, casi un año atrás, era indescriptible. Tomé un tren de cercanías que me llevó hasta la estación donde mi rubia vikinga me esperaba con un típico gamulán que había comprado en la Patagonia... yo llegaba casi a fin de año, pleno invierno nórdico. Elizabeth me esperaba a la intemperie, sola en el andén, ya era de noche. Fuimos directamente a su casa, mejor dicho a la casa de sus padres, con quienes ella vivía...

- ¿Tenía hermanos?

- Uno, Karsten, que vivía en otra casa, con su pareja *lute*. Años más tarde me enteré que se habían separado y que Eduard, el padre, había muerto..., siempre me pregunto si seguirá viva la gente que he conocido en mis viajes y, de ser así, qué habrá sido de ellos. Siempre fantaseo volver

a encontrarlos -a Eduard ya desgraciadamente no -...

-Reunirme con todos...

-Sí, pero mi pensamiento sólo puede hacerlo con las fisonomías y convicciones de aquellas épocas, y viendo todos los cambios que los años han operado en mí, también suelo pensar que quizás sea mejor dejarlo así: ya sólo en esos imborrables y fascinantes recuerdos... Con Virginia por ejemplo, una hermosísima persona, una italiana de unos veinte años en aquel tiempo que viví en Londres...

- ¿Cuánto tiempo vivió en Inglaterra?

- Unos siete meses...

- ¿Unos siete meses? ¿Y no me va a contar sobre eso?

- Es lo que estoy haciendo. Recuerdo a Virginia, además de preciosa como mujer, como una persona sana, buena, bien educada, con buenos sentimientos y alegre....

- Muy humana...

- *Demasiado* humana, Penélope, como yo: quedó embarazada de mí, cuando su novio la esperaba en Italia. Desde Roma me escribió a Londres contándome que su abuela la acompañaría a abortar, que nadie más se enteraría... Luego se casó. Ya tiene hijos grandes...

- ¿Cómo lo sabe?

- Porque siempre, cada tanto, nos escribimos o nos hablamos por teléfono, pero desde hace más de veinte años que no nos vemos...

- ¿Se han mandado fotos?

- No, qué graciosa...

- ¿Por qué?

- Porque, como me dijo Virginia la última vez por teléfono, 'no podemos recuperar el tiempo perdido'.

- Estaba entrando a casa de Elizabeth...

- Sí. Ahí esperaba una amiga de Eli que, después de verme, discretamente se marchó. Los padres habían ido al teatro, en Copenhague. Ingeborg y Eduard eran profesores universitarios que cuando yo llegué estaban gozando de un año sabático. Elizabeth me ofreció comer algo, luego me mostró

su habitación, la que dijo sería de ambos y me ofreció darme un baño, diciéndome que luego lo tomaría ella. Yo me horroricé ante la idea de que sus padres regresaran del teatro y me encontraran durmiendo con su hijita de 19 años. Se lo dije: *Elizabeth, yo entiendo que seas muy avanzada pero también entendeme vos a mí -viviste en Argentina- , respetame mi cultura latina - retrógrada si querés-, pero, aunque sea por esta primera noche, hasta que conozca a tus papás, dejame dormir en otra habitación: ¿tenés un cuarto de huéspedes? "Sí", me dijo ella, y me lo mostró, pero diciéndome que no habría problemas, que podíamos dormir juntos, que a sus padres no les parecería mal. Yo insistí. Fui a bañarme y luego me acosté en la habitación de huéspedes. Elizabeth entonces se fue a bañar. Luego, cuando yo ya estaba acostado analizando los hechos, Elizabeth entró envuelta en una toalla y se sentó a mi lado...*

- Con todas las intenciones...

- Obviamente. En esos precisos momentos escuchamos que se abría la puerta de calle y ella dijo alegre: ¡son mis padres!. Le pedí, aterrorizado, que se fuera...

- ¿Y lo hizo?

- Sí, pero salió gritando "¡fatti, mutti! -papi, mami-, ¡llegó Horacio!". Yo me tapé hasta la nariz y creo haber invocado a Dios para que me salvara. Elizabeth volvió a entrar acompañada por Eduard e Ingeborg, quienes con una sonrisa de oreja a oreja me observaban como al salvaje sudamericano que la hija les había prometido...

-Fascinante...

-En español le dije a Eli que les pidiera a sus padres que nos esperaran en el living hasta que yo me vistiera. "¡No!", exclamaron ambos, 'quédense durmiendo que ya mañana charlaremos', me tradujo la niña.

-¿Y así fue?

-Ellos se retiraron y Eli se quedó conmigo...

-No hace falta decirme haciendo qué...

-Por la mañana, a través del pasillo, desde el baño yo observaba a Eduard e Ingeborg en la cocina comedor ya sentados para desayunar y no sabía cómo presentarme. Hasta que me animé, caminé

hacia ellos, quienes me recibieron con la misma cordialidad con la que me habían saludado la noche anterior. Me senté, desayunamos y nos empezamos a conocer. Desde ese momento fuimos cada vez más amigos. Cada día charlábamos largas horas sobre todos los temas posibles, especialmente cuando Elizabeth se iba a la facultad. Nos sentábamos a almorzar poco después de que amaneciera y terminábamos nuestra tertulia cuando ya anochece, porque los días de invierno escandinavos son muy cortos. Yo veía levantarse apenas al sol, recorrer un semicírculo bajo y volverse a esconder.

-¿Y en verano?

-No estuve allí en verano, pero me contaron que era exactamente lo contrario, que amanecía muy temprano y anochece casi sobre la medianoche... Eduard, no sé con qué sentimientos, solía repetirme -en inglés, nuestro idioma comunicacional-: "No sabés Horacio cuántos hombres ha tenido Elizabeth". A lo que yo no sabía qué contestarle... Para Navidad les vi armar un hermosísimo árbol, sobre un pino de verdad que los escandinavos cultivan ex profeso, con velitas también de verdad, que encendíamos diariamente, y muchos y bellos adornos. Mi regalo navideño por parte de Elizabeth fue un típico pulóver danés suyo, holgado, de gruesa lana, a rayas de colores natural y gris, que aún uso. Eduard e Ingeborg nos regalaron sábanas para la cama y, con mucho respeto, nos dijeron que les hacía mucha ilusión vernos debajo de ellas, por lo que Eli y yo esa noche las pusimos, nos acostamos y los llamamos: entraron felices y dieron exclamaciones de alegría mientras nos decían que quedábamos *preciosos*...

-Usted habrá creído que alucinaba...

-Creo que no me puse colorado, porque los iba entendiendo y, sobre todo, queriendo, así como son ellos, tan amables... Un día, que paseábamos en el Volvo familiar por Copenhague, me señalaron a la reina de Dinamarca, que entraba a hacer compras como una ciudadana más a un supermercado, y yo les dije que la quería saludar. Los Odgarsen me dijeron que no habría problemas pero me preguntaron qué le diría. Me sentí imbécil y desistí de mi intención... Otra vez, me llevaron a una *sauna*. Primero estuvimos a 80 grados y luego nos metimos bajo las duchas de agua helada...

-¿Y no le dio un infarto?

-Al contrario, desde ese entonces conservo la costumbre, tanto en verano como en invierno, de bañarme primero con agua bien caliente para luego hacerlo con agua fría: como ellos lo considero muy saludable.

-¿Y qué hacía para ganarse la vida?

-Di clases en una escuela para adultos, en la que después de hora extendía sobre el escritorio un tapete azul de terciopelo...

-El de las Ramblas de Barcelona...

-Como ese, pero nuevo, sobre el que exponía las artesanías que me mandaban de España... Al principio me negué a hacerlo, por considerarlo poco ético, pero la directora de la escuela me convenció de que 'no tenía nada de malo, sino todo lo contrario'... En una de esas clases, se me acercó una alumna, encantadora abuela *anderseniana*, y me preguntó si no me molestaba que ella le diera mi teléfono -el de Elizabeth- a su nieta, porque yo le resultaba muy simpático...

-La idea le habrá entusiasmado muchísimo...

-Pero supe mantener la calma. La nieta en cuestión, Mette, me llamó y me dijo que no le hiciera caso a su abuela, que yo no tenía ningún compromiso en conocerla pero que de todas maneras, si yo quería, me invitaba a cenar a *La guitarra* -un típico restaurante español de Copenhague. Antes de acceder consulté con Elizabeth, quien me aconsejó que aceptara pero que no le dijera nada a Ingeborg y Eduard, porque Mette seguramente después me haría el amor...

-¿Así nomás?

-Sí. Me pidió que les dijera que esa noche me quedaría durmiendo en casa de unos amigos chilenos que teníamos en la capital. Yo le avisé a Elizabeth que no tenía por qué ser *tan* así, que ni Mette me conocía ni yo tampoco a ella y que la cena no tenía por qué terminar en una cama. Pero Elizabeth se limitó a decirme: "yo conozco a mis compatriotas", y me despidió con un beso... Dicho y hecho, Mette me llevó a cenar, luego a su casa y, por la mañana, me despidió, para siempre, en la estación donde yo tomé el tren para volver al pueblo de los Odgarsen...

-¿Ese hecho no pasó a mayores?



-Ese no. En cambio, otro día, en una fiesta del pueblo, Anette, ese año reina de belleza de la zona, se me acercó tan peligrosamente, ante todo el pueblo, que Eli bebió desesperadamente tanto que la tuve que acompañar a casa...

-Frustrando las intenciones de otra belleza nórdica...

-Y las mías, debo reconocerlo.

-¿En Dinamarca solían deducir su origen?

-Aunque color miel, mis ojos algo achinados, y mi pelo lacio negro me delataban como latino -a veces, como indígena-, fácilmente como francés, español o italiano, sin embargo, en una reunión en casa de los Odgarsen, algunos presentes, invitados a adivinar mi origen, dijeron que yo era esquimal: les era más próxima la idea de Alaska o Groenlandia antes que la lejana Latinoamérica...

Ellos son muy sociables, viven de reunión en reunión. En otra, en casa de amigos de Elizabeth y Karsten, mientras yo orinaba en el baño entró una danesa que, mientras animadamente hablaba conmigo, se bajó la bombacha y se puso a su vez a *hacer pis* en el bidet...

-¿Y usted?

-Yo le seguí la corriente, como si para mí fuera también muy normal... yo fui feliz en Escandinavia, allí sólo conocí gente con mucho valor humano.

- No tenía motivos para irme de Dinamarca pero tampoco para quedarme. Eran tiempos de permanente mudanza, de querer conocer más y distinto. La relación con Elizabeth, como nosotros dos la entendíamos, era de amistad, no de pareja. Sus padres tampoco preguntaron en los meses que estuvimos juntos si planeábamos o no seguir juntos. Quizá alentaban la idea pero se abstenían de comentarla. Anuncié que partiría rumbo a Israel...

- ¿A dedo, desde Dinamarca?

- Sí. Mi intención era pasar por Varsovia y por Moscú, luego por Europa central hasta llegar a Grecia y, de allí, en barco por el mar Egeo hasta algún punto de Israel. Pero me echó atrás el hecho de que en Polonia y Rusia las temperaturas fueran de 20 grados bajo cero, incluso más bajas. Los Odgarsen también me lo desaconsejaron, eran nórdicos e igualmente les parecía muy frío... No llegué entonces a comprobar si se podía hacer autostop en los países comunistas, en

aquel 1978 sin noticias aún de la *Perestroika*...

-¿Y qué hizo?

-Opté por un vuelo Copenhague-Tel Aviv, de la compañía israelí *El-Al*. Pese a mis trabajos circunstanciales, los dos mil dólares con que salí de Argentina -más de un año atrás- se habían casi agotado. El remanente era escaso, sólo un último recurso. Eduard me prestó 300 dólares que prometí devolverle en tres meses, confiado en encontrar rápidamente trabajo remunerado en Jerusalén. Toda la familia fue a despedirme al aeropuerto...

- Viviendo otros momentos de gran emotividad...

-Por supuesto, y que terminaron por desmentirme el tópico de la *frialdad* escandinava: fue todo lo contrario... Después de pasar el primer control, el de pasaporte, efectuado aún por amables autoridades danesas, se sucedieron varios controles más, ya por personal de seguridad judío. Revisaron minuciosamente el contenido de mi bolso, así como el bolso mismo. Me hicieron pasar a una cabina donde me revisó e interrogó un hispanohablante, para mayor comprensión de mis declaraciones y reacciones. Era muy joven y vestía ropa vaquera tan informal que pasaría por cualquier turista sin grandes recursos. Era chileno, de la diáspora judía, según dijo. Me cacheó mientras me hacía preguntas muy concretas, como otras aparentemente muy triviales pero que, en su conjunto, pude ver una programada profesionalidad.. Al terminar la inspección le hice notar que no se había interesado por mis botas de gruesas suelas -se lo comenté risueñamente- y me contestó dándome el nombre y procedencia -Alemania occidental- de mi calzado y, siempre muy serio, terminó diciendo que él 'tenía todo controlado y que yo tuviera una feliz estadía en Israel'. Subí al avión muy impresionado, con relativa tranquilidad...

-Respecto a que no habría bombas ni terroristas a bordo...

-Dejaba uno de los países más adelantados y pacíficos para adentrarme en otro de enormes y chocantes contrastes. Dejaba la *perfección* de una desarrollada sociedad, que vive como en una maqueta, con modélicas casitas, trenecitos y coches en perfecta sincronización y armonía... para, de súbito, en pocas horas, encontrarme rodeado por uno de los mayores *maremagnum* que en mi vida conocí...

-Israel. ¿Y qué hizo allá?

-En el aeropuerto de Tel-Aviv me relacioné con un brasileño, no judío, como yo, con el que fui al Centro de Reclutamiento de Voluntarios para los Kibbutz, cuya dirección afortunadamente él llevaba, porque para vivir en cualquier kibbutz del país primero hay que pasar por ese Centro. De allí distribuyen a los voluntarios. Nelson, así se llama o llamaba, y yo comentamos cierta aprehensión que sentíamos por no ser judíos, y que creímos confirmar cuando nos preguntaron nuestra religión y, acto seguido, nos dijeron que sólo había plazas libres en "zonas de guerra". Nos miramos sin intercambiar palabra alguna, como diciendo "te lo dije"...

-Y que se podía interpretar como la frialdad de Indiana Jones o la de los mercenarios... ¿Y aceptaron?

-Aceptamos los dos: a mí me mandaron al Kibbutz Gonin, en los altos del Golan y a él a otro, en la franja de Gaza. Fue la primera y última vez que lo vi.

-Territorios ocupados...

-Vaya a saber uno por quién: árabes y judíos son todos de por ahí... A los altos del Golan -otrotra Siria-, me fui haciendo *autostop*, vía Jerusalén, donde saludé a David. Crucé zonas desérticas que los israelíes han hecho fértiles, mediante un sistema de riego por medio de tuberías subterráneas con pequeñas perforaciones, que dejan salir el agua gota a gota...

-¿Gota a gota?

-Sí, humedece mejor la tierra y ahorra más agua que el tradicional método por aspersión aérea que, debido a las altas temperaturas de la zona, dejan que el agua se evapore casi antes de tocar tierra, o cuando apenas lo hace, sobre una superficie recalcinada por el sol. Cerca de las costas mediterráneas, Penélope, se cultivan naranjas, famosas por su calidad, igual que las valencianas, se exportan a todo el mundo...

-¿Qué más?

-En los oasis artificiales de riego se siembran cereales y hortalizas. El paisaje cambia radicalmente cuando más al norte uno va, hacia Líbano y Siria, entre ellos los altos del Golan. Después de cruzar al sur tan áridos parajes, pedregosos y con sufridos olivares, allí hay lagos y

exuberante vegetación...

-¿Fue bien recibido en el kibbutz?

-Una uruguaya me mostró todo el kibbutz, y me explicó su funcionamiento...

-Cuénteme, ¿cómo era?

-¿La uruguaya o el kibbutz?

-El kibbutz.

-Los dormitorios para los voluntarios consistían en cabañas de madera alineadas de ocho o diez, elevadas sobre pilotes, con los baños en un extremo y una habitación con heladera y cocina a gas en el otro, para preparar desayunos o pequeñas cosas, ya que existía un amplio comedor, en uno de los edificios construidos con ladrillos, que funcionaba como autoservicio, con una gran cocina contigua donde todos, colonos y voluntarios, por turnos, trabajan. Recuerdo que las comidas, de recetas centroeuropeas, abundaban en yoghurt s y *kefir*... La uruguaya también me indicó dónde debía protegerme en caso de alarma...

-¿Ante un ataque?, ¿dónde?

-En un típico *bunker*, era de estilo casi clásico...

-Hasta en la guerra estuvo usted...

-Sí, hasta en la guerra exterior. Mi vida siempre ha sido una permanente batalla íntima librada entre la paz y la guerra propiamente dicha...

-Ah.

-Bueno -como fuera, Penélope-, en mi estancia en el kibbutz escuché, casi de continuo, el tableteo de ametralladoras y uno que otro cañonazo, pero nunca tuvimos que correr a refugiarnos...

-Todo sea dicho.

-Aunque ahora no lo parezca, fue igualmente muy impresionante. A la mañana siguiente de llegar ya me enviaron a mi puesto de trabajo: de lunes a viernes y sólo 6 horas por día, como todo *volunteer*. El kibbutz Gonim está -o estaba- rodeado de un frondoso bosque de pinos, a orillas del río Jordán...

-Un lindo paisaje...

-Sabe, Penélope... siendo franco, más que el paisaje, de Israel es imborrable por ejemplo el breve recuerdo de una hermosísima chica *militarizada*... de pelo muy largo, lacio, oscuro y brillante, con flequillo... de ojos muy celestes y con pecas... quien, vestida de soldado -eran tiempos de tres años de *mili* para los varones y de dos para las mujeres-, subió al autobús en que yo viajaba, sentado en la segunda fila, detrás del conductor. Ella llevaba su camisa verde muy abierta entre los pechos, libres de *soutien*, y, con mucho desparpajo, con mucha habilidad encajó la ametralladora justo delante mío, en el pasamano del respaldo del asiento delantero... Pagó al conductor - en Israel todos pagan-, dio media vuelta hacia el pasillo, desenclavó con vigor el fusil, se apartó la melena... y se fue a sentar mucho más atrás... Le tengo que confesar que fue una de las pocas veces que no me he atrevido a darme vuelta para mirar a una chica.

-La combinación de tanto sex-appeal y "garra" lo marearon...

-Y paralizaron, pero aún hoy la veo. Recuerdo que ese autobús me estaba llevando a una fiesta que ofrecía un francés, que siempre que le preguntaban su nombre respondía: "object sexuel". Lo primero que vi al entrar a su casa fue un montón de fusiles de pie, apoyados entre sí y contra un ángulo de la habitación. Dentro, jóvenes civiles y militares de ambos sexos desarrollaban, en penumbras, una reunión un tanto orgiástica animada por rock americano y las infaltables canciones melódicas de Leonard Cohen. Me fui temprano y solo...

-Lo esperaba el trabajo.

-Mi trabajo en el kibbutz era muy sencillo: con un hacha, de forma especial, de hoja curvada, yo quitaba la corteza de troncos de pinos recién talados. Eso era todo lo que yo debía hacer. Luego, los troncos, de madera muy blanca y húmeda, eran llevados al interior de la fábrica donde, con unas sierras de hojas también muy específicas, eran cortados en láminas de unos 2 ó 3 mm. de espesor, dejándolos como si de planchas de papel duro o cartón se tratara. Más tarde, esas planchas de madera se cortaban y se redondeaban sus puntas, resultando así... ¡miles de "palitos" de helados!, que se exportaban al mundo entero...

-Muy interesante...

-En Israel todos me llamaban cariñosamente el *goi*...

-¿Goi?

-No-judío, viene a ser. La única discriminación que me hicieron fue no permitirme asistir a las clases de sionismo que impartían a los *taputzim*: chicos de todo el mundo que van a Israel a recolectar frutas -naranjas, generalmente- y a recibir esas clases...

-¿Adoctrinamiento xenófobo?

-No lo puedo asegurar. Era evidente que se trataba de adoctrinamiento racial, que a mí no me debía incumbir, porque manifesté mi interés por asistir, y me lo negaron...

-Confirmó que el racismo no era unilateral...

-Mientras yo fuera un curioso turista de paso todo iba bien pero, por ejemplo, si me interesaba más de un par de días por una misma chica judía ya nos les gustaba mucho...

-¿Por qué fue a Israel?

-A Israel yo fui con un interrogante básico que nadie -ni los más ortodoxos ni los más liberales- supo dilucidarme...

-¿Cuál?

-El por qué siempre los han querido eliminar, *borrar del mapa* literalmente, como pregunté en Massada, meseta cercana al Mar Muerto, donde una familia o tribu judía -unas 800 personas- se aisló, antes de Jesucristo, sin ningún poder real, no como ahora. Pese a ello, Roma mandó algunas centurias expresamente, hasta en ese tiempo tan remoto lugar, para asediar la fortificación...

-¿Y qué pasó?

-¿No vio la película?

-Sé que hay una película que se llama *Massada*, pero no la he visto...

-Yo tampoco.

-Pero usted estuvo allí. Cuénteme.

-Esa gente de Massada, antes de entregarse y que los hombres fueran asesinados y las mujeres y los niños hechos esclavos, cometió el primer gran suicidio colectivo que la Humanidad conoce...

Nadie supo contestarme esta pregunta.

-En todo caso, pregunta apropiada para la baba dialéctica...

-El Mar Muerto les acompaña lúgubre. Más que un mar es una enorme cantera de sal, a medias inundada; pero en él me he divertido intentando, como todo turista, bucear en esa agua tan densamente cargada de sal. Es casi imposible, uno flota hasta levantando pies, cabeza y pecho fuera del agua. Cuando salí del agua me vestí -me bañé, como otros, desnudo- para tomar justo a tiempo el último autobús que me llevaba al Albergue de la Juventud donde paraba. Viajando, con el cálido aire del desierto, me fui secando. Cuando llegué, mi camiseta, que era de color azul, estaba blanca y mi piel pegada a ella por una capa de sal.

He cruzado varias veces, siempre a dedo, todo el *imperio* de Israel, desde el sirio Golan al norte hasta el egipcio desierto del Sinaí al sur. "¿Quieres escuchar el silencio?", me susurraron en el kibbutz. "Ve a Nueba, sobre el Mar Rojo". La proposición me pareció tan sugerente que no tardé en ir. El primer punto que toqué sobre el Mar Rojo fue Eilat -que es como una Marbella oriental- lleno de veleros y yates costosísimos, en agua absolutamente transparente que permite contemplar espléndidos bancos de corales y cardúmenes multicolores. Más abajo, en pleno desierto está la playa de Nueba donde, efectivamente, sin poner mucho de su parte, usted puede escuchar el silencio. En aquel entonces sólo había un *chiringuito* que vendía lo imprescindible. La gente se quedaba allí durante el día y volvía por la noche a Eilat o a otro punto civilizado. Yo me quedé por la noche, había conocido gente que me dijo que, a la madrugada, los beduinos les llevarían hasta la base del monte Sinaí, es decir donde se dice que Moisés recibió de Dios las Tablas de la Ley. Inmediatamente me apunté: durante el día lo escalaríamos, dormiríamos en su cima y bajaríamos de nuevo al mismo punto de partida, donde los mismos beduinos nos recogerían para devolvernos a Nueba. Para asegurarnos que éstos volvieran a buscarnos al día siguiente, sólo les pagamos la mitad de lo convenido. Mientras atardecía conocí a Anne, francesa de Lyon, con quien escuchamos el silencio y con quien me fui más tarde a dormir, dentro del único saco de dormir que disponíamos, el de ella, pero que, aún siendo de una sola plaza, nos permitió expresarnos muy bien. Más tarde, estábamos escuchando un poco más el silencio y mirando el firmamento cuando un beduino, a ca mello y con su correspondiente cimitarra, comenzó a dar vueltas alrededor

nuestro, diciéndonos cosas absolutamente incomprensibles. Acostados dentro del saco de dormir, el conjunto camello/beduino nos parecía enorme y peligroso. Le preguntamos en todos los idiomas que conocíamos qué quería, pero él contestaba en su idioma árabe beduino, que no conocíamos ni se asemejaba, siquiera, al árabe que normalmente se puede escuchar en las ciudades. Hasta que, después de hacer un silencio en su girar alrededor nuestro dijo: "scorpio". Anne y yo nos miramos...

-Y fue levantarse, vestirse y huir en un santiamén...

-Le agradecemos infinitamente su obra al beduino, y fuimos hasta el chiringuito donde estaban pernoctando los otros ocho de la expedición del día siguiente, en la terraza, al lado del encargado del lugar, quien nos explicó que los escorpiones abundan por el lugar pero que no pasan si tan sólo se hace una línea de piedras alrededor de la tienda o -en nuestro caso- del saco de dormir. Podíamos quedarnos a dormir en la terraza, ya preparada para que 'bichitos' tan molestos no irrumpiesen pero, la luna, ese desierto que cae al mar con suave rugido, ese silencio restante, y especialmente nuestras edades, nuestro ánimo...

-Ese inconsciente hacerse cargo de las irresponsabilidades...

-Nos hicieron volver al mismo lugar. Prolijamente ubicamos las piedras alrededor nuestro y nos pusimos a dormir...

-Obviamente -sino tampoco me contaría esto- amanecieron vivos...

-Muy vivos. A media mañana se presentaron los beduinos en dos desvencijados *jeeps* -pero mejor que en camellos-. Anne prefirió quedarse en la playa. A medio camino al monte Sinaí -tras unas dunas y donde era inimaginable pensar vida humana alguna - divisamos unos toldos donde nuestros guías dejarían unos bidones de agua, a nuestro *turista* entender, turbia, inmunda. Allí nos invitaron a tomar té, para lo cual, el que oficiaba de anfitrión echó un poco del agua que le llevamos dentro de un vaso, metió dos dedos y fregó así su interior. Luego vertió esa misma agua del primer vaso en un segundo y repitió su fregado. Así hizo, con la misma agua, en siete vasos... y luego la tiró.

-En el desierto no hace falta el publicitario "ahorre agua"...



-Al lado de nuestro cónclave, había un bebé desnudo lleno de moscas, especialmente en sus ojos, que todos los expedicionarios espantábamos con horror poco disimulado y sin resultado...

-¿Y el té?

-Cuando los vasos estuvieron servidos nadie se atrevió a rechazarlos. El té francamente no sabía mal... al contrario, estaba bueno. Durante la sobremesa me levanté y me dirigí a un toldo apartado, donde permanecían las mujeres, absolutamente cubiertas, con sólo unas rendijas para poder ver... A mitad de camino, tanto los gritos de los beduinos como los de mis acompañantes me hicieron desistir, y volví. A mi espalda, oí reír a las mujeres. Seguimos camino hasta que llegamos al monasterio de los monjes (¿Dominicos?), al pie del Monte Sinaí, quienes en vez de enterrar a sus muertos guardan sus huesos, desordenadamente, en una habitación, y las calaveras en otra, apiladas -éstas sí- en perfecto orden... Estuvimos paseando un rato por los patios y comiendo frutas que en ellos se encuentran, para luego empezar la ascensión, que nos llevó aproximadamente cuatro horas. Llegamos al anochecer y todos nos dispusimos a dormir. En la cima hay una construcción de piedra, muy simple, que hace las veces de recinto plurirreligioso -al menos cristiano, musulmán y judío- y también de refugio. En el suelo hay -o había- una enorme alfombra y, en uno de sus costados, un lugar para hacer fuego. Empezaba a hacer frío...

-Todos se ubicaron rápidamente sobre la alfombra, con sus sacos de dormir...

-Yo -que no llevaba saco- les miraba de pie. Una linda alemana, al verme, se dirigió a los demás: "¿What about him?", les dijo, y me hicieron un lugar y me acosté también, sin poder conciliar el sueño de tanto frío que sentía... Teníamos decidido levantarnos a las cinco de la mañana, para ver el amanecer que, nos habían dicho, era estupendo contemplar desde allí. A esa hora sonó el reloj despertador de muñeca de un japonés...

-Cómo no...

-Una pareja francesa hizo fuego y nos invitó a todos café. Luego salimos y nos ubicamos estratégicamente sobre las rocas y esperamos la salida del sol. Realmente es grandiosa la inmensidad del desierto, con sus viejas, erosionadas montañas, de formas sensuales... Lucía gris oscuro en la penumbra previa. Luego, a medida que iba iluminando el sol, aún sin dejarse ver del

todo... tornóse gris claro, algo fantasmal...

-Muy poético.

-Al ir haciendo Febo su aparición, el paisaje comenzó a ponerse rojizo, muy rojizo, Penélope, luego naranja, con ciertas zonas azuladas. Cuando se veía enorme toda la esfera del sol, la inmensidad tomó tonalidades del marrón para, al final, ya bien amanecido, quedar en su marrón grisáceo ceniza que ya conocíamos del día anterior... Estuvimos largamente callados, algunos hicieron fotos, otros -como yo- mirábamos trascendentalmente sin hacer otra cosa que dejar pasar el tiempo...

-Contemplando el mismo tiempo...

-Al cabo, de golpe, nos despertamos como por segunda vez y decidimos el descenso, que fue más rápido y entusiasta que la escalada. Abajo nos esperaban los beduinos. Subimos a los jeeps y nos llevaron hasta la mitad del camino, donde -ya habían cobrado al montarnos a los coches- nos abandonaron sin razón aparente, diciendo cosas incomprensibles en todos nuestros idiomas....

-¿Los diez quedaron en medio del desierto?

-Sí, Penélope, sobre un sendero apenas marcado... A las horas, pasó un jeep del ejército israelí allí, con dos oficiales jóvenes, un hombre y una mujer -lindísima-, ambos muy curtidos por el sol y con sus ojos ocultos por *Ray Ban* muy oscuros...

-Como en todas partes...

-Nos preguntaron qué hacíamos allí, les contamos la razón y, arrancando el vehículo, dijo él que 'eso nos pasaba por tratar y confiar con los árabes'. Se fueron como una exhalación, salpicándonos con tierra los ojos. Naturalmente, Penélope, en cada uno de nuestros idiomas y dialectos hicimos comentarios de todo tipo y tono, hasta que pasó otro camión militar que sí nos llevó.

-Mientras yo trabajaba -gratis- en el kibbutz, David me buscaba algún trabajo remunerado en Jerusalén, donde existe un circuito de bares y restaurantes de gente de habla hispana, o italiana, al que acuden muchos en igual situación que la mía. Uno de esos lugares fue *Patus*, un bar de dueños argentinos, en el cual, y en esos días, se producía una vacante. Como *Patus* -si aún existe- es pequeño, mis tareas eran múltiples: desde la cocina hasta las mesas, desde limpiar y cocinar hasta servir. Allí aprendí a hacer panqueques y una variada gama de sandwiches fríos y calientes

que, cuando quiera, Penélope, *le saco*... Muy a menudo entraban turistas argentinos, muy insoportables, soberbios y gritones...

-Como la mayoría de los pampeanos húmedos en el exterior...

-Sí, no solamente los judíos. A éstos me les acercaba diciéndoles: ¿"Ken, bacashá"? -¿Sí, por favor? en hebreo-, que generalmente comprendían ya que todos, al menos, tienen rudimentarios conocimientos de su lenguaje religioso. Yo muy poco más entendía, así que -si seguían en hebreo- les decía que hablaran en francés o inglés. Entonces empezaban a tomarme *a la chacota*: "Este boludazo no entiende un carajo" -por ejemplo- o "Pedile una mina bañada en dulce de leche". ..

-¿Y usted?

-Yo ponía cara de pavo, como si no entendiera nada... y ellos a veces se ensañaban, me miraban a los ojos, como si me estuvieran explicando qué deseaban para comer pero diciendo: "¿Sabés que tenés una cara de pelotudo que no puede ser?"... Mis compañeros de atrás de la barra no podían aguantar estas situaciones que yo provocaba con la aparente frialdad del curioso más aplicado...

-¿Y qué hacían?

-Corrían a la cocina y se desternillaban de risa; yo escuchaba las carcajadas, que un par de veces se me contagiaron en unas risitas que -aunque no me descubrieron- fueron tomadas como un tanto ofensiva... Un detalle: para no ser identificado era indispensable no ponerse el típico cinturón argentino de cuero crudo, trenzado... Ahora ya no tanto, desde que la familia real española fue tapa del "*Hola!*", luciendo todos *nuestro* cinturón...

-Su uso está más generalizado, ya no es ninguna garantía de que su portador sea un papanatas argentino...

-De todas maneras, en cualquier lugar del mundo, sigue siendo fácil reconocer a los húmedos pampeanos, Penélope, sin casi margen de error. Pero no a los provincianos, que logran pasar desapercibidos... Se reconocen las húmedas pampeanas por el mundo, hermosas a veces, siempre sofisticadas y desenfadadas, con sus vaqueros tan ajustados que generalmente les dibujan una cola estupenda pero que también les marca, con dudoso gusto, el pubis, y -al igual que el hombre argentino- con sus *botitas de gamuza*, sus Lacoste, sus Rolex, y sus bronceados...

-Cualquiera sea la estación del año... y manteniendo el cabello sedoso.

-Sus carteras y valijas tan finas, su forma *ida* de mantenerle a uno la mirada...

-Muy altiva...

-Sí, *imponen* cuando pasan. Hasta que hablan...

-Que es cuando ya producen risa, a veces exagerada...

- Ni más ni menos, en el mundo entero.

-Recuerdo un día que no trabajaba en Patus y salí a hacer dedo a cualquier destino. En eso estaba cuando, un poco más adelante, se pusieron a hacer lo mismo dos chicas, ambas rubias turistas, pero una fea, baja y gorda y la otra *increíblemente* bella... Hacían dedo mal, al menos de forma equívoca, ya que, en Israel, si una mujer hace dedo a la casi universal manera de cerrar el puño y revolear el pulgar de adelante hacia atrás, se interpreta como lo que, en Argentina, en una esquina, solicitaría al revolear la cartera y mostrar una pierna...

-¿Los israelíes no saben que así se hace autostop fuera de su país?

-La mayoría, Penélope, como saben los argentinos que en Castilla el verbo coger no es lo que a ellos le sugiere pero, por falta de costumbre, les produce, al menos, hilaridad... Burlonamente - como quien no parece interesado -, les indiqué que para no ser malentendidas debían, con el dedo índice, sólo indicar a los conductores que en ese punto deseaban que se detuvieran, para llevarlas.

-¿Se lo agradecieron?

-Me miraron con odio, achinando los ojos. Me dieron la espalda y siguieron haciéndolo al modo occidental. De tanto en tanto, la linda se daba vuelta para mirarme y la fea -como siempre ocurre- le tironeaba del brazo para que no lo hiciera... Una camioneta nos hizo subir a los tres; resultaron alemanas, la linda se llama -o llamaba- Susan...

-¿La otra?

-No me acuerdo. Seguí bromeando tontamente, porque la gordita no me interesaba y la linda lo era tanto que la consideré inalcanzable: Penélope, me estoy refiriendo a la mujer más bella que recuerdo. Antes de bajarme -sin albergar esperanzas-, les dejé la dirección de David en Jerusalén, donde me hospedaba después de dejar el kibbutz. A los pocos días, al volver de mi trabajo en

Patus, David me abrió la puerta de calle y me hizo un gesto con la cabeza, señalándome el comedor. Me asomé y vi recostada en el sofá la larga, sinuosa y perfecta figura de Susan, quien justificó su presencia alegando que su compañera había partido ya para Alemania y que ella, simplemente, venía *a por mí*... David no daba crédito a sus ya torturados ojos...

-Usted tampoco...

-Susan agregó que quería irse a Tel Aviv conmigo. Le contesté que la idea era brillante pero que yo cumplía horarios y que, por si fuera poco, acababa de girar a Eduard sus trescientos dólares... No fue difícil para Susan convencerme que hablara con mis jefes, como no le hubiera sido difícil convencerme de cualquier otra cosa... Muy superada, Susan dio por finalizada mis disquisiciones explicando en un perfecto inglés que era ella quien invitaba, y me acompañó a Patus. Los dueños no podían creer que un simple *currito*, acompañado de semejante top model, les fuera a decir que 'se tomaba unos días'. "¡No vuelvas más!" me gritaron entre insultos y risas, mirando a Susan fascinados.

-¿Y se fueron a Tel Aviv?

-Cuatro días, a un hotel distinto cada noche, entre los mejores de la ciudad, excepto el Sheraton...

-¿Por qué?

-Porque a Susan le pareció 'excesivo' y a mí no me importó en absoluto. A usted puedo confesarle, Penélope, que Susan era -ojalá lo siga siendo- una gran amante, a quien le cuesta mucho dejar de *hacerlo*... después de rogarme que siguiéramos, y estando en ello, me pedía disculpas por su forma de ser.... Yo, encantado, con deseos de agradecersele, empecé a masajearle la espalda, de la mejor manera que lo sé hacer...

-¿Lo hace bien?

-Más que masajes hago algo instintivo considerando integralmente el cuerpo, el alma y su energía, y que yo relaciono con la digitopuntura. Siempre lo he hecho de forma *amateur*, Penélope, pero casi todas mis *pacientes* me han dicho que me podría ganar la vida haciendo masajes...

-*Ergo*, la chica más linda del mundo quedó satisfecha ...

-Sí, pero ella terminó de fascinarme a mí. Al rato de masajear, muy perturbado con mujer tan

perfecta en mis manos, fue Susan quien me puso de espaldas y me masajearó como nunca antes, ni después, me han masajearado.... Es que Susan, además de ser la mujer más hermosa de mi vida, y la amante más viciosamente sana... es de profesión fisioterapeuta, Penélope. Al cabo, volví a Jerusalén y Susan a Alemania, para nunca más volvernos a ver ni comunicar...

-Y usted, ¿encontró un nuevo trabajo?

-En Patus -Tierra Santa-, me recibieron con un "¡volvieron al trabajo, atorrante!, ¡qué mina te atracaste!..."

-Israel, cuna de al menos tres religiones, no dejó de llenarme de cierto misticismo que yo, agnóstico pero con el afán permanente de vivir cada lugar como si de carne propia se tratase, no traté de evitar. Jerusalén, en sus barrios antiguos, me retrollevó a épocas de Jesucristo, donde las gentes viven casi como en aquellos tiempos. Hay una iglesia en Belén -la basílica de la Natividad- que en el piso tiene una estrella, con un orificio en el centro y que simboliza el lugar donde, dicen, nació Jesús: sabe, Penélope, ante ella me arrodillé y recé por los míos y por mí mismo...

-¿De verdad?

-Un grupo de japoneses me fotografió. Además, en las tiendas de *souvenirs* que pululan alrededor le compré a mi madre un crucifijo que hice bendecir por un cura canadiense de esa iglesia... Mi madre lo guardó hasta que, hace unos años, se le perdió...

-Bueno, siga.

-Una mañana me puse a charlar con un simpático cura franciscano, y se nos acercó un muchacho judío preguntándome *severamente* si yo era judío. Al decirle que no, hizo ademán de no importarle entonces que hablase con un cristiano y, mirando con desprecio al franciscano, dio media vuelta y amagó irse... Indignado, le alcancé y pregunté si había visitado el Museo del Holocausto -de donde la gente sale agotada, agobiada, llorando, hasta con arcadas, después de ver las pruebas de las atrocidades que los alemanes cometieron contra ellos-, y me contestó que sí. Quizá algo turbado, pero igual de soberbio, sin decir nada más, se marchó. Al tiempo lo haría yo, hacia España, vía Portugal.

-En Ibiza, a fines de los setenta, en una espléndida *cala* a la que todavía no le había alcanzado

ninguna carretera asfaltada y cuyo *bus stop* más próximo no lo era mucho, convivimos establemente -algunos durmiendo en sacos de dormir, otros a cielo abierto, desnudos día y noche- quince chicas y quince tipos, más o menos en la misma edad y lo mismo, de diversas nacionalidades, españolas y extranjeras...

-¿Desnudos?

-Sí, pero como si no lo estuviéramos, todos *bien parecidos*, incluyéndome. Yo estaba solo... la chica francesa de la carpa de al lado de la mía era sumamente apetecible, pero había llevado compañero. La niña, mientras tomaba sol, se dedicó a tejer un *crochet* triangular pequeñísimo que, con hilos de la misma lana, luego fijó en su pubis...

-Se vistió...

-Pero le salió mal, el triangulito se le desplazaba por la ingle, y se le notaba que le inquietaba la zona... Dejó ver que reconocía su enojo consigo misma, haciendo pucheros...

-Ah, ¿sí?

-Se levantó, se arrancó el taparrabo -así de fuerte que me impresionó-, caminó delante mío hasta la orilla y lo tiró al mar... Y dando media vuelta, toda de frente volvió altiva, de nuevo totalmente desnuda... De cualquier manera, Elisa, amiga valenciana, me había dejado apaciguado pocos días antes, por lo que yo, a esos quince días en Aguas Blancas me los tomé como los del reposo del guerrero.

-En Mallorca fue donde, definitivamente, perdí la cuenta de la cantidad de mujeres con las que he hecho el amor. Por decirlo finamente, ya que más que *amor* lo de Palma eran campeonatos de sexo. Yo esperaba detrás del mostrador de la recepción del Hotel Playa Palma Nova. Desde las nueve de la noche a las nueve de la mañana quedaba sólo al frente del establecimiento...

-Lo que era una temeridad...

-Tanto del dueño como mía, pero nunca pasó nada. Después de medianoche, me despatarraba en los sillones y miraba tele, o leía, o directamente dormía. Y, aunque a usted le extrañe, Penélope, las extranjeras más bonitas eran las que regresaban solas, sin *ligue*, cada madrugada... Solas y calientes.

-Como cualquiera en vacaciones...

-Ellas me veían y no le daban crédito a sus bellos ojos claros, tomaban con una sonrisa de oreja a oreja la llave que yo les alcanzaba, me pedían que les diera un poco de tiempo para ducharse y que les subiera un *gin-tonic*. A algunas, ni el nombre les llegué a conocer. Con otras, desde la puerta de las habitaciones, yéndome, nos lo decíamos, entre risas.

-Vreni ha sido el amor más grande de mi vida. Quizás con esto ya haya dicho todo porque es un sentimiento que tengo inevitable. Con Vreni ninguno jamás llegó a decir: "no te quiero" o "no te quiero más".

-¿Usted la sigue amando?

-Yo no tengo razón ni sentimiento para no amar a Vreni, aunque no la vea ni la busque nunca más por motivos convincentes. Vreni fue todo, durante seis bellísimos como terribles años. Vreni fue la mamá de Soledad, cada vez que Sole iba a verme. Vreni fue lealtad. Nuestros jóvenes, bellos y atormentados planteamientos nos unieron para siempre en lo más propio, en lo más querido. No es una pena no estar con Vreni; es una de esas pocas cosas, como mi hija y la literatura, que ya me constituye, que están más allá de la ausencia.

*Había una vez, tan lejos como la China o la Tierra del Fuego, un reino encantado que no conocí a nadie en el mundo.*

*Los niños de este bello lugar eran todos hermosamente diferentes: algunos eran altos y otros eran chiquititos, algunos forzudos y otros menuditos, unos morenos y otros de cabellos en muchos otros colores, unos de ojos muy oscuros y otros muy claritos... Parecía como si Dios hubiera juntado a los chicos más lindos del mundo. Al mirarlos, cada uno de los niños y niñas eran muy diferentes y jugaban como a cada uno más le gustaba: solitos o en grupos, sin molestar. No obstante, al mirarlos más de cerca eran, mágicamente, todos iguales: sus cuerpos y sus pensamientos eran buenos y sanos, fuertes y nobles. Rubios, morochos, bajos, gordos, altos y flaquitos eran igualmente buenos, sanos, inteligentes y alegres. Los dolores y las penas no les quitaban nada de su felicidad: tenían grandes sueños e ilusiones que, en este lugar perfecto, tarde o temprano,*



*irremediablemente... se cumplían. Por eso es que todos estos niños eran serenos y simpáticos, llenaban de amor.*

*Los niños de este reino eran invulnerables: muy personales pero tiernos y amigables, sinceros y honrados. Llenos de ganas de vivir bien, de ser cariñosos y queridos -muy queridos por sus papás, hermanos, amigos y por toda la gente- como estos chicos nunca hubo ni habrá sobre la faz del universo.*

*Eran niños sabios. Triunfadores en todo buen propósito y hábiles desenmascaradores de cualquier sentir que no fuera noble, eran niños astutos sin dejar nunca de ser buenos.*

*En resumen, niños y niñas superiores ¡pero nunca porque ellos lo proclamaran!, sino porque los demás lo reconocían, orgullosos de tenerlos cerca, con ellos, muy juntitos...*

*En este reino -increíble si no fuera porque es igual al nuestro - entre todos sus niños se distinguía una niña... muy especial.*

*Esta niña era la princesa más linda y buena que jamás mente alguna había podido imaginar. Se llamaba Vreni. Sus ojos y su mirada eran todo amor y sensibilidad. Con sólo mirar, Vreni mostraba a todos por dónde y cómo caminar mejor. Su luminoso rostro era para el pueblo tan necesario como el mismo sol... Su flequillo era alegría y, su cuerpecito, encantador: sus orejas, su cuello, sus hombros, sus brazos y sus piernas... y unas manos de pianista. Su pecho..., su pancita..., su espalda... eran vibrantes y suaves a la vez. La princesa Vreni era perfecta, genial, a más rebuena.*

*Todos la amaban y la cuidaban porque, dándole besos a sus mejillas, era imposible estar triste.*

*Un día, ya la Princesa tuvo edad para elegir compañero con quien le vinieran las ganas -aún por descubrir- de hacer nuevos niños, sus chicos para el mundo. Por eso, su compañero no podía ser 'cualquiera'. Tenía que ser -por lo menos- tan bueno como era ella. Entonces, seguida por los tres monjes más justos y prudentes del reino (cuya misión era cuidar de Vreni permaneciendo invisibles a su lado) salió la hermosa Princesa a buscar a quien sería su mejor amigo para el resto de la vida. A su primer y único amor de mujer, al compañero eterno. En el camino Vreni tuvo algunos pretendientes, pero no dieron la talla. A ellos, antes que los monjes los ahuyentaran, Vreni ya los había dejado. Recorrió así la Princesa algunos confines del planeta hasta que un día -en que*

estaba de vacaciones en Mallorca - se le acercó Horacio.... Horacio -a su manera- también era un Príncipe que recorría el mundo buscando la felicidad. Y era esencialmente bueno, como Vreni. El también había tenido pretendientes, que tampoco dieron la talla, aunque, milagrosamente, una de ellas le había dado una hija... ¡idéntica a los niños de nuestro reino!, que Horacio llamó Soledad. En Mallorca, Vreni y Horacio tenían que unirse... se tendrían que mirar y reconocer. Ellos estaban como realmente eran, espléndidos, llenos de ilusiones, y vestían maravillosas túnicas blancas e irradiaban toda la luz, el amor y la bondad imaginable. Pero nadie, de toda la gente, se daba cuenta. No veían, aunque quisieran no podían. Sólo ellos dos se veían así. Horacio le habló. Vreni le miró a los ojos. Horacio vio sus ojos (y esa mirada) y se retiró unos momentos para meditar el descubrimiento de Vreni (y para que la Princesa meditara sobre el suyo). Luego volvió y, antes de que los invisibles monjes pudieran dar su eufórica aprobación, Vreni y Horacio iban ya de la mano caminando entre la gente que, a sus pasos, se hacía transparente, como los monjes, desapareciendo todos.

Los dos príncipes iban escuchando la música que sólo ellos escuchaban del otro, empezando a construir -desde la primera y para siempre - las palabras que sólo ellos se podían decir. De repente, muy suavemente, casi sin detenerse se abrazaron y empezaron a besarse dulce, firme, segura y confiadamente. Es que eran Ellos.

Y así se dieron el primer beso de un nunca acabará. Sólo comparable como los que Vreni y Horacio se dan con sus niños, en esta familia única que sólo es posible en nosotros, en nuestros ojos, en nuestras palabras, en nuestra felicidad a salvo de todo...

Y colorín colorado este cuento, tan mágico y tan aquí, no se va a acabar nunca porque lo seguirán nuestros niños, éstos que estarán acá, porque este cuento de príncipes y reinos encantados es la pura realidad, la nuestra, la de verdad, en nosotros, que somos todo.

Hasta mañana, mi amor, que estés siempre bien.

Sobre mi mesa una carpeta de rústica tela naranja, una caja de tissues y, en una panera de mimbre, una pieza entera, y un trozo, de pan casero... Un bolígrafo y un diccionario español - alemán. Una servilleta. Una botella de moscatel y su vaso. 'La Geopolítica del Hambre' -de De

Castro... un papel que yo he arrugado y otro vaso con agua con un clavel que Vreni y yo encontramos camino a casa. Frente a mí, en la pared, un póster de Bracque. A mi lado, un calefactor de dos tubos. Atrás, a la derecha, nuestra cama sin hacer y el radiocassette... También atrás un baúl auténticamente antiguo... La puerta del ropero semiabierto... Y, por todos lados, Vreni. Compañía sin disturbio. Charlamos un rato. Compartimos inquietudes, pero, sobre todo, nuestros ojos... A veces le confieso no entender cómo ella me puede querer. Otras veces, lo mismo dice ella. 'Es que... yo no puedo vivir sin ti', nos decimos al mismo tiempo, pausadamente.

-En mis años mozos...

-Aún está en ellos...

-En sus postrimerías, Penélope. En mis años mozos -le decía-, casi nunca dejaba de salir con una chica sin tener ya otra por lo menos a la vista. A veces se superponían por unos días, o unos meses -creo no haber llegado así a un año -, otras veces dejaba a una, o me dejaba y, ya libre, concretaba ese mismo día con la siguiente. En ocasiones, por orgullo, cuando realmente era yo el despedido, y me lo veía venir, me iba buscando otra y me adelantaba al rechazo manifestándolo primero, provocando discusiones, que solían confundir a la que me rechazaba haciéndole creer, por lo menos, que ella también era repudiada. Este comportamiento, posiblemente cruel, Penélope, no era gratuito ni, mucho menos, necesariamente sádico...

-Era su forma de defenderse contra el dolor que siempre le han producido los abandonos...

-Exacto, se va compenetrando. Angustia que se hacía *becqueriana* si me enteraba que había sido suplantado, en esa soterrada competencia, antes que yo lograba nueva compañera... Viviendo en París con Marie Pierre -compañera por más de un año-, planifiqué una visita a Rosario. Eran tiempos de euforia sexual, por lo tanto, de confusión cultural, educacional. Yo no había sido enseñado para mantener 'relaciones secundarias', al estilo Beauvoir y Sartre, pero, ya creído de poderlo *todo*, se lo propuse a quien tampoco había sido preparada para eso...

-Marie Pierre.

-Le dije: *Yo no te puedo asegurar que en Argentina no me acueste con otra chica, así que tampoco puedo pedirte que vos no hagas el amor durante mi ausencia*. "En una visita a Argentina,

*tirarte* a una compatriota debe ser como comerte un asado, algo obligado", me contestó, meditativa.

-Y se vino para acá, dejándola sola en la Ciudad Luz...

-El día de mi cumpleaños, en Rosario, ansioso esperé su llamada...

-Era natural que la hiciera...

-No llamé. A última hora llamé yo: no estaba. Al día siguiente tampoco, al otro, tampoco. Mi angustia se hizo enorme, pese a hacerme acompañar por alguna gauchita solidaria. Intentaba imaginar posibilidades -enfermedades y hasta muerte- pero las desechaba para darle paso únicamente a la de Marie Pierre con otro...

-Haciendo lo mismo que hacía con usted...

-O más, mi imaginación no tiene límites. Días después Marie Pierre me lo confirmó con relativa tranquilidad. Dormía en casa de otro, con quien 'se llevaba muy bien' pero que, según sus palabras, 'no llegaría a desplazarme'. Le ordené -por teléfono, vía satélite- que lo dejara, que durmiera en nuestra casa, sola, que no lo viera ni una vez más hasta que yo regresara. Alegó que el asunto había sido hablado, que yo se lo había permitido pese a que, cuando yo se lo propuse, no le pareció correcto 'por más que Sartre lo hiciera'.

-¿Y usted qué hizo?

-Colgar el teléfono y aislarme todo el día en el enorme salón principal de la casa grande, a oscuras, contra una esquina, sentado en posición fetal y llorando envuelto en una angustia pocas veces alcanzada, antes y después, hasta hoy. Espero no superarme.

-A la primera chica a quien yo besé en los labios la apodábamos *Miel*. Mi primer beso ocurrió en el ascensor de su casa cuando me despedía para unas vacaciones en Mar del Plata. Con el vértigo que mueve esas primeras veces, Miel y yo nos acercamos. Nos apoyamos suavemente los labios hasta que alguno, o los dos, tembló. Y nos separamos. Sus labios semiabiertos, la sensación de sentirlos en cruz con los míos, un leve calor, la proximidad de todo su cuerpo... fue todo. Al regresar de Mar del Plata no volvimos a vernos... Hubieron en mi vida muchos primeros besos sugerentes, Penélope, como los de Vreni cuando, en la conversación previa, al tocarme el turno del habla, ella

miraba mis labios mientras movía los suyos, como ya besándomelos... En cambio, un beso intrascendental, bastante relajado -pero también memorable-, fue el que me di con una chica que caminaba en dirección opuesta a la mía, por calle Balcarce, frente a mi departamento, que por ese tiempo compartía con Paula y, a veces, con Andrés. Desde lejos nos fuimos mirando, ya próximos nos sostuvimos la mirada y, al llegar uno al otro, sin mediar palabras, nos tomamos de los brazos y nos besamos...

-¿La chica no estaría *trabajando*?

-No, Penélope, era sencillamente una calentona, como yo...

-Y usted quedó loco, así como está.

-Sí, en mi turbación le señalé donde vivía. Tocó el timbre al día siguiente, cuando Paula y yo todavía estábamos en la cama. Me levanté a abrir yo que, por supuesto, no pensé que fuera ella..., quedé atónito. Pero a mis veintipocos años remontaba cualquier situación. Le hice señas indicándole que había alguien dentro. Me miró desilusionada, pero sin decir nada. *¡Hola! ¿venís por los apuntes?, esperá*, le dije. Fui hasta la estantería, agarré cualquier papel, se lo di y le deseé en voz alta: *¡Ojalá te sirvan! ¡devolvéme los cuanto antes!* Me miró moviendo negativamente la cabeza...

-Como quien dice 'cínico canalla'...

-Dijo 'gracias' y chau, se fue. Volví con taquicardia a la cama...

-No le parece triste...

-Todavía hoy no sé si era o no triste, porque sufría tanto como me divertía. Era mi manera de sobrevivir. No sé si quería ser y hacer así, pero no sabía, no supe, hacerlo de otra manera. Eran mis desahogos a mis inmensos dolores, entre ellos la reciente muerte de mi padre y mi divorcio -con la consecuente separación de mi hija- pero, sobre todo, eran escapes a un casi abstracto, pero desesperante, estupor existencial.

*Queridos míos:*

*Quiero expresar a todos los que me amáis la conciencia que de vuestra existencia tengo. Quiero ofrecerles la certeza de que sois reconocidos en y por mí. Quiero mostraros que en el mundo*

*vuestro más profundo hay quien les reconoce y lo evidencia, para acompañar.*

*Quisiera sentir lo mismo de ustedes respecto a mí.*

*Y para ello quiero expresaros, a todos los que amo, la falta de conciencia que de mi existencia siento que tenéis.*

*Quiero mostrarles la duda de que soy reconocido en y por vosotros.*

*Quiero mostraros que en el mundo mío más profundo hay quien no me reconoce y no lo evidencia, para acompañar.*

-A fines de 1984 yo estaba, una vez más, desquiciado, pero en España. El ánimo por el piso, no tenía trabajo y penosamente gastaba lo que restaba de la última beca. Pero, pese a mi estrechez económica, me psicoanalizaba...

-Como buen argentino que recorre esta vida...

-Pero mi psicóloga andaluza Maricarmen, de orientación humanista *-frommiana-*, había llegado a un punto de no retorno donde compatibilizaba mi análisis con el suyo propio y me hablaba de sus antiguos amores e intercambiaba los escritos míos con los poemas suyos que, por cierto, eran muy malos...

-Así no se hace...

-Ciertamente. Yo estaba muy deprimido. Y así lo habré hecho ver cuando fui a la Comisión Española de Ayuda al Refugiado. Inicialmente fui en busca de trabajo, o de cualquier otra ayuda económica alternativa. Pocos días después me citó una psicóloga argentina, Elsa, quien con amable sorna me preguntó, dado mi estado límite, 'si no me daba igual morir en Rosario que en Madrid'...

-Se expresó con claridad...

-Agregó que la CEAR podía gestionarme un ticket de avión y unos dólares para gastos ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Le contesté que no me sentía un refugiado, que, pese a deplorar a los militares argentinos éstos no me habían perseguido -entre otras cosas porque yo no los había enfrentado- y me contestó que la CEAR y el ACNUR no repatriaban sólo ex violentos, que se alegraban cuando repatriaban autoexiliados por motivos

sociales y morales, y... que yo era uno de éstos...

-¿Y con eso?

-Acepté. Las navidades del 84/85 las pasé en Rosario, con Sole, con mi madre, hermanos, tíos, sobrinos y amigos residuales, de siempre, como Rodolfo y, todavía, Isidoro, quienes por ese entonces trabajaban intensamente en la campaña electoral del p artido radical. A mí, con mi extracción radical y entre los candidatos del momento, no me fue intolerable unirme a la campaña, repartiendo varios días propaganda y asistiendo un par de veces al comité. Lo que sí me costó aceptar -desde siempre hasta ahora- fue el culto a la persona que practicaba cada sector con su correspondiente líder. Ese levantar el brazo y corear sus nombres que hacían gentes a mi entender lúcidas y centradas sigue siendo, más que incomprensible, vergonzoso para mí... En Europa yo estuve en grandes manifestaciones políticas, como las legendarias fiestas de los partidos Socialista y Comunista, tanto en Francia como en España, que reunían en los años 70 y 80 a cientos de miles de personas... Poco después de la muerte de Franco estuve en un recital en el Palacio de Deportes de Madrid, donde Luis Llach me puso la piel de gallina cantando «L'estaque», con un público enardecido de esperanzas, que encendía cerillas y mecheros y cantaba algo así como '*si tu estir forte per acá y yo estir forte per allà segur que tomba, tomba, tomba y us pudremos liberar...*', pero en verdadero catalán, se entiende. Yo estuve en manifestaciones que recuerdan las del cine épico -las de *Novecento* de Bertolucci, por ejemplo- muy diferentes al espectáculo de la mera disputa interna entre *punteros* rosarinos. No, Penélope, ya no era, ni mucho menos, el contexto del año 83, con la derrota de la dictadura militar y la esperanza democrática... Me hubiera gustado muchísimo estar, pero en el 83 yo estaba todavía en Madrid. ...

-Muy concentrado... observándose el ombligo.

-Un día de campaña electoral -año 1985-, estaba repartiendo papeletas con Carlos -un circunstancial correligionario- cuando me preguntó en qué trabajaba yo. 'Aún no tengo trabajo, acabo de volver de España' le dije, y él agregó que 'vería qué podía hacer'. Luego supe que era un funcionario de la Universidad. Entré a trabajar en el Rectorado, en Secretaría General, como responsable de Organización y Métodos. Al tiempo me trasladaron como secretario financiero de la

Facultad de Humanidades y Artes... Allí duré, aproximadamente, seis meses. Una de las razones que me llevaron a presentar mi renuncia fue el haberme comprometido a reponer los cristales rotos de las ventanas de la Escuela de Bellas Artes -donde los modelos, desnudos, tiritaban de frío- y a reponer las cuerdas, al menos, de los ya desvencijados instrumentos de la Escuela de Música, pero la superioridad me usó la partida para otros fines, políticos.

-Una persona comprometida con las bellas causas...

-Otra razón fue que, no más entrar, me recibió un funcionario de carrera y candidato a concejal por el mismo radicalismo con un: "vos no te preocupés de nada, yo estoy acostumbrado a que pasen por acá *puestos políticos* como vos. Yo te hago los papeles, vos me los firmás... y ya está, pibe".

-Se la puso fácil...

-'No está nada', le dije, y me fui a pedirle al rector que lo trasladase lejos mío... A los dos días de asumir, la mitad de los funcionarios no docentes pararon todo un día, solidarizándose con el compañero trasladado, mientras la otra mitad me apoyaba y el decano se inquietaba. Terminé renunciando en la creencia que no se justificaba el sueldo de un secretario financiero que no disponía de función ni de dinero para cumplir con su misión...Volvería a Secretaría General, pero el fin de la etapa estaba ya próximo. Renuncié definitivamente en un escrito que argumenta hacerlo *«por la situación del país en general y de la Universidad en particular»* y que Carlos, en el despacho del rector, calificó de «renunciamento histórico». En un exceso debido a mi emotividad -seguramente injustificado-, me hice recordar yo mismo al General San Martín, en Guayaquil... Eso sucedió ya en el 89, en el año de las elecciones que llevaron a Menem a la Presidencia de la Nación...

-¿Votó?

-No. Yo ya me había ido de nuevo a Madrid, con un simbólico y *ad-honorem* decreto del vicerrector, encargado para asuntos internacionales, que me nombraba 'representante de la UNR en Madrid'.

*Horacio se sintió solo. Como a menudo. Acudió entonces a casa de su madre, persona muy activa, por lo que no estaba. Fermina, la muchacha de la casa desde que la señora estaba embarazada*



*exactamente de Horacio -más de treinta años atrás-, le recibió con un beso y un 'cómo estás, amor mío'. 'Bien, Fermi', dijo Horacio, acariciándole la espalda. Fueron juntos hasta la cocina y mientras Fermina se puso a cocinarle un buen pedazo de carne, Horacio se sirvió un vino, se sentó en la mesa y hojeó el diario al mismo tiempo que charlaba con su querida segunda madre, ya que madrina hay una sola, Clarita.*

*Fermina estaba teniendo ya casi a punto carne para más de uno cuando llegó la señora, madre de Horacio.*

*Su madre entró con el esplendor de quien lo ha vivido todo y aún sigue con vida, con buena vida. Se sentó a la mesa del comedor con Horacio. Y Fermina, haciéndose por el momento la muchacha, sirvió toda la comida, hasta el café, ajena y discretamente cómplice. Disimulando todo, pensando con toda probabilidad que ya, más adelante, hablaría con ellos, por separado, los mismos argumentos.*

*Después vino la hora de la siesta, la escritura para uno... Durante la siesta hubo tiempo de reflexiones sobre mamá, Clarita y Fermina. Horas que se me hicieron largas agotándose entre otras que me entretuvieron en planes que me alejaban -de eso no cabe duda- de almuerzos en casa de mamá.*

-Viajar con Aeroflot puede ser toda una experiencia, más fuerte de las que se pueden vivir viajando con Iberia, Aerolíneas Argentinas o cualquier otra empresa...

-¿Aunque no sea afiliada a IATA?

-Aeroflot es rusa, Penélope, y sus aviones no son occidentales *Boeings* de pasajeros sino amplios galpones volantes, en cuyo interior se desarrolla una activa vida social que implica a todos los viajeros entre sí.

-Qué excitante... ¿viajó a Rusia?

-Después de renunciar a la Universidad, en el 89. Conocí un poco Moscú, lo que al recorrido entre el Hotel Internacional donde nos alojaron y el microcentro se refiere, donde están otros hoteles para turistas y, más allá, el Ministerio de Defensa y la Biblioteca Lenin. Todo cerca de la plaza Roja, el Kremlin y la iglesia de San Basilio, lugares que uní a pie, con otros pasajeros del avión. Un

compañero de vuelo -porteño medio hippie-, por la calle *enamorado* instantáneamente a Anna, una rubiecita que a toda costa se quería ir con él. Estuvo en casa de Anna y nos relató que el lugar era infrahumano, muchos y hacinados en pequeñas habitaciones, con cocinas y baños comunitarios, en vetustos edificios *sociales*. Anna nos acompañó a todos lados hasta *colarse* en el autobús de Aeroflot que nos llevó al aeropuerto. Allí, la pararon las *autoridades*.

-El día de mi cumpleaños coincidió con mi estancia en Moscú, y con la de Pink Floyd, por primera vez en Rusia. Hablé con muchos moscovitas, desde militares y obreros a *burgueses*, europeos, como una elegante y políglota señora que nos acompañó por algunas de las famosas estaciones del *metro*. Al parecer es gente muy amable, aunque, como en todos lados, Penélope, en ciertos momentos noté la brutalidad. Sospecho que los soviéticos tienen una idea de la vida con más contrastes que la que tienen los europeos occidentales. Son como más bárbaros, tal como los pinta Chejov...

-Últimamente quizá por su *Guerra Patria* y su régimen...

-Pero también parecen, a su hora, más solidarios que otros de antigua data capitalista. Parecen estar acostumbrados al rigor y a exabruptos emocionales muy diversos, algo violentos o drásticos, ya sea para demostrar alegría como desacuerdo... En el vuelo de Aeroflot conocí a María Elena, señora muy profunda, y a la vez alegre y cariñosa, que trabaja con las asociaciones pro -derechos humanos, en Buenos Aires, y a Marcela, joven periodista de *La Voz del Interior* de la Córdoba argentina. Al llegar a Moscú yo estaba de mal humor, por no recuerdo qué, y quería una habitación individual, como creía que ofrecía la mayoría de las compañías aéreas cuando sus pasajeros viajan solos y tienen que enlazar con otro vuelo al día siguiente, como era mi caso. El hotel era otro vetusto edificio semiabandonado, y vigilado, en cada una de sus puertas al exterior, para que nadie saliera de él. Y vigilado también en las puertas interiores, especialmente en las que dan a las escaleras y a los ascensores, no les gustaba que nos moviéramos del nivel asignado... Había muchos empleados, mujeres y hombres de todas las edades, algunos muy delgados y otros con notables sobrepesos, vestidos con uniformes grises... Parecían absolutamente asustados. Yo no me di cuenta del *ambiente* hasta después que golpeara con el puño el mostrador y exigiera a

voces una habitación individual, que al fin me dieron, pero también avisaron al personal de seguridad -gorilas vestidos de civil-, para que me hicieran perder el vuelo del día siguiente, y *amansarme*, nadie sabe por cuánto tiempo, encerrado en el hotel, hasta que me permitieran embarcar en otro avión que llegara, o hasta que me hicieran desaparecer en la inmensidad de Siberia....

-¿No exagera?

-Nada. Conocimos una persona retenida así, que vagaba fantasmagóricamente por los pasillos; evidentemente aterrado, casi no hablaba con nosotros, tenía ojos y explicaciones esquivas.... Por la noche me detuvo en el hall un grandulón que me pidió ver mi *ticket*. Se lo mostré y copió mi número de vuelo. Al día siguiente me estaba esperando en la aduana, con otros dos. Dispensándome atención *personalizada* me pidió mi bolso de mano y entre los tres lo examinaron minuciosamente. Lo cerraron sin comentarios, pero igualmente me conminaron a acompañarlos...

-¿Y usted qué hizo?

-Yo fundamentalmente temblaba de terror, me quería morir, pero María Elena respondió que viajábamos *todos* juntos.

-¿Todos?

-Sí. Los funcionarios titubearon. María Elena insistió en que era así, y que si yo me quedaba se quedaban todos ellos. Marcela se le puso al lado y el resto del pasaje se mantuvo un poco más atrás pero sin retirarse. Uno de los tipos me miró con especial hambre, repitió *juntos* -entendía su significado-, me miró fija y pensativamente... y me dejó ir.

-Durante todo el trance tuvo muchísimo miedo...

-Pensé que me mandarían a reeducar a un campo de disidentes.

-María Elena le salvó la vida...

-No pensé exactamente que podía morir, pensé que mi vida podía volverse un infierno peor al común de cada día. Me dejé caer lleno de temor al asiento del avión, con la gente alrededor mío, vigilante, hasta que despegamos. Nunca me ajusté tanto el cinturón de seguridad.

-Mi familia, como todas las familias, ha sufrido mucho. Yo siempre he creído que represento un

problema para ellos, sin saber cuál. Ellos no lo son para mí. Cuando estoy en Rosario soy el que va a visitarlos. Pocas veces han ido a mi casa. Ellos pasivamente *reciben* y yo ansiosamente visito, lo que a veces me ha llevado a pensar que sólo soy yo el que los quiere ver...

-No es quién para semejante conclusión... Pero, en cualquier caso, por si lo quieren ir a ver, ya no es cuestión de ponérselos en Siberia...

-No, ya no... Pero sí en esta chacra, ¿no?

*Durante la historia, la Historia misma, ocurrieron hechos que no han de quedar en ella, en los tiempos de los tiempos. Son las historias de la historia y de ellas los comentarios vanos, los comentarios que no hacen a la historia, las opiniones de sus gentes. La anécdota, pues, de aquellos que no han de opinar en sitio alguno. La historia, por ejemplo, de una de mis amantes, las sensaciones personales de la última hembra enorme que pasó por mi lecho, y otras historias, muchas otras que la misma historia no registra, y otras. Vaya a saber Dios los caminos de la suerte y el infortunio.*

*En mi casa de estos tiempos.  
Madrid. Día de día de todos los santos '89.*

*Querida Irene,*

*es un gusto escribirte, por múltiples razones. Una de la principales -tal vez egoísta- es que hayas sido una de las personas que más se ha acordado de mí, escribiéndome, lo cual es muy importante, por estos lares.*

*En tu caso, tu carta es un apretón de manos, una caricia, un beso, hasta más, teniendo en las manos, contra la mejilla, el papel y algunos pensamientos de una persona que quiero.*

*¿Cómo está Ud., su madre, su hermana y, en lugar destacadísimo, su señor hijo don Gu ido?: deseo que estupendamente.*

*Anduve de aquí para allá. El mes más fuerte de verano, agosto, lo pasé en Torremolinos, Málaga.*

*Paseé también por Barcelona -imponente en vistas a las Olimpiadas- y escribí en Lérida.*

*"La Baba Dialéctica" ha sido bien considerada por Fernando Savater y por Francisco Umbral. La Baba, nena, aunque yo me muera ya es un hecho.*

*En el trabajo muy bien. No gano demasiado, como de costumbre. Me tomaron para el área de Planeamiento y Logística en la Compañía Auxiliar al Cargo Express, S.A., subsidiaria de Iberia Líneas Aéreas. Diversificar riesgos, no poner todos los huevos en la misma canasta. Iberia quiere crear un holding de empresas que se repartan todas las prestaciones accesorias que, hasta ahora, debe atender ella misma, para expandirse por el mundo... De la noche a la mañana me encontré a las órdenes inmediatas del Director General. Así que bien.*

*Respecto a la tesis estoy en fase de recolectar datos. Mi director de tesis es el Dr. Martínez Cortiña, delegado-consejero del Banco Exterior de España. Dios proveerá, al decir de nuestros padres.*

*Fue muy interesante vivir in situ las elecciones generales de España, el pasado 29. Excelente experiencia. Al cabo de estos proyectos europeos me gustaría volver a Argentina y ser pro vechoso.*

*Es una de las ilusiones de mi vida, y me reconforta tener buenas ilusiones.*

*¡También he visto a tantos viejos amigos de la Primera Época!*

*Sole en el cole muy bien, su ortodoncia también. Justamente ayer, recibí carta suya. Desde Iberia es fácil telefonarle cuando aprieta la morriña. Es, además, una de las mejores en los concursos de equitación (en su categoría -todo sea dicho-). Resumiendo: que se me cae la baba, chica, y no la dialéctica, mi hija es adorable, una bendición.*

*También contentísimo porque en estos precisos momentos tengo dos hermanos ¡embarazados!: Mirentxu y Mario (bueno: Lucía, su mujer). Tendré una ampliación de sobrinada increíble: ¡cada uno es un personaje hermoso! Mamá bien, también le telefono y nos escribimos, de vez en cuando.*

*Si tienes oportunidad, da recuerdos míos en Rectorado. Diles que existo, que estoy plenamente dispuesto a ayudar en lo que pueda desde Madrid y sus alrededores.*

*Y te dejo, pero nunca en afecto: te abrazo muy fuerte.*

*En mi casa de estos tiempos.  
Madrid, viernes 13 de Octubre 1989*

*Negríto querido, Negro, Marito, pichón, hermanito del alma, te escribo por quien sos, y por tu*

*cumple.*

*Te podés relajar y poniéndote a tus anchas leerme con tranquilidad, porque te escribo para hacerte pasar un momento grato, como siempre lo quiero pero tantas veces no puedo, demostrarte todo el amor que te tengo, a vos y a tu mundo (justamente porque es el tuyo); a vos, a quien, vaya uno a saber por qué, siento siempre tan tierno, así corra el tiempo.*

*Fue el cumple, a su vez, de don Joaquín. Bueno, bueno, tu hijo debe estar fabuloso. Pensé mucho su cumple. Me lo imaginé todo: la casa -día de fiesta-, los abuelos, los hermanos y cuñados, la sobrinada, todo, todo eso que tal vez te parezca rutinario cada año o, en otros órdenes, cada día, cada rato, pero que ¡cuándo mejor que ahora para el lugar común! encierra el discreto encanto de la familia -para ser exactos- que a mí me falta.*

*Lo habrán pasado muy bien, espero: motivos hay. También los habrá para preocuparse -política, economía, esas cosas, digo- pero no creo que se hayan dejado apabullar...*

*¡Feliz cumple, negrito! Te lleno de besos. Sí, sí, a lo macho pero te lleno de besos. Repartilos entre todos los nuestros, esa horda de seres queridos que por fortuna tenemos.*

*A Sole mandale besos, hacele mimos, abrazala como vos lo hacés...querémela a mi nenota adorada, mi amazona, mi re Sole. En fin...¿en qué estaba? Ah!, sí: conseguí trabajo. Parece apuntar a muy bueno: Iberia, macho, Iberia. Trabajo de 9 hs. a 18 hs. A veces pienso hacer una mochila e irme a vivir a una de sus oficinas. Esta filial se dedica a absorber el Cargo de Iberia y al envío de paquetes pequeños de puerta a puerta en cualquier lugar de España y el mundo. No tengo pasajes totalmente francos, pero sí otros beneficios, como poder comprar víveres, pagar la cama donde yago y mucho más (ya sabés como es en los países desarrollados). Así que bien, che.*

*¿Y mi querido país? De capa caída, ¿no? Yo lo levantaré. Seré doctor en Ciencias Económicas, escritor -todo famoso- y me pondré la banda presidencial democráticamente, siendo, en efecto, el primer jefe de estado dos veces divorciado y con la mejor hija/amazona...¡No te vayas, esperá!: Te quiero, y a Lú, y a mi Joaquín. Disculpame el exabrupto.*

*Por el momento vivo con dos tipos macanudos: Eduardo, un periodista de sesenta y pico, en otros*

*tiempos gran empresario, separado pero con buenas relaciones con su ex, y Miguel, un navarro de 21 años, supermoderno, estudiante de Económicas (entre los 10 mejores) de la Universidad de Saint-Louis (USA) en Madrid.*

*Ahora te dejo, momentáneamente, para hacer la cena con Miguel, ya que han llegado Inmaculada -una amiga suya de Almería - y Rocío, una amiga mía de Perú. Es que, además, estamos llevando adelante un proyecto de confraternización panamericana -europea.*

*Chau. Besos a Lala. Haceme el favor de cuidarla bien, como a Tati y a Pirinto, mirá que ahora yo no puedo y, las hermanas... ¡las hermanas!, ¡como la mamma!, ¡son sagradas!*

*Divulgá ésta entre los nuestros. Dale otro beso a Sole. Sé feliz. Te re-quiero"*

*Me despegué de las mujeres ahí reunidas y salí al balcón, para escuchar la brisa alterada por el bullicio de los niños que jugaban en el patio. La altisonancia en desconcierto del viento natural de el área de Madrid y del temperamental, brioso viento, grito -pulmonar de los críos me pareció excelsa: ante mis ojos y oídos tenía pues la representación completa, la humana, en su entorno. La perpetuación de la incontrolable naturaleza inhumana y esas criaturas productos nuestros, de nuestra organización social. Entonces, vino Rocío ágilmente a mi lado, se asomó sobre la baranda y, tan rápida como había llegado, se volvió adentro exclamando ¡qué asco: niños!*

*Ante lo cual deduje que, inapelablemente, ella no podría ser la madre de mis hijos.*

*"¡Cómo es la vida! Y bueno, así es la vida. Mi actual mesa de trabajo es un ejemplo. Es una mesita con patas de hierro pintadas de negro. Sobre ellas un tablero de madera que podría ser de pino por su tipo de vetas y su color claro, amarillento por una capa de barniz brillante ya bastante viejo. Es un tablero de unos treinta por treinta -la mesa es cuadrada y estrecha -. Podría ser como cualquier otra, pero esta mesa se distingue por una cuerda elástica -de aparatos de musculación, con sus ganchos en cada extremo - que sujeta en dos nudos las dos patas de adelante, por lo que, si me cruzo de piernas, mi rodilla choca contra la cuerda. Cuando escribo, esta mesa vibra toda: tiene al menos dos patas de diferente longitud. En este momento, sólo yo sé lo que vibra, aunque, para no desconcentrarme, la sujeto rígidamente con mi brazo derecho (yo soy zurdo) haciendo tanta presión que ya me está empezando a doler un costado y la espalda, también el tríceps*

derecho.

*Ya, decido relajarme, bajo el brazo, compruebo que no vibra para tanto. Ahora, de todas maneras, estoy juntando -apretando-, con la palma de la mano, el tablero contra la pared... Quiero seguir pero me entretengo con la inglesita que llegó ayer, doradita, de Almería a este piso compartido por dos ingleses, un francés, un gallego -de Galicia- y este argentino. ¿En qué estaba? ...Ah, sí, en esta mesita.*

*Sobre la mesa hay, exactamente, lo siguiente: un bote de Coca Cola light, el reloj despertador que me regaló Miguel, el navarro, cuando se fue del piso que compartíamos con Eduardo... quien terminó odiando La baba dialéctica. Odiaba muchas cosas este Eduardo, demasiadas. Estaba resentido por haber sido rico y ahora viejo y pobre. Máxime que, por poco dinero -unas 'perras' comparadas con lo que él había manejado - me juntó bibliografía para mi sempiterna tesis doctoral. Eduardo siempre me decía, despreciativamente: "¡Tú nunca harás esa Tesis!". Me molesta más que Eduardo lo haya vaticinado que el hecho de no hacerla. ¡Cómo soy! Soy tan susceptible, tan sensible, que cualquier cosa me llega tanto que, en el caso de Eduardo, reacciono diciendo: ¿Ah sí?, ¿me deseás eso?, ahora verás: tomá, no la hago" y no termino nunca el doctorado...*

*Sigo. Delante del reloj, un boli publicitario de la filial de Iberia: no me renovaron el contrato. Cayó en desgracia mi padrino, el amable director Juan Rico, y la filial no me renovó el contrato por orden del sucesor, don Paco Aguilar, quien profesionalmente -como menos- odiaba a Juan y tenía extendido el mismo sentimiento sobre mí, por ser su protegido y por cubrir el área de Planificación y Logística, que, en honor a la verdad, conoce mejor que yo..".*

-Entré a Iberia como el ingenuo que siempre fui en esto de las lides laborales y políticas . Me reclutó sin darme cuenta un sector sindicalista que mutuamente se apoyaba con Juan...

-Y a Aguilar -teóricamente con quien usted debía trabajar - este alineamiento suyo le *sentó* fatal...

-Pero yo no me di cuenta hasta meses después...

-Cuando ya todo estaba definido...

-De Iberia me quedó un amigo, Natalio, un subdirector. Una vez me dijo: "Mira, Horacio, yo tengo



pocas ideas pero las tengo claras", y yo le contesté: "Qué curioso, Nata, yo tengo muchas pero ninguna clara"

-Pero no se puede ir por el mundo así, menos en el trabajo...

-¿Así cómo?

-Como va usted, con aire filosofal, semi-ido.

-¿Se nota?, quiero decir, ¿*parece* que voy así?... Nata y su hijo me instalaron el *Windows* en el ordenador que quedó en la casa que pusimos Teresa y yo... Yo nunca he tenido un *mango* ahorrado...

-Siempre al día...

-Como mucho, al mes. Pero durante el tiempo de Iberia me compré un Volkswagen 0 km., alquilé un regio *depto* en una urbanización de Mejorada, a pocos kilómetros de Madrid, con pileta y cancha de tennis, invité a Sole y a una amiga a venir de vacaciones... y hasta invité a salir a una joven directora de Iberia.

*... Más hacia el centro hay un cenicero, de arcilla barnizada, que no me dice nada. Tal vez me recuerde los de las pensiones de mala muerte por donde he pasado. Es tan feo como los que tiene en su casa de la calle Cochabamba mamá, que no fuma, que probablemente deja ésos tan antiestéticos y estropeados -bien decadentes- para mostrarles a sus hijos fumadores que ella no está para nada de acuerdo... Vuelvo sobre el reloj regalado por el navarro, es importante: es lo que me despierta para ir a trabajar. Pese a que siempre me he jactado de que he trabajado lo menos y más variado que he podido, a los relojes no los desprecio. Todo lo contrario. Les estoy agradecido. Cuando ellos trabajan es que yo trabajo y tengo horarios, cierto orden en esta vida mía. Y también algo de dinero.*

"Ocho obras -de las cuarenta y seis presentadas a concurso- han sido seleccionadas como finalistas del Premio Anagrama de Ensayo que, convocado por la editorial barcelonesa del mismo nombre y dotado con medio millón de pesetas, será dado a conocer el lunes.

El Jurado, compuesto por Salvador Clotas, Hans Magnus Enzensberger, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater y el editor Jorge Herralde, ha subrayado que la calidad de las obras seleccionadas convierten a esta decimosexta edición en la mejor de toda la historia del premio, uno de los más prestigiosos en su género de cuantos se conceden en España.

Los finalistas son Pedro Azara, por "De la fealdad del arte moderno"; Luis Castro, por "Tiempos Modernos"; José M. Colomer, por "El arte de la manipulación política"; Juan Lucas (pseudónimo), por "Pulsiones"; José R. Llober, por "La identidad de la antropología"; Félix Ovejero, por "La quimera fértil"; Javier Roiz, por "El fin del experimento moderno" y Horacio de Zuasnabar, por "La Baba Dialéctica". Barcelona. Efe

Horacio dejó Madrid por la carretera de Valencia. Antes de alcanzar calle Doctor Esquerdo ya había terminado de fumarse el cigarrillo que encendiera no más Teresa dejara el coche, en su casa de calle Padilla. Cuando enfiló a la autovía momentáneamente tomó el carril no más rápido para ponerse el cinturón de seguridad, los lentes y buscar una cinta para escuchar música . Eligió a Lito Vitale. Lo puso fuerte, se enjuagó la boca y los labios con su propia saliva y encendió otro *pucho*, un Ducados. Miró por los espejos, el de adentro y el del costado izquierdo, y al comprobar que nadie venía cerca por detrás, torció el volante hacia la izquierda hasta entrar al carril rápido, aumentando la velocidad del Polo Volkswagen blanco. Le faltaban aún tres años para terminar de pagar ese coche. Cada vez que recordaba esto se preguntaba en qué estaría pensando cuando firmó las cuarenta y pico de *letras*, él, que nunca planificaba más lejos que el mes. ¡Hubo veces que sólo el día!, se había ufanado a veces, delante del espejo.

A sus 40 años sentía que siempre había estado solo, muy solo, terriblemente solo. Conocía perfectamente aquello de que *el hombre está solo*, concepto filosófico que aceptaba y defendía, pero creía que su soledad era mayor que la de cualquiera de sus hermanos, de su madre, de su hija, de todos los que estaban en Argentina, juntos. "Porque estar solo es estar solo de tu propia familia y de los amigos de chico" se decía al salir de la autovía de Valencia para *coger* (diría Horacio con una media sonrisa en la boca) la carretera a Mejorada del Campo, donde vivía desde que trabajaba en Iberia.

Para hacer la carretera a Mejorada cambió el cassette de Vitale por el de 'Mecano'. "Vamos a escuchar nuestro cassette ¿querés Sole?", le pregunta a una ausente hija a su lado, de copiloto. Y durante una parte del trayecto le fueron a la cabeza infinidad de recuerdos de su hija, sus vacaciones de la Navidad pasada acá, y de antes, cuando él trabajaba en la Universidad, allá. 'Es que he vivido a caballo entre Argentina y España'... '¡sin desarraigo, por favor!', dijo Zuasnabar en voz alta y poniendo la cuarta para controlar el coche a través del pinar. Giró a la derecha con el intermitente puesto -como un buen ciudadano-, pasó a segunda para sacarlo con fuerza a la entrada del pueblo, entre los primeros chalets *adosados*. Bajó la música y se soltó el cinturón, mientras veía que Paco y Mari cerraban el bar y que al lado Miguel ya abría el *Morocco*. Dudó, como siempre, en tomarse un café fuera o meterse directamente en casa. Escondió el radiocassette debajo del asiento. Escuchó este nuevo silencio. 'Mi soledad es infinita', se dijo, sin saber si lo decía por su inmensa soledad o por el inmenso amor a su hija. Y dudó ahora sobre lo acertado de su elección para nombre de su hija. Creyó entonces que la esencia del desarraigo es la confusión. Apagó las luces y se quedó mirando ese lugar de Mejorada, de Madrid, de Castilla, a 12.000 Kms. de distancia de las casas de su hija, madre y hermanos. Bajó, cerró el coche, y alejándose dos pasos le dijo: 'buenas noches, Polito'.

Decidió entrar al bar de Kiko, bar más relajado. Al acercarse fue escuchando más y más fuerte las voces, las máquinas *tragaperras* y la música. Olió a gambas asadas y a sepia y a calamares. Y vio al grupo de *gallegos* (españoles, se corrigió) sabiendo que era toda la compañía con la que podía contar. Se hizo con el Diario 16 del día, se apoltronó en un taburete, le pidió una caña de cerveza a Kiko y comentó con él los sucesos del día, lo de Yugoslavia: 'te das cuenta, Kiko, ¡se están matando!...', '¡Y tanto, Horacio, y tanto!, ¡Paco!, ¡lleva ese pincho de tortilla a la tres!'. Al rato, aburrido luego de haber leído todo el periódico, fue a pagar y Kiko le invitó otra caña. Zuasnabar la tomó lentamente, pensando en las cosas que tenía que hacer en casa: lavar, planchar, cocinar... 'Hago todo, soy integral', dedujo sin dilucidar si era un mérito o un *castigo*. O ambos a la vez. Pagó y se fue sintiendo que dejaba un reguero de controvertidos comentarios que sobre él supuestamente verterían Kiko y los demás, de ese extraño *sudaca*, españolizado, pero que

no pierde el deje, 'como D'Istéfano, ¿viste?'

Al entrar a su *piso* Zuasnabar hizo cosas que sintió que ya se le habían vuelto rutinarias: dejar el portafolios en el estudio, la ropa en la percha de la entrada o en la habitación y, si traía la *compra*, a la cocina, con lo que correspondiese directamente al *freezer*. Puso la frecuencia de radio en la que pasan música de los sesenta, más o menos. Analizó la voz de la locutora y no le pareció ni más ni menos seductora que la de cualquier argentina: 'Es por tanto mundo que tenés, Horacio, es por tanto mundo'...y se replicó '¿Tanto mundo para qué, si, mirame qué solo estoy?', 'Calavera no chilla, viejito', '¿quién te quita lo bailao?', '¡hombre!, ¡que has hecho en tu vida lo que has querido..!'

'He hecho lo que he podido!', dijo dando vuelta la hamburguesa y tapando la sartén con la tapa, 'sino se te llena toda la casita de humo y todo apesta...'. Dentro de todo, se dijo, de todo este estar solo, he logrado muchas veces también convivir... ¡y con gentes tan diversas!. 'Quizá ese conocimiento te ha llevado, Zuasnabar' -se dijo a sí mismo-, 'a no diferenciar las diferencias, y el resultado es éste, o quizá es al revés, ¡qué más da!: ¡esta hamburguesa es la única realidad!'

Quitó la radio y puso el *telediario* para cenar. Corrió las cortinas del ventanal del comedor, no tanto para que no le vieran los vecinos, sino para que no le vieran comiendo solo. No le importaba -más bien le gustaba- que los vecinos lo vieran en su cuarto de estudio, con sus gafas, escribiendo o leyendo. Esto lo enorgullecía, pero no comer solo: 'Pobre hombre'. De todas maneras, muchas veces se despreocupaba de los vecinos y comía tranquilamente mirándoles, a través del jardín, a lo lejos, abiertamente. Cuando se sentía seguro estaba a gusto. Justificaba mejor las distancias: 'Allá no hay trabajo, si mi hija comparte conmigo lo del campo no comemos bien ninguno de los dos. Ya que soy incapaz de producir más que lo estrictamente necesario para subsistir que lo del campito sea para ella... Espero no tener que pedirle socorro. Se reanimó: 'sé lo que he hecho', pero a continuación matizó: 'pero no sé de cuánto más habría sido capaz; y voy llegando a una altura de mi vida en que siento que algunos deseos *típicos* no los veré o realizaré ya nunca...'

Sin saber siquiera en qué momento se había desplazado hasta allí, se encontró dentro de su estudio, frente a la montaña bibliográfica de su tesis. 'Ya nunca la haré', reflexionó Zuasnabar, con

convicción. 'Ya nunca seré doctor por una *universidad extranjera*'. ¿Y qué importaba ya?: tampoco tendré nunca una familia en orden, como mandan las *buenas costumbres*'. 'Solo yo viví todo lo que viví, para ellos yo no fui más que mis propias cartas, lo que yo les escribía. Lo mismo, supongo, sucede con ellos... esto debe ser el desarraigo'.

Apartando la vista de los papeles, Zuasnabar fijó sus ojos en las fotos familiares que tenía pegadas en la pared, arriba de la mesa de trabajo. Allí se vio con Sole en Segovia, a Sole y a su amiga Vale con paraguas delante del acueducto romano. A Sole y Vale posando despatarradamente en la cama de su dormitorio en Mejorada. A Sole en pleno salto, montando a Chicharrón, su caballo, en Rosario. A su madre y padrinos, a sus hermanos con sus familias, a sus amigos de allá... Se detuvo extasiado ante un dibujo original de un caballo, dedicado a él y firmado por Sole. Luego en otro dibujo, esta vez suyo, de la ventana y la vista de su estudio, con una foto abajo retratando lo mismo que el dibujo. Por último, suspiró ante una foto panorámica, que abarca a muchos familiares y a Fermina. 'He puesto las fotos juntas como para tener más patente los 12.000 Kms. que nos separan, ¡flor de lapsus, Horacio mío, flor de lapsus!', dijo señalándose con un dedo en una foto. '¡Y uno que se plantea con qué tipo de vida se puede ser más o menos feliz!: ¡aquí, en Europa, o en la China o en Argentina!... ¡vaya uno a saber!. Lo único concreto es que estoy lejos de todos ustedes', susurró Zuasnabar mientras miraba de nuevo, una por una, todas las fotos, entrecerrando los ojos apasionadamente 'Mucha pasión, mucha pasión, pero ustedes allá y yo aquí'. Desenclavó la foto que retrata a Sole en un perfecto salto, montando a Chicharrón: '12.000 Kms...', dijo Zuasnabar mientras atraía la foto hasta acariciarla suavemente contra su mejilla. 'Nenita mía', agregó y se quedó un momento acariciándose la mejilla con la foto, con los ojos cerrados. Luego dijo lo de costumbre: 'buenas noches, Sole. Que Dios te bendiga. Y a Papi también. Que te haga muy feliz, a vos, a mí y a todos los que queremos'. Le dio muchos besos, cortos y muy seguidos, al cristal de la foto, pensando profundamente en una hija presente. 'En lo posible de carne y hueso', ironizó con tristeza Zuasnabar, y se marchó a dormir.

Este período, entre que cenaba y se iba a la cama, y siempre que estuviera solo -acompañado realizaba todo el rito de fotos casi a escondidas- era durante el cual Zuasnabar se sentía más solo.

'Esta soledad es inconmensurable', decía desde la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza -a manera de almohada-, mirando entre la penumbra los reflejos de las farolas de la calle, que llegaban a través del estudio y del pasillo, y las lucecitas del reloj digital indicando la hora y la frecuencia de la radio.

La radio puesta bien bajo para que no distraiga la venida del sueño, 'el que, por fortuna, viene pronto siempre', agradeció Zuasnabar al acomodarse para quedarse un rato en el penúltimo movimiento antes de dormirse, ya que, después de acomodarse para un lado, Zuasnabar recién se dormía cuando se acomodaba para el otro. 'Siempre recuerdo hasta que me giro por segunda vez', pensó, una vez más, mientras se acomodaba por segunda vez.

Luego escuchó un gran barullo, afuera, en el portal, hasta que sonó el *telefonillo* muchas veces. A Zuasnabar le pareció reconocer la voz de Sole, y otras muy familiares, pero descartó la posibilidad a base de sentido común y se levantó rápidamente para contestar: '¿Pá?, ¡hola!, ¡somos nosotros: Sole y todos!'. A Zuasnabar la voz de su hija le llegaba tanto por el *telefonillo* como por la misma puerta de calle. Primero sintió estupor, por una fracción de segundo ya que, inmediatamente luego casi gritó: '¡Sole!, ¡estás aquí!, ¡pasá, pasá!, ¡pasen! ¿quién más viene, Sole?, ¡¡vino Sole!!', y dejó colgado en el aire el contestador y abrió la puerta de calle.

Zuasnabar sintió como Sole se le abrazaba al cuello y le daba un beso igual a los que él pensaba al besar las fotos, pero esta vez eran de verdad. ¡Estaban todos en Mejorada!. La casa se le llenó de su familia, que la elogiaba y caminaba alegremente por todas sus habitaciones, comentando con él las peculiaridades argentino-españolas.

Antes de terminar de besar y abrazar a todos, Zuasnabar ya preguntaba '¿cómo es esto posible?', 'Por mis buenas notas me dejaron venir... ¡me quedo hasta empezar las clases, Pá!'. A Zuasnabar se le dibujó y desdibujó una sonrisa al pensar, a la vez, en la alegría por semejante visita y en qué lugares les haría sitio, para que todos durmieran cómodamente: 'La casita es grande, y mi ilusión era que vinieran, pero nunca imaginé que lo harían todos juntos'. '¡A los jubilados nos han subido un montón, Horacito!', comentaron su madre y sus padrinos, Clari y Jose. '¡No sabés qué bien que están marchando las profesiones en general, che!', agregó su hermano, el

Negro, con el alegre asentimiento de su cuñada. 'Ahora criar niños en Argentina es baratísimo: intentaré alcanzar a tu hermana Mirentxu', dijo Lucía. 'En Argentina se están reivindicando notablemente las Bellas Artes: ahora, pintando, ¡hasta puedo ahorrar!', dijo su hermana Sara, *Tati*. '¡Ahora el campo da para todos: han variado absolutamente los términos de intercambio', finalizó, didáctica, su madre, María Julia.

Zuasnabar se había sentado para terminar de escuchar a todos. Levantándose, quiso o frecerles algo para comer y beber, pero Fermina salió rauda a preparar comida. '¿Entonces, qué sucedió?, interrogó entre alegre y anonadado. 'Este lunes no, el anterior, en Argentina todo empezó a cambiar muy rápido, Horacio', empezó a explicar uno, y con tinuaron todos. '¡Y cómo de rápido!, ¡cómo de rápido!', repitió varias veces Zuasnabar mientras terminaba cada detalle para que todos se acomodaran bien.

El día, más la emoción del reencuentro, habían sido largos y extenuantes. Puso el despertador a las siete y, antes de acostarse, espió a todos los suyos, que dormían repartidos por toda la casa. Zuasnabar sonrió feliz y se lo agradeció a Dios. Luego se acostó, gozando de cada ruidito que escuchaba que hacían los suyos: 'Durmiendo a pata ancha, todos ju ntos, felices como yo', se dijo satisfecho Zuasnabar, al girarse en la cama por segunda vez.

Cuando sonó el despertador Horacio lo apagó rápido. No le gustaba escucharlo mucho rato. Por unos momentos se quedó pensando en el día anterior, en la noche anteri or. Al cabo se levantó, fue a la cocina y puso a hacer café en la cafetera eléctrica que ya venía con la casa. 'Esto de que te alquilen la casa con todos los enseres te quitará el placer de seleccionarlos pero, en mi caso, es de agradecer', pensó semidormido. Buscó de la nevera agua y una naranja que peló directamente arriba del cubo de basura y que comió entre largos sorbos de agua fría. 'Ahora el café, para *espabilarme*'.

Luego fue al baño. Primero se mojó la cara con agua tibia, casi caliente, y se enja bonó una siempre escasa barba. 'Es una barba *fefifo* -ni fu ni fa-, ni tengo ni dejo de tener: ¡ *to be or not to be*, barba!', murmuraba estudiándose en el espejo, mientras se afeitaba. Hace tiempo había dejado de contarse las canas, por ya incontables, y com o idea *muy mañanera* pensó en empezar

desde ese día a contar sus cabellos aún no canos, en una cuenta regresiva. Pero desechó la idea sacudiéndose la cabeza mientras se cepillaba vigorosamente los dientes. De ahí se fue a la ducha. Hizo correr agua tibia, casi caliente también, y se enjabonó primero la cabeza, dejando que la lluvia le diera en plena cara y pecho, y en la espalda al rotarse. Se apartó un poco y se enjabonó el resto del cuerpo, masajeándose. Volvió debajo del agua y gozó de su *abrazo* cálido. De golpe -como todos los días-, cerró el paso de agua caliente y abrió totalmente el de fría, produciéndole la sensación que, ese agua de sierra -de deshielo y fuentes profundas de Gredos-, enfriaba no sólo y repentinamente su cuerpo sino todo el cuarto de baño también, disipando el vapor y desempañando el espejo. Zuasnabar se enjuagó la cabeza, en primer lugar, y luego todo el cuerpo con el agua casi helada, al principio regulando la respiración -entrecortada de a momentos- hasta que notó que se duchaba relajadamente, con agua fría. Pero no dejó pasar ni un segundo más, 'no debo enfriarme', se previno, y se secó refregándose fuerte, como raspándose o haciendo gimnasia, con una toalla limpia. Seguidamente se peinó y aprovechó para estudiarse de nuevo ante el espejo. 'Me siguen dando diez años menos', recordó. Y fue a vestirse, cuidando también los detalles. 'Es notable' -comparó- 'los casados de mi edad aparentan más años que yo', no sabiendo Zuasnabar tampoco en este caso si eso era un mérito o un *castigo*. Una vez vestido entró al estudio y se aseguró que llevaría todo lo necesario en su portafolio -especialmente su agenda y los lentes- y salió silenciosamente de su casa. En la acera dudó unos instantes hasta recordar dónde había aparcado el auto. Su bió a él, sacó de debajo del asiento el *radiocassette* y puso música. Se calzó las gafas y encendió un cigarrillo diciendo: '¡qué porquería!', pero encendiéndolo igual, 'si no fuera una porquería no sería un vicio, sería un placer' reflexionó, y arrancó rumbo al trabajo, hacia el centro de Madrid, hacia el Paseo de la Castellana. Fue por la nueva autopista M -40, con menos tráfico que la avenida de América y más directa que la carretera de Valencia, la del día anterior.

En el trayecto Zuasnabar intentó en vano, como de costumbre, acordarse qué había soñado esa noche recién pasada. No pudo, pero no se inquietó, sentía que ese día empezaba bien. 'Hay que mantenerlo así', se advirtió mientras ponía la quinta -la marcha más rápida- de su coche. '¡Tirá, tirá para arriba, tirá...!, si puedo -ojalá que sí- si puedo... ¡hoy llamo a Rosario!', exclamó ilusionado



Horacio, ya entrando a Madrid.

-Teresa me había conocido destrozado, me había encontrado abismalmente hundido, aunque aún yo conservase el deseo de vivir, de una manera -ahora entiendo- totalmente inconsciente, porque yo ya no podía más de dolores... Cuando la conocí en un bar de calle Huertas, Teresa me hizo ser galante, educado y lanzado, hasta besarla esa primera noche...

-*Flashes* son *flashes*, quizás su mirada triste... ¿Cómo es ella?

-No le digo que Teresa fuera una mezcla de inteligencia y sensibilidad muy original -porque así son todas las personas-, sino que esa mezcla era la que a mí, en esos momentos de mi vida, me atraía...

-¿Qué mezcla?

-La nuestra... encontrarnos mutuamente guapos, altos, estilizados, ella mulata y yo blanco. Ella el tópico sexual. Y yo el Che Guevara, ¿entiende?

-Sí..., siga.

-En nuestro segundo encuentro fuimos a pasear en mi Volkswagen Polo. Con engaños por ver esto o aquello conduje hasta mi casa de Mejorada del Campo... se la señalé y se asustó.

-¿Por qué?

-Creyó que me la quería *tirar* sin más trámite. Pero no era mi intención.

-Ah, ¿no?

-Por el momento. Al contrario, la había notado prevenida hacia ello. De alguna manera, Teresa me había hecho ver que no era de esas chicas que se van a la cama a la primera, y a mí eso siempre me ha gustado más que las que lo hacen descaradamente, excepto las escandinavas del hotel de Palma, con quienes tácitamente teníamos en claro que sus vacaciones eran para eso, sin menoscabo de nuestras cualidades morales. Lejos de ser una nórdica liberada Teresa tiene la cultura y la educación de Castilla, de estos tiempos pero *seriamente* castellanas. Todo en un cuerpo hermosísimamente mulato que yo encontraba como en contradicción con la personalidad de Teresa, si me permite, una...

-Una potrilla encantadora...

-Eso. Pero, por mis abatimientos morales yo estaba tan golpeado como ella.. El sólo cuerpo de Teresa no hubiera podido ayudar si no fuera porque , para mi fortuna, ahí entró a jugar también su carácter firme, gracias a él empecé a recuperar espíritu...

-Imprescindible, antes que nada...

-Con Teresa el sexo empezó siendo tímido porque los dos no dábamos para más: ella por sus prejuicios franquistas y yo por mi deplorable estado anímico...

-Dos desastres se encontraron.

-Pero fuimos mejorando hasta el día que nos separamos...

-¿Después de cuántos días?

-De casi dos años de andar juntos.

*Al cabo, con mi negrita, cumplo con los tópicos del racismo argentino: en Argentina, cuando uno pide demasiado -la Luna, por ejemplo-, se le responde: "¡Claro!, ¡y una negra que te abanique!". En Argentina, reino de muy machos y muy hembras, es creencia generalizada que los negros se saben mover y que, por eso, son los mejores haciendo el amor... Bueno, bien: yo tengo una negra que me abanique, aunque Teresa no lo haga. Compatriotas, soy feliz poseedor de una gran pantera negra sexual.*

-En el peor de los casos, en Argentina se puede escuchar: ¡Vos te buscaste una esclava!

-Sí. En nuestras miradas nos descubríamos cierto estupor, cierta locura, mutua, por y de la vida misma, que momentáneamente nos ahogaba el corazón y debíamos de inmediato cambiar de aspecto para no asustar al otro. Teresa es una de mis relaciones que más me ha exigido responsabilidad... '¿No sabés que hay gente que no tiene ni techo ni comida?', me repetía... También me repetía que nadie nunca la había mimado tanto.

*Madrid, el 27 de enero de 1992. - 20:45 hs.*

*Mi muy querida Pirinto, hermanita: ¡Hola!*

*Aquí comienzo una de esas cartas que dudo en enviar. ¿Sabés que, mental o caligráficamente, a diario, les escribo muchas cartas que nunca enviaré? Quedarán, quizá, post -mortem, las que he llegado a escribir y guardar dentro de sobres y bolsas, con la carátula 'literatura', no en las que dicen 'epistolario'.*

*Las que he imaginado y nunca llegado a escribir, naturalmente, me las llevaré a tierra de nadie.*

*Mucho me han emocionado tus dos últimas llamadas telefónicas. Una, en nochebuena, ¡que pasé tan solo!, excepto por tu llamada, y poco más. Otra, anteayer, de madrugada -tanto para vos como para mí. Y me pregunté: ¿Qué hace Miren despierta a las dos o tres de la mañana? Y pensé que te estarías preguntando cuestiones que a mí también, a mi manera -a nuestra manera- a veces me quitan el sueño.*

*Después de tu llamada ya no me dormí más. Bueno, por esa noche, quiero decir. Y anduve por casa y por las calles de Madrid repitiéndome: 'Pirinto, mi querida Pirinto, mi Pirinto con su marido y sus cuatro hijos: el mayor -postizo- Nicolás, Pablito, mi ahijado Ignacio, y Tomás... a quien todavía no conozco: ¿cómo serás Tomás?, ¿cómo serás de tan buena madera?'*

*Y se me hacía, como ahora, un nudo en la garganta y una sonrisa -seguro de imbécil que soy. Porque ya estoy convencido de que soy un imbécil ¿sabés? Ya no cabe ninguna duda. Es que mis pensamientos van en otra dirección, o al menos paralelamente, a lo lejos, de la del común de la gente. Tan lejos de todo ¿no es cierto? Tan lejos. ¡Me siento tan lejos, Miren, tan lejos!... de vos no tanto, con tus llamadas 'porque sí', con tus llamadas 'sólo para escucharte'. ¡Qué lindas llamadas!, no como otras 'urgentes', 'necesarias', 'inquisidoras'. Tus llamadas sólo son 'porque tenía ganas de escucharte', desafiando el costo de las mismas, por un hermano.*

*Gracias, Miren, te lo agradezco hasta las lágrimas, y hasta nuestra carcajada de rebeldía ante los naturales horrores de esta vida, y por el inmenso valor que le das a la alegría.*

*A mí no me preocupa escucharte triste. ¿O no estabas triste? ¿Estaba sólo yo triste? Ojalá, por ti, porque tienes motivos para sentirte feliz. ¿Cuáles?: vivir con tu familia, en primer lugar; es decir, vivir toda entera contigo misma.*

Yo llevo 17 años desgarrado.

29 de febrero de 1992

*Ignacio, querido ahijadito, que los cumplas muy feliz. Este año no tengo un mango como para hacerte regalos, pero vos sabés que, desde que te bautizamos, yo te vengo regalando día a día, aunque esté lejos, como a Sole, en tu caso, mi corazón de padrino. Que seas muy feliz.*

Madrid el 30 de marzo de 1992

*¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estoy haciendo en Madrid, trabajando un montón de horas, en un cuchitril de mierda, para un portugués que está probando fortuna en España porque lo echaron de Lisboa? ¿Qué estoy haciendo cada tarde, después del trabajo, cuando vuelvo a casa lo más lentamente, para que pase más rápido el resto del día. ¿Qué estoy haciendo, cuando llevo un noviazgo con Teresa -tan buena ella-, sin saber a ciencia cierta si la quiero? ¿Qué estoy haciendo cuando me encariño con Matías, el hijo de Teresa? ¿Qué estoy haciendo a miles de kilómetros de mi hija querida? ¿Qué he estado haciendo hasta hoy, desde hace tantos años, tan lejos de Sol e, ahora cuando todo el mundo dice que los hijos te dejan de necesitar? ¿Qué estuve haciendo - gillipollas- tanto tiempo lejos de mis querencias más profundas?*

*¿Qué estoy haciendo hoy día, estos días, este año? ¿Qué estoy pensando o dejando de pensar al planear irme a vivir con Teresa y Matías a Canarias, para el resto de mi vida? ¿Qué vida? ¿Es mi vida realmente la vida que estoy estos tiempos viviendo? ¿Calderón de la Barca no explicó ya esto? ¿Qué es lo que realmente quiero? ¿Quiero volver? ¿Volver a Rosario, donde están todos y no está nadie, donde tantas veces estando no estoy, como ahora, como siempre.*

*La vida se me está yendo sin sentir que yo le ponga excesivo rumbo, como les pasa a todos, más o menos notoriamente. ¿Antes la controlaba? Quizá tampoco. ¿No le dijo acaso John Lennon a su hijo que 'la vida es lo que nos pasa mientras estamos haciendo otros planes'? Ahora siento que quería gran parte de lo que me ha acontecido, de lo decidido ante cómo se me venía la vida. Y al cabo no sé qué quiero ya que me ocurra. Me siento medio acabado, al subir una escalera me fatigo en demasía -no debería seguir fumando-, al hacer el amor a veces me basta por tres días, ¡es indignante!. Sólo tengo 40 años y me siento como hace tiempo creía que me sentiría a los 80.*

*Hasta las ganas de morirme he perdido. Teresa me ha ayudado, especialmente a perder las ganas de quejarme: «¿no sabes que hay gente pinchándose y muriéndose de frío por las calles de todo el mundo, y que tu eres un afortunado?»*

*Ya sé que soy un afortunado. Me horrorizan sus ejemplos y honestamente agradezco todo lo que hace por mí, pero, realmente ¿la quiero?, o como dijo bárbaramente esa profe, Nati: «por algo saldrás con una mulata... alguna 'factura' le estarás pasando a tu familia y a tu sociedad». Yo francamente no siento que salga con Teresa -con su mulatez- por ninguna razón «segunda o tercera». Salgo con Teresa porque me la ligué en Huertas y resultó ser así, oscurita, preciosa. A mí me gusta, me gusta mucho más su color que el mío: parece eternamente bronceada ¡y es tan suave su piel!... y la de Matías, su cachorro. A veces siento que yo soy el único que no tiene dramas al respecto. Y a todo esto me pregunto, aquí sentado y cobijado por Teresa: ¡¿Qué estás pensando, qué injusticias y pelotudeces es tás pensando!?, ¡¿En qué mierdas te estás gastando el tiempo y las neuronas!?, ¡¿Qué pajas mentales te estás haciendo!?, ¡¿Qué estás haciendo, pedazo de imbécil!?. ¿Por dónde pasa esta vida? Por Teresa y Matías, seguramente, al menos en uno de sus caminos. ¿Qué quieres? ¿Volver a Rosario? Siempre quiero volver a Rosario, a las casas de Sole, de mi madre y mis hermanos. ¡¿Y cuando estás allí, qué?! Acompañado por ellos te sientes solo, te sientes lejano y ausente... y te tomas el avión a Europa de nuevo. ¡Qué sino puto, carajo, qué sino trágico!. Además, a los dos años de estar en el extranjero te entra la «morriña», las ganas de volver a Argentina. Y así indefinida, infinitamente... ¡hasta que des con tus huesos en un bendito camposanto!, ¡pelotudo!*

*Hoy, primero de abril de 1992, a veintidós días del cumpleaños número dieciocho de mi Sole, me han despedido del trabajo, en la editorial portuguesa con sede en Madrid, cuchitril de mierda. Ya le avisé del despido a Teresa.*

*En paro de nuevo. No sé ser economista, ni contable. Me echaron. ¿Qué sé hacer? Escribir. Escribir. Quiero escribir por el resto de mi vida. No sé hacer otra cosa. Escribir.*

*¿Qué hacer ahora? Estoy muy despistado. Por ahora quiero dormir la siesta. A ver si llama Teresa, o Ana, para tomar café por la tarde, y hablar con alguien.*

*Me he comido un buen 'asado' español. Ya se verá.*

*Madrid, 20 de junio de 1991.*

*Dirección de personal*

*De mi mayor consideración,*

*Respecto a su oferta de trabajo 'Conference producer' (diario El País, 20 de junio de 1991) me siento muy motivado a contactar con Uds. por considerar que reúno, punto por punto, todos los requeridos. A la vez, lamento hacerlo con unos días de demora debido a que una amistad me comentó esta oferta recién en el día de hoy.*

*Adjunto mi curriculum vitae y, con el fin de centrarlo sobre las cualidades demandadas, referiré en ésta (la cual he preferido escribir a mano y con la honestidad que concede no hacer borrador previo) las siguientes consideraciones:*

*Acabo de cumplir, este 7 de junio, 40 años.*

*He realizado estudios de Inglés y Francés desde mi bachillerato.*

*He vivido en Inglaterra y en Francia -entre otros países-, donde ha sido imprescindible comunicarme en sus idiomas.*

*He trabajado, por ejemplo, en grandes empresas nacionales (Iberia L.A.E.), internacionales (Aegon Seguros) y alta hostelería (Hotel Playa Palma Nova), dirigiendo y relacionándome con todo tipo de gente e idiosincrasias.*

*He sido docente universitario en cátedras de Economía, jefe administrativo-contable, coordinador de Organización y Métodos y delegado de Universidad. He organizado todos los aspectos inherentes a la eficaz concreción de conferencias, congresos, simposios, seminarios. Incluso, me ha correspondido redactar textos leídos por los conferencistas (v.g. discursos de autoridades políticas) Aquí, creo que cabe mencionar que fui finalista del Premio Anagrama de Ensayo 1990.*

*Estoy relacionado con relevantes personalidades políticas, económicas, culturales y sociales, del país como del extranjero, de manera absolutamente demostrable.*

*Tengo una educación y experiencia muy cuidadas, adquiridas por propia intuición y resolución como por ser ya patrimonio común familiar, aún sin ser exentas de sencillez y afabilidad.*

*Me interesa particularmente asumir la responsabilidad del cargo que ofrecen por la plena convicción de poseer la idoneidad por Uds. solicitada, y por la posibilidad de continuidad de desarrollo personal y profesional por mi deseada.*

*En la confianza de tener, a la brevedad, una entrevista donde conocernos personalmente, saludo a Uds. con mi mejor respeto.*

Imperativamente la sartén estaría llamando en breves minutos. Zuasnabar había puesto la carne del lado del hueso primero, para que se fuera haciendo. 'Primero lo salado del güeso, y luego un poco la carne del lado de adentro', como le enseñó Fermina. Siempre justo, venía él y lo daba vuelta. Ponía lo crudo del otro lado para abajo. Para que se hiciese hasta un punto que sólo él sabía. Armaba un asado, lo redomaba, lo hacía a su imagen y semejanza...

*He quedado con Teresa porque necesito afecto. No sé si no me pateará la cabeza. Quedamos en el bar frente a su casa, lejos de la vida de Matías. Me gustaría darle clases de literatura a Matías. Estoy llorando a lágrima viva por la carita, las pestañas, los ojos, la espaldita, las manitas, el cariño de Matías.*

*A Teresa le diré, cuando me pregunte qué quiero, que nada, Teresa, nada. No quiero nada, no te preocupes, nada. Sólo tenerte un rato al lado y después nada, nada, nada. O lo que tú me digas. Intentaré tener la dignidad de un negro . Ahora ya la sartén llamaba a viva voz*

*Teresa me ha dejado caliente. Además de quererla porque es una persona tan noble, profundamente buena con su hijo y conmigo, me tiene caliente, bien caliente. Excitado cuando me la figuro. Anoche, ya acostado, me pregunté ¿con quién deseás estar? Con Teresa, por supuesto. Y me entretuve imaginando sus hermosas manos negritas, de uñas largas, cuidadas y pintadas, jugando en mi entrepierna. Imaginé su hermosísima cola -'parada como la de un pollo', se queja Teresa-, redondita, de ese color Teresa impresionantemente bello. Imaginé sus caderas, cintura,*

*pechos, hombros y manos sobre mi cuerpo acostado, ella sentada arriba mío. Imaginé su carita redondeada de quinceañera, sus labios gruesos, carnosos, comibles, sus ojos rasgados, grandes, negros, mirando los míos. Imaginé sus manos mesándose desde la nuca su largo y enrulado pelo negro brillante mientras hacíamos el amor, despacio, agitada y profundamente, sosteniéndola con dulzura y con rigor por sus muslos fuertes, acerados. La imaginé cuando en pleno placer se le quebraban las fuerzas de sus brazos y se dejaba caer, perfecta su espalda, la cabeza contra el colchón, y con exquisita desesperación extendía las manos acariciando, arrugando las sábanas, y se tironeaba la melena para adelante, por sobre la cara, acariciándose, retorciéndose de gusto, como yo, gozando, compartiendo espectáculo tan precioso. La imaginé como las últimas veces, haciendo el amor con alegría y dedicación...*

*Y, encima, es la madre de Matías, el niño ajeno más hermoso, simpático y bueno del mundo.*

*Madrid, 30 de junio de 1992*

*"El amor es una goma  
que estiran dos infelices:  
cuando uno la suelta  
le da al otro en las narices"*

*Teresa, por todo lo expuesto, querida mía, es que mi billete a Argentina será sólo de ida (amén de no tener suficiente para pagar un ida y vuelta). 'Vaya por Dios', te escucho encantadora. Y sí, Teresa, no soy, exactamente, tu yuppie. Quizás allí, en Argentina, en donde creo que no ponen plazo, pueda escribir mi tesis, me sienta menos extranjero y pueda darle un beso semanal a Sole. Quizás, hasta encuentre trabajo. Y no sigo porque ya bastante lástima doy. Pero te quiero decir: cuando sueño despierto -muy a menudo: ya sabes detestarlo- sueño que me hubiera gustado ser feliz contigo, haber sido otro, el que tú deseabas. Que Dios, Teresa -a través de quien corresponda-, te haga muy feliz.*

*N.B.: Me iré como tenía programado, en diciembre para, previamente, acostumbrarme a la idea. Tenemos dos meses y pico para despedirnos. Por eso no te digo adiós ahora. Te quiero muchísimo.*



-Zuasnabar...

-Disculpe. Estaba muy deprimido pensando temas horribles cuando escuché por la radio que una adolescente brasileña se quitó la vida intentando así reunirse con don Ayrton Sena, treintañero compatriota, tricampeón, muerto a 300 kms. por hora...

-¿Se mató?

-Sí, previamente, habiéndole preguntado a su madre que, si de esa forma, se podría con él reunir...

Zuasnabar se dijo 'el hombre es capaz de todo', y respiró hondo y pensó de nuevo en tantas cosas ya tan pensadas, constató de nuevo los diferentes estados de ánimo que como aluvión vienen y se van, tranquilamente ellos, como si nada, y, nosotros, en las vorágines de la existencia, que son ellos -como otros que nosotros-, que nos visitan, o les visitamos, y se van, y nos vamos, sin cerrar la puerta. Queda todo abierto, es una disparada, aunque en algunos no se note, alocada, loca, es la vida, no hay otra: el que se mantiene sereno es un sabio.

*Estoy escribiendo en un restaurante de la Casa de Campo, son las 16 hs. de este domingo y las judías pintas que acabo de probar están buenísimas, luego viene una milanesa, todo bañado con agua mineral. Sale y se esconde el sol. Luego iré hasta el lago. Me gustaría rematar ligando sana y lúbricamente.*

*Qué brutos, acaban de traerme ya el escalope... pero no me van a apurar con las judías pintas, que comeré despacio: si me atraganto, comiendo rápido, al ritmo que me autoimponía, veo que luego vomito todo o me da una acidez y malestar estomacal asquerosa.*

*Me sacaron el plato de judías antes de terminar. El camarero me miró como para ponérmelo de nuevo pero le dije que no, que no había terminado pero que ya no me apetecía. Espero que me dejen comer tranquilo la milanesa. El bar, según me han dicho ellos mismos, no cierra hasta la noche. Hay poca gente, una linda familia: padres, hijo e hijas adolescentes pintadas que podrían estar con su panda, pero que están todos tranquilitos, aquí, en familia, charlando.*

*Casi le pregunto al mozo: ¿por qué me lleva las judías si al final, le aseguro, le voy a pagar? Ya lo he hecho antes, en esto o en otras cosas, serenamente. A veces comprenden mi frecuencia, otras no, como nos pasa a*

*todos. Y ahora me voy a concentrar de nuevo en la comida porque los dos primeros bocados de escalope los tragué casi sin masticar, como hacía muchas veces antes, ahora menos. Hasta ahora. Qué curioso, es domingo, son las 16:30 hs. y no entra ni sale casi nadie de la boca de metro de Lago. Yo pensaba que, aunque estuviera tan frío y nublado, habría muchísima gente yendo y viniendo. ¿Dónde estarán?*

*Vino el dueño, me preguntó si quería postre, en mitad de la milanesa. Me voy deprimido. Escribo luego. No quiero postre, ni nada. No pido el libro de reclamaciones. En el futuro, si lo hay y no me lo gano a este buen señor, explicándole cómo como, elegiré otro bar: quizás haya alguno con vista al lago, las barcas, los niños y las chicas, mucho mejor que ver la boca del Metro, que la veo todos los días.*

*He parado en otro bar, estoy en la barra, de pie, me tratan bárbaro, son re -simpáticos. He pedido una manzanilla, aquí hay más marcha vital, al aire de cada uno, como el de esta piba de al lado pidiendo las llaves para hacer pis -o caca, o no sé, qué se yo. La pena es una chica de unos 35 años, rubia, que está con un macho comiendo y llorando. No quiero ver, por suerte los tapa la columna. Me tomaré el té entre el bullicio de la barra y de los niños, y me iré a caminar. Qué lindo que es vivir.*

*¿Se habrá espantado el anterior camarero por mis botitas de gamuza? Estoy vestido normal y casi no hablo, no entiendo. Qué linda piba pasó mirándome por al lado, sinuosamente, guau. Teresa decía que, por mi bien, no usara estas botitas, tan argentinas. Decía que en España se las calzaban los drogadictos. Linda, mi amor. Hoy me llamó, después de levantarse de la cama de su nuevo amigo me llamó. Le dije que la quería un montón y es verdad. Es re-buena. Me alegró muchísimo que me ll amara. Punto. ¡A caminar y bajar la comida!*

*Me vuelvo a mi nueva casa, en Goya 107, casi esquina Alcalá, pleno barrio Salamanca, a poco trecho del Retiro. Tan elegante todo, incluso yo que escondo mi pobreza. Tan digno, digo yo, ¿o todos se darán cuenta de que soy un pobre gato? Al Llegar a mi portal conocí a María y a otra chica cuyo nombre era polaco, como ella, y difícil de recordar, ella no: estaba buena, tanto o más como la otra. Ambas buscaban donde dejar la basura, les solucioné lo de la bolsa poniéndola yo contra un árbol, como en definitiva hubieran hecho ellas mismas, y les di una tarjeta de mi recién inaugurada Escuela de Literatura Horacio de Zuasnabar, en el 5 B. Quedaron en tocarme timbre un día de éstos y yo no sé si más esperanzado de compañ ía que de literatura me tomé el ascensor y entré en el hermoso departamento que me ha alquilado don Francisco García*

*Marquina, gran amigo y poeta.*

-Escuche, Penélope, Nietzsche dijo de mí: 'los artistas, cuando tienen algún valor, tienen también en el cuerpo un temperamento fuerte, exuberante, son animales vigorosos, sensuales; sin un cierto exceso de enardecimiento del sistema sexual no se puede pensar un Rafael (...) Los artistas, no deben ver ninguna cosa como es, sino más plena, más simple, más fuerte, para esto deben tener una especie de juventud y de primavera, una especie de embriaguez habitual en la vida...'

-Es un punto de vista...

-León Roca, en 'Los amores de Blasco Ibáñez' escribió: "existe la prevención excepcional de considerar a los artistas y muy especialmente a los literatos, provistos de dones muy particulares y mágicos para el amor, se les considera apasionados, enamoradizos e inconstantes; se les tiene poco menos, como bohemios del amor que gustan del entretenimiento y rara vez se atan a un compromiso formal. Es muy posible que esta sea una verdad no del todo confirmada o que tal vez sea también una verdad común a todos los seres humanos. La única diferencia notable que existe entre un hombre sencillo y un artista es que aquel puede ejercer su condición de Don Juan sin que nadie fije en él su atención, mientras que los mismos excesos e idénticas aventuras interpretadas por un artista, son voceados y elevados a la condición de hechos asombrosos, por sus mismos lectores y admiradores..."

-Lo que harán sus lectores...

-Exacto, con estas memorias. Ahora bien, agrega aquí León Roca, "existen dos versiones del comportamiento formal del artista, la del que considera la aventura amorosa como experiencia indispensable para enriquecer su obra, y la del que ejerce una forma de egoísmo total y que por encima de todo ama su obra de creación..."

-Siga...

-"Los primeros, son los que ejercitan ese activismo de Don Juan atribuido a los espíritus inestables y que acaban disolviéndose en la ineficiencia..."

-Ajá...!

-“Los segundos por contra son los que entregados a su obra ejercen sobre las mujeres ese extraño y sugestivo poder de atracción que los hacen irresistibles...”

-No es lo mismo...

-“En los Don Juanes conquistadores, es la astucia, el malabarismo del lenguaje y las artes más o menos malas los que seducen, mientras que en los verdaderos artistas ni la presencia física ni las dotes especiales de hombría o belleza ejercen poder para el amor. Hemos visto poetas enanos, maltrechos, feos y sucios, ser amados apasionadamente por bellas y primorosas mujeres...’.

-No es su caso...

-Escuche: “Una cosa es el amor en literatura, contado por los propios escritores y utilizado como tema para su creación, y otra el amor real del literato. Hay una confusión de términos y cierta amalgama de sentimientos porque el poeta, al hacer uso de su apasionamiento amoroso, no sabe en concreto si está creando una obra de ficción o he aquí que, llegados a este punto estamos confundiendo amor con arte..”.

-No concibo una obra de arte hecha sin amor...

-“Si la obra es la perfección ansiada, el vehículo más apropiado es el amor, el artista se mueve precisamente por impulsos de afectividad, se estimula por medio de su potencia creadora...

-Lo está describiendo a usted...

-¿Vio?, gracias. Y sigue León Roca diciendo del congénere Blasco Ibáñez: “La búsqueda de la belleza va unida a la práctica de la verdad: cuando más verídico y sincero sea el artista, tanto más cerca estará de la belleza absoluta”.

-¿Qué más dice?

-Penélope, estamos escribiendo *mis* memorias...

-¿No hay lugar para otro?

-Desgraciadamente, no.

-Ni para Borges, ni para León Roca...

-Ni para Cristo: cada uno tiene *su* memoria.

-¿Y yo?

-¿Usted qué, Penélope?

-Déjelo, siga un poco más, ¿quiere?

-“Balzac precisaba de las expansiones amorosas después de sus alucinantes jornadas novelescas; no era, ciertamente, el conquistador, sino, el conquistado. Su extraña figura, acrecentada por la obesidad, no invitaba al amor, pero poseía la sugestión del genio. En igual medida, o quizás mayor, se desarrolló la vida amorosa de Goethe. Bajo este prisma (...) llegamos a considerar los amores de los escritores como una necesidad orgánica para estimular las fuerzas espirituales creadoras (...) ‘Todos cuantos gozan de la popularidad ya sean artistas o políticos suelen ser acosados por sus admiradores o abrumados por sus detractores. Hay una posición colectiva que trata de crear el mito atribuyendo a su héroe condiciones extraordinarias y cualidades que pasan los límites de lo normal, hay por otra parte un goce perverso en la maledicencia, un dar por hecho lo que sólo existe en la mente de estos adoradores un tanto fanáticos...”

-¿No le da miedo, por usted?

-Al contrario. Le sigo resumiendo: “La verdadera vida novelesca de Blasco Ibañez no está en la enumeración de sus novelas ni en el estudio de los elementos que utilizó para escribirlas. Tampoco está en su vida política... Tampoco está en su vida de conferenciante primero, colonizador después en tierras argentinas, ni siquiera en su condición de viajero y de trotamundos al que no lo amedrentó el tren, el barco o el avión. La verdadera vida novelesca de Blasco Ibañez está en la vida íntima y secreta de sus amores, porque no hay mayor aventura para un político que la de escaparse de sus obligaciones y marchar a la conquista de una mujer, no hay aventura mas alucinante que la de saberse director de un periódico, pasar toda la noche en vela vigilante por la marcha del diario y saber que hay una mujer que lo espera a hurtadillas, burlando todas las normas establecidas por la sociedad...”

Nuestro novelista no rehuyó jamás el riesgo de la aventura ni pensó razonablemente en las consecuencias que ella podía provocar, había sin duda una actitud de superioridad frente a las adversidades y una confianza inconcebible para quien no fuese Blasco Ibañez en el desenlace feliz de sus cuestiones...”

*-Mutatis mutandis: Zuasnabar*

-“Con esta seguridad y fortaleza -sigue- se enfrentó a los mayores peligros, tanto en el mundo de la política como en el del amor. Su propia actitud, que no el resultado de las empresas, contribuyó a crear el espejismo de que todo en cuanto había intervenido tuvo un final feliz (...) Estaba cerca de los cuarenta años y se consideraba viejo, la agitada vida que había llevado le hacía sentir el cansancio y la amenaza de la prematura vejez. Los hombres de vitalidad extraordinaria o los que han gozado de una vida feliz o alcanzado el triunfo son susceptibles de estos derrumbamientos interiores, se aferran a la vida y a los goces.(...) Blasco es un pagano , un adorador del dios Pan, un hombre que adora la vida con el apetito insaciable de quien busca la felicidad, él mismo lo dice con claridad meridiana: “Yo soy un macho, un gozador, no un sentimental. Yo pienso que la mujer es una de las pocas cosas legítimamente codiciables y dignas de conquistar que hay bajo el sol” (...) “El amor compañero del artista es grande y produce notables obras, si el autor es grande y sabe aprovechar los impulsos creadores. Otros, en semejantes circunstancias desaprovechan el canto poético y sublime que despierta el amor y languidecen entre morbideces de alcoba. No a todos pues, sirve el amor o la aventura amorosa de iguales proporciones. (...) Si el artista no lleva dentro el impulso creador del arte de nada le servirá una corte interminable de adoradoras. Grandes amadores ha habido en el mundo y no fueron por esto ni geniales ni dignos de recordación, grandes concubinas de príncipes y reyes han existido y no por ello reyes o príncipes hicieron obra alguna que mereciera ser admirada. Los artistas que saben ser artistas y están en su lugar correcto, ni le alteran los amores ni les deprime su austeridad...”

-A ver, déjeme ver... “El amor y el erotismo le fueron dado como venturoso don de la fortaleza de su vida...”

*La visitante israelita no me saluda dentro de mi propia casa. Los amigos, Alberto, por ejemplo, de mi compañero de piso -el alemán Michael- vienen a casa a insultarme. Pilar y Paco me dicen que tienen mucho trabajo, por lo que no me tipean mis manuscritos, pero se van de vacaciones. Teresa dice que no me quiere ver nunca más. Me siento como un gilipollas. Pienso, pienso mucho, medito*

*con los ojos achinados, entrecerrados, mirando por la ventana, recostado en la cama -cuando no estoy trabajando con mi ordenador, que he bautizado Petra.*

*Sin embargo, no fumo ni bebo, me alimento bien, estoy -según dicen- 'guapísimo', pero me molesta el estómago, los intestinos, la vejiga o lo que sea -sin afección alguna. Es mi somatización hipocondríaca. Parece que Laura copió Cuentos d el alma sobre Cuentos, archivo donde están los escritos que quiero para cuando me decida a darle forma a mis memorias. En ese caso habría que ver qué contiene otro disquette, el que dejé sobre las 14 hs. a Guillermo, el pibe Macintosh. Me llamará en un rato, y sabré si estoy o no a cero.*

*Ayer me paró, para pedirme documentos, la cana -los maderos-, por segunda vez en Europa, en 15 años. En Argentina sí que me los habían pedido alguna vez -como a todos-, pero en Europa sólo una vez antes de ésta, en Francia, cuando hacía autostop en una autopista vallada. En aquel entonces no me molestó -yo no debía hacer dedo allí- pero lo de ayer aquí, en plena calle Goya, caminando tranquilamente rumbo a casa, lo sentí como el vuelo rasante de un pájaro fascista de mal agüero. Será porque en las últimas elecciones ganó la derecha. Con Juan, el gallego de verdad, nos reíamos ayer: 'tú me encuentras un 'currito' cualquiera, de lo que sea, y me voy para allí contigo, Horacio'. Y yo ya le doy vueltas a la idea de volver y probar de nuevo. Soy siempre tan destartaladamente flotante como una caravana de zingaros. Yo me quisiera ir a Argentina tal vez ahora, para volver a España cuando ya en Argentina no se pueda vivir de nuevo más, y cuando en España comience otro Tierno Galván.*

*Sole, hola mi amor*

*No creas que es extraño que seas una hija tan amada por su padre aunque éste sea casi sólo un padre biológico (cosa que yo no siento ni mucho menos así). La gente suele decir que uno no es quién, o el más indicado, para juzgarse a sí mismo -que eso lo deben hacer los demás-, pero yo sí tengo un concepto de mí mismo, como creo que también lo tienen los que no lo quieren decir: todos en algún momento nos preguntamos sobre la bondad o no de nuestros pensamientos y actos.*

*Cuando alguien es bueno -no boludo sino bueno-, aquí en España se suele decir que es bueno en el sentido machadiano: en el buen sentido de la palabra.*

*A pesar de mi personalidad, carácter, defectos y errores, me considero una persona buena. Yo no odio a nadie más allá de lo que me dura cualquier bronca. No lo siento (el no odiar) como un mérito, sería un mérito si yo me hubiera tenido que esforzar para no odiar. Es exagerado pero gráfico decirte que yo no poseo ese sentimiento tan humano.*

*Te escribo de mí porque de ti sólo te puedo comentar que te quiero por sobre todas las cosas, como hija. Hace bastantes días que no sé nada de vos.*

*No me quiero poner más triste pensando en esta melancolía natural que tengo por vos y que seguramente tenés por mí, me gustaría subsanarla, compartir nuestras cosas. Necesito darte afecto, opiniones, y también, claro, que me des afecto. No sabes cuánto lo necesito.*

*Lo perdido, perdido está. Pero vos y yo tuvimos y tenemos mucho ganado. Ganemos también el futuro, compartámoslo de adultos. Vas para los veinte y ya es absurdo que te sermonee. Por mi parte, voy para los cincuenta por lo que voy necesitando ya, además de consejos, cada día más sermones.*

*Tenemos que hablar, abrazarnos mucho, mucho y muy fuerte, hasta llorar y después reír de emoción y satisfacción. Cada día yo lo hago imaginariamente. Quizás vos hagas lo mismo.*

*Estoy escribiendo quizás difícil para entenderme. Así escribo cuando el bolígrafo va empujado por lo que estoy pensando, a borbotones, como si estuvieras aquí al lado, tomando una coca cola y yo este vaso de agua bien fría que me acabo de servir. Estoy solo en casa. Preparé todo para pasar la tarde con vos. Dejé conectado el contestador automático pero anulé el ruido de la campanilla. Estoy ocupado. No estoy para nadie: 'Horacio está en su habitación, charlando con Sole: hace un tiempo no se veían'. Pongo alguna cinta en el radiocassette -volumen bajo- y, cuando se acaba, no me doy cuenta: estoy muy animado charlando con vos.*

*Ahora intentar ganarme el techo y la comida lo voy a hacer escribiendo. Porque, cuando me he propuesto una cosa, la sensación que al cabo de estos cuarenta años tengo es que he hecho lo que he querido, dentro por supuesto de lo que era yo capaz de hacer. Y, como padre, me creo*



*mucho mejor padre que otros que aparentemente tienen una vida más regular o 'normal' con sus hijos. Y vos, ni decir lo hija que sos comparada con otros, sin discusión.*

*Nadie nos quita lo bailado, juntos y por separado. Todo lo que hermosamente has vivido en tu infancia, adolescencia y ahora, son balances que siempre tendremos en cuenta, para relativizar cualquier problema futuro.*

*Estudiá lo que a vos te guste, probá hasta que sientas sin titubeos que te gusta y dale para adelante sin parar. Vos y chau: lo demás -a los otros, al mundo-, no lo controlamos más que según lo percibimos.*

*No te gastes: la vida es envejecer, no gastarse.*

*Te amo, Sole. Te amo sin Edipos ni nada que no sea más que este orgullo nuestro de Sole y Pá, Pá y Sole. Forever.*

*De memoria, hija, no te sé relacionar a Guns and Roses con su música -que, fijo, habré escuchado por radio- así que ahora mismo no te sé decir si me gustan o no. Lo que me gusta es como decís eso de que uno de ellos te vea pasar y te diga: "¡que linda que sos! ¿no querés venir de gira con nosotros?" Es muy lindo, muy realizable, sobre todo, no sé si como cantante pero todo es realizable si te lo proponés.*

*¡No hago más que decirte cosas viejas! bueno, soy viejo, viejísimo: cuarentón, aunque - con todo lo que he vivido- me han llegado a decir 'se nota que la vida te ha tratado bien'. Y yo contesté: "No te creas: el calvario va por adentro". Viejo y, encima, tanguero, tu viejo... Aprendí que bromear estaba bien, pero que la ironía era mala, y el sarcasmo, malísimo. Creo que hay que ser muy serio siempre, hasta en las bromas, para que éstas no sean más ni menos que eso. Todo esto vos lo sabés. Recién lo estoy aprendiendo yo, sé indulgente.*

*Me voy a comer algo -me haré dos filetes de pescado y una enorme ensalada de 'judías' verdes. Desfallezco pero satisfecho. Debo parar, llevo unas cuatro horas entre renglones y pensamientos. De hambre y cansancio me duele ya un poco la cabeza. Así que tengo, quiero y deseo descansar, comer, ver el telediario por ejemplo, charlar con Gernot, su hermana Brigitte y Gabriella, los austríacos que están en este momento en casa. Chau, hasta ahora.*

*Sigo. Se me ocurre que hay que llegar a hacer el amor con cada uno y todos los aspectos de la vida. Es gráficamente obvio decir que se es feliz (lo que se entiende normalmente como feliz) cuando se vive haciendo el amor con su vida. No hay que ser autista para esto: no es masturbarse, o sí, pero no sólo a uno mismo sino que también al marido (o mujer), a los hijos, a los amigos, al trabajo, al hobby, al deporte, hasta a un juicio en los tribunales.... El ejemplo es muy loco, no pre pensado, así que puede ser malo, pero hasta ahora no lo veo perverso en sí mismo, aunque sí ya veo que otros puedan verlo perverso, o algo así, pero ese es un problema subjetivo de interpretación ajena.*

*Hacer el amor con la vida en el sentido, en la aspiración de sublimación de la satisfacción, entre otros ejemplos, pero ya sabés, tengo inicialmente formación freudiana en la que todo es libido, Eros, Tanatos, Edipo, Electra, falo, castración, útero, maternidad, frustración, autoestima, ego, alter ego, yo, introspección, sueños, interpretación, infancia, traumas, padre, madre, entorno y no sé si falta algo más pero estoy agotado, chica: too much.*

*¿Comiste? ¿Comiste como yo? Que te aproveche y estés guapa.*

*Me voy a despatarrar junto a los austríacos un rato para desenchufarme, me voy con ellos a escuchar música fuera de casa, o me vengo dentro de un momentito a dormirme todo. Ah!, qué bien, Sole, qué bien: te he escrito este primero de enero de 1994, ha sido mi única ocupación del día, todas las otras fueron las diarias necesarias. Empecé el año con Sole y escribiendo. Estas son las cosas que me llevan satisfecho a la cama. A veces no lo logro, y me jode, pero es normal, nadie es perfecto, ergo, tu viejo tampoco. Mi niña: ¡hala, a tus cosas!*

*Ya te has quedado dormida y dejo de rascarte la espalda. Te abrigo bien y te doy un suave beso en la cara y el pelo. Te apago la luz y cierro la puerta de tu habitación y me meto en la mía porque ya es tarde y tengo sueño también yo. Lo hago a diario.*

*Domingo, 2 de enero de 1994. 13:10 hs.*

*Y, entre tus cosas, estaba llamarme esta madrugada; entre ¡hala, a tus cosas! y la fecha que*

*acabo de poner. Me llenas de vida, hija: ¡Cómo te adoro!. Querés venir: ojalá pueda hacértelo posible... El amor es estar lo más comfortable que uno puede pensar. Hay como una sutil o gorda diferencia entre ser una mujer o un hombre inteligente a ser un intelectual. Seguramente hay que ser inteligente, siendo o no intelectual (da igual), pero evidentemente hay que ser inteligente, en todo. Creo que el punto exacto es ser confiado y astuto a la vez.*

*Me voy con amigos al Rastro; ¡qué lindo cuando uno se despierta feliz y en paz! (cualquiera sean las circunstancias).*

*Como vos me das tus hermosísimas 'gracias', yo te las doy también de continuo. Gracias, Sole, Gracias.*

*Martes, 18 de enero de 1994.*

*Querida Sole*

*Hoy llamaré por teléfono, si no te encuentro dejaré dicho que te avisen que el fin de semana tal vez pueda hablar contigo. Voy yo a Argentina, creo, hasta ahora, antes de hablar con vos: no me vas a dejar de ver y haré cosas que tengo pendientes en Argentina, y veré a todos. Sólo te pierdes el 'turismo' que te lo merecés más que nadie. No me gusta que me pidas perdón por nada, me emocionas mucho: de que te sientes 'egoísta' por querer venir, nada, ni hablar: vos sos mi sol, el de tus padres. Así que, niña, sigue bien. Hasta dentro de unos días, Te lleno de besos y mimos. Pá.*

-Ser hijos es ser algo ajeno. Ser padres, algo propio...

-Como en literatura me gustaría que mis escritos me condujeran al Premio Nobel de Literatura, en mi vida, desde que supe que nacería, Sole es mi Premio Nobel de la Vida..., a mis cuarenta años, como dice la gente, me parecen tiempos de balance...

-¿Vitales?

-Sí. Cosa que he hecho siempre, década tras década, desde aquel "papi, cumplo diez años, llego a los dos dígitos", mes a mes, día a día...

- ¿Y ahora qué quiere?
- Dinero. Quiero dinero, ganarme el Nobel o la lotería. ¡Ah! Penélope, cuántas cosas haría!...
- ¿Cómo qué?
- Compraría todo lo que se necesite: ¡haría *feliz* a toda mi familia y amigos....!
- Todo con fama o dinero, ¡qué ilusión!, tendría miedo a los secuestros...
- Qué desagradable, Penélope... no se ponga así.
- Tiene miedo a morir sin haberlo publicado *todo*...
- 
- Permiso...
- Adelante, Zuasnabar, ¿cómo está usted?
- En fin, muerto, creo yo, ¿no, Borges?
- Sí, Zuasnabar, usted está muerto, como yo. Somos parte de la Humanidad ya fenecida.
- Notable.
- Siéntese, por favor. Por ahí habrá una silla.
- ¿Sigue ciego?
- ¿Por qué no habría de seguirlo?
- No... ¡por nada!. Me horroriza haber podido hacer una pregunta desubicada, justo a usted, Borges, justo a usted.... ¡y estando en el Cielo, digo yo!.
- Quizás, Zuasnabar, usted haya estado en el momento anterior a este mismo, que a su vez ya pasó, en el Cielo conmigo, y ahora esté en algún indefinido laberinto de nuevo, cíclica, recurrente, circularmente... ante sus íntimos espejos y tigres. Sólo con su daga, no ante mí.
- Je, je, Borges... no pierde sus obsesiones.
- No, Zuasnabar; ellas no me pierden a mí, y usted, ¿ha perdido las suyas?
- No sé, Borges, no sé. Acabo de llegar..., ¿aquí hay mujeres?
- En una cifra infinita y de belleza tan diversa como que de la íntegra creación divina se refiere.
- Bien, bien -esperaba semejante respuesta de su parte, Borges-, ¿puedo verlas?
- En el Cielo todo está bien visto, Zuasnabar. A mí sólo se me ha negado una posibilidad, la de no

ser feliz...

-Claro, Borges, tómelo así, si Dios es bueno... Oiga, ¿con cualquiera?, ¿puedo hablar -ver- a Eva, por ejemplo?

-¿Qué Eva, Zuasnabar?, ¿la Eva de Adán y el Paraíso?, ¿o la segunda, la de la tiranía peronista?

-La primera, primero. Sí. ¿Puedo verla?

-Zuasnabar, ...¿verla nada más?

-Primero verla, luego le digo. No se ponga así, Borges, parece celoso...

-Esa Eva no es cualquier Eva...

-Yo -Zuasnabar- tampoco soy cualquier hombre. Usted disculpe, pero sobre mujeres usted y yo pensamos muy distinto...

-Nuestras creencias son mera apariencia, quizás usted y yo pensemos por el otro...

-No se repita, Borges, no se repita...

-Gracias, Zuasnabar. Siga ese sendero que no veo y en cada bifurcación un ángel le instruirá en los secretos de la cábala, y llegará a Eva.

-Gracias, Borges, en vida no se me hubiera ocurrido que usted me daría una mano en esto de fatigar mujeres.

-Lo mío es fatigar libros, Zuasnabar, diccionarios enciclopédicos si es posible, como le decía a Bioy, cada vez que me invitaba a bolichear... ¿Toma usted el té a las cinco conmigo? Estarán doña Leonor Acevedo de Borges -mamá-, el coronel Suárez, Jesucristo, Menard, Carlyle, Joyce, De Quincey, Chesterton, Dante, Cervantes, Goethe..., bueno, en fin, hasta Nietzsche. Dios prometió pasar a saludar.

-¡Por supuesto, Borges, por supuesto! ¿Puedo llevar yo también a mis seres más queridos, a mi abuelo Tato, en especial?

-Que vengan con usted es mi íntimo anhelo. Luego, si usted quiere, recorremos la biblioteca de Alejandría, donde podremos velar otras disquisiciones...

-Encantado, Borges, encantado.

-Mire, Zuasnabar, vienen autos...

-¿Autos, Penélope?

-Mire la polvareda.

-Sí, sí, la veo.

-¿Y quién puede ser?

-Espere que se acerquen más..., ¿qué auto es el primero?

-Un Fiat blanco...

-¡Mario!, ¡mi hermanito!. El Negro ya viene.

-Viene con gente...

-¡Es Sole!, ¡Y Diana!

-¿Quién es Diana?

-Mi pareja.

-¡Le estuve por preguntar!, ¿por qué no me habló de su pareja actual?

-Porque no me lo preguntó.

-Pero usted podría haberme contado igual...

-No necesariamente, porque Diana pertenece al presente, y quizá al futuro, no al *memorable* pasado... En los otros autos vienen los demás: familia y amigos... Acá no nos alcanzará la guerra civil.

-Entonces -ya están cerca, Zuasnabar - esta entrevista se acabó...

-Exacto, Penélope, lo siento, pero esta entrevista se acabó.

-¿Me hará desaparecer?

-Totalmente: si me ven hablando conmigo mismo... entre todos me echan de acá.

-Pero y yo..., ¿qué hago?

-No sé, Penélope, qué quiere que le diga... ¡comencemos una nueva vida!

### **Epílogo:** *El pecado original*

Soy Horacio de Zuasnabar y soy un ente de ficción, que me está creando ahora mismo el escritor

llamado también, como yo, Horacio de Zuasnabar. Desde este momento de mi creación, y en más, iré, así como he nacido, creciendo y corporizando a cada momento más y más, hasta mi muerte literaria, cuando la determine mi autor, si es que vive para hacerlo.

De cualquier manera, yo protagonista, yo, como digo, Horacio de Zuasnabar, protagonista de las aventuras y desventuras que se le ocurra memorar o inventar, cerca o lejos, dentro de él o en el inalcanzable exterior de su realidad, a mi autor -como digo el literato de mi mismo nombre-, tanta corporalidad iré teniendo y tendré como fue teniendo y tiene el Martín Fierro de Hernández; tanta corporalidad como el Quijote de Cervantes. Y traspasaré como ellos los límites de mi propia muerte literaria -si es que Zuasnabar logra hacerme esa putada - y llegaré lejos. ¡Ah, sí, señoras y señores!, llegaré lejos: así como tantos esperan el Cielo o la reencarnación para apartarse el terror a la propia muerte, yo, Horacio de Zuasnabar, ente de ficción, venceré a la Parca porque siempre que haya un ojo para leer, un oído para oír, mi historia, mi literario ser, perdurará. Mi autor dice que esta pretensión mía no es más que mi propio y evidente terror a la muerte, en mi caso a mi desaparición literaria. Y yo desde aquí, desde el papel donde me va dando vida con su pluma, lo veo inclinado sobre mí, calzados sus anteojos, mirándome, ora embelesado, ora muy serio, es decir, manteniendo conmigo -su engendro- una muy estrecha relación... (Alto, a ver, lo estoy viendo pensar: deja de mirarme, mira el techo con el lapicero en la boca... ahí vuelve a la carga sobre mí, ¿qué escribirá?)... 'de tira y afloje' (mi creador estuvo bastante estúpido, no me gusta nada ese lugar común, justo ahí). Estoy indefenso ante él, como lo estuvo mi colega Augusto Pérez cuando Unamuno decidió matarlo para terminar *Niebla*. Yo espero vivir mucho más que el pobre Augusto: al coincidir mi nombre con el de mi autor quizá éste tenga aprehensión en darme muerte, por superstición.

Sin embargo, como buen hijo literario, tengo fe en la inconmensurable capacidad creadora de mi padre, que puede hacer parecer real lo más fantásticamente literario, como mi hija Soledad, mi familia, mis amigos. O mis mujeres, entre ellas, Penélope: personajes tan literarios como yo mismo, aunque mi autor también tenga una hija Soledad, familia, amigos, mujeres... y otros libros en donde yo no soy protagonista.

Y así ven cómo he nacido y estoy a cada momento creciendo. Soy un hermoso y terrible bebe grande, como un adulto. Incluso, mi autor ha querido hacer coincidir mi fantástico número de documento de identidad con el suyo propio: ¡cómo son estos literatos!, ¡qué problema para los escribanos! Si yo y mi familia, y mis idas y venidas, son pura literatura y, encima, nos llamamos como mi autor y los suyos... ¿qué es real y qué es fantasía? ¡Eso no importa, queridos míos!: no importa ser carne o papel, sólo importa existir.

Yo podría de aquí irles avisando: ¡lectores!, ¡que mi amo inventa!, ¡que mi amo no inventa!, pero (además que por la sonrisa burlona con la que me está mirando, como diciéndome: vos vas a decir sólo lo que yo quiera) a ustedes ¿para qué les serviría?, ¿para juzgarle?, ¿para qué?, si para eso ya me tienen a mí. A él déjenlo en paz, se persigue solo. Ustedes igual lo miran, como yo, desde sus papeles, que lleva siempre consigo como primer tesoro y último refugio. A veces mi amo me da mucha pena: me rocía con su llanto y me borrono todo -nada agradable desdibujarse. Otras veces está muy contento: lo compruebo desde el capítulo anterior porque está tan ocupado divirtiéndose que no me escribe. Pero siempre vuelve: es muy manso, incluso cuando está desesperado. No digo que mi autor sea como un hijo para mí porque la explicación se haría muy complicada, pero eso también es lo más preciso. A veces también siento que, a medida que me va escribiendo, él va siendo, que, si no me pare no es padre.... entonces, también es como una madre: ¡mi amo es tantas cosas a través mío!. Es todo un artista y yo, su creación, lo miro orgulloso. Es un genio, como dice mi hija Soledad... ¿su hija Soledad le dirá lo mismo a mi autor? No lo sé, no puedo estar en todos lados, sólo en su mesa, o en el bolsillo de su saco... Y mientras no me escribe no me entero de nada, y cuando lo hace sólo escribe sus fantasías: yo y otras *ficciones* suyas. Cuando deja de escribirme está en otra realidad, y como en ella no me está creando no tengo este oído para escucharle ni esta boca para narrarle a ustedes sus elucubraciones. En fin, el proceso es muy complicado...

*En mi chacra, Semana Santa de 2002*

Fin



